



Los  
DIBUJOS DEL NIÑO  
**MONSTRUO**

ANA VACARASU

# LOS DIBUJOS DEL NIÑO MONSTRUO

ANA VACARASU

Esta es una obra de ficción.

Por lo tanto, los nombres de los personajes, de las instituciones o de las localidades a las que hace referencia, son producto de la imaginación de la autora, o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con lugares, eventos o personas reales, debe ser interpretada como coincidencia.

*Mención especial: el diseño de la portada es una obra de Pedro Tarancón (pedroinaction@gmail.com).*

*A mis hijos, a Ali, a Isa y ti querido lector*

# 1) El cadáver de la gruta

## **Abril, el año 1991**

En Bucovina, la primavera solía ser caprichosa. El frío invernal persistía hasta la mitad del mes de marzo, después el sol empezaba a cobrar fuerza y la naturaleza se despertaba poco a poco bajo sus rayos tímidos, cada vez más exuberante. Las noches seguían siendo frías y a veces, hasta en el mes de abril, todavía podía caer alguna helada y en la parte norte de las montañas, como en los valles escondidos o en las esquinas de los jardines, persistían aquí y allá, pequeñas manchas blancas de nieve.

El invierno se despedía con pesar de la tierra de Bucovina, una provincia tan hermosa que parecía de cuento.

En la ciudad de Suceava, de un lado y del otro de la calle principal que atravesaba la urbe de norte a sur pasando por el centro, empezaban a florecer las magnolias tulipán. Majestuosas, con sus flores copiosas, de color rosa o violeta, apresurándose a revelar todo su esplendor antes de la aparición de las hojas de los árboles, que les seguían irrumpiendo con fuerza, lastimándoles el orgullo de la supremacía, tapándolas de un día a otro con la insolencia dominante del verdor. Eran las primeras flores que aparecían en la ciudad, como augurio de abundancia de la naturaleza. Más tarde, en los parques y jardines, tímidos como las novias de antaño, les seguían los cerezos, desbordando con generosidad su abundancia floral, como una ofrenda de bienvenida a la estación de las promesas. El Universo entero parecía renacer, con la soberbia del tallo de hierba en el aire primaveral.



En uno de esos días del mes de abril, en la sala de reuniones de la Comisaria de Policía de Suceava, había mucha agitación. Habían sido convocados los agentes que trabajaban en la mayoría de los pueblos de la comarca, pero pocos de ellos conocían el motivo de esa convocatoria. Andaban de un lado a otro saludándose entre ellos, hablando todos a la vez, cambiando de una mano a otra los vasos de café, que sacaban de la máquina colocada en el pasillo que daba a la sala de reuniones.

A las diez en punto, se abrió una puerta que daba a las oficinas de los oficiales de alto grado y aparecieron dos hombres: uno de ellos parecía haber pasado de los cincuenta años, llevaba gafas y tenía el pelo gris cortado a cepillo; el otro, un joven de pelo castaño, corto, bigote fino y ojos negros centelleantes, de mirada cortante.

Se hizo silencio total en la sala, todos los agentes adoptaron la posición de firme y el primero en hablar fue el oficial de pelo gris:

—¡Buenos días, caballeros! Soy el comisario Nelu Georgescu, y este de aquí, como creo que ya sabéis, es el inspector principal Marcel Ionescu. ¡Tomad asiento!

Después de unos cuantos segundos, el ruido de las sillas cesó y el silencio volvió a reinar en la sala. A continuación, el comisario se dirigió a uno de los agentes, que estaba sentado en la primera fila.

—¿Tenemos el material, agente Stanescu?

—¡Sí, señor comisario! —contestó el agente.

—¡Bien, entonces, pasa al proyector y preséntalo! ¡No alarguemos más las cosas, que bastante trabajo tenemos! Mientras tanto, el inspector Ionescu os explicará a todos el motivo por el que habéis sido convocados.

El agente Stanescu sacó unas diapositivas de un bolso negro, cuadrado, después se dirigió hacia el proyector situado en la parte trasera de la sala.

—¡Caballeros! —empezó sus explicaciones el inspector principal—. Algunos de ustedes conocen el motivo de esta reunión, otros no, así que para no perder el tiempo, iré directo al grano. El caso es el siguiente: hace tres días —el martes, para ser exactos—, dos obreros que trabajaban en la estructura del pavimento, en el tramo de carretera que está en obra hacia Bísritra, encontraron un cadáver en una gruta conocida por el nombre de «La Gruta del Oso». Esa gruta está ubicada en una ladera de Los Montes de Rodna, al norte del pueblo Maruntei, pero habéis sido convocados todos, por el motivo de la peculiaridad de este caso. Estamos hablando del cadáver de un niño con identidad desconocida, al que no reclamó nadie hasta este momento y tampoco figura en la lista de personas desaparecidas, a nivel nacional. Enseguida vais a entender y los demás motivos que confieren particularidad a este caso y, que requieren la colaboración de todos ustedes.

La zona en la que fue encontrado el cuerpo, pertenece al pueblo de Maruntei, pero teniendo en cuenta que de allí no lo reclamó nadie, consideraremos también los pueblos colindantes. Alguien tiene que saber de quién era ese niño y de qué manera llegó su cuerpo sin vida, allí arriba, en esa gruta de la montaña.

En mi opinión, deberíais empezar con los pastores de ovejas de la zona. Buscad a todos los que suben con los rebaños por aquella ladera de la montaña. En todos los pueblos vecinos con Maruntei y sobre todo, preguntad a las personas que viven en las zonas periféricas. Luego me informareis personalmente de cualquier detalle que consideréis importante, o que podría estar relacionado con este caso.

Mientras que el inspector les repartía órdenes, el proyector acababa de empezar a reproducir unas imágenes breves: se veía una zona cubierta de hierba, matorrales y zarzas que parecían aplastadas por el paso de algún animal o de los humanos. Después observaron algo como una abertura en una roca, tan alta como para entrar una persona, si se agachaba un poco. Dentro de la gruta, se veían unos manojos de hierbas secas, algunas piedras hacia las paredes de roca y el suelo que parecía de tierra apisonada. Algo más de un metro cuadrado de gruta, que se presentaba más bien como una madriguera, en la que pudo haberse cobijado algún oso para la hibernación, de donde probablemente, le provenía el nombre.

El inspector Ionescu echó una mirada hacia las imágenes proyectadas en la pared, luego les explicó a los agentes de la sala:

—Esa es «La Gruta del Oso», en la que fue encontrado el cadáver. Según

el informe del médico forense, el cuerpo fue transportado y abandonado allí y el fallecimiento se produjo más de veinticuatro horas antes. Desgraciadamente, por las lluvias de los últimos días, se perdieron las huellas y se supone que el que había transportado el cuerpo hasta allí, se aprovechó de eso. La lluvia fue su aliado, pero aquí nos encontramos con un detalle extraño: la ropa del niño estaba completamente seca, por lo cual, sacamos la conclusión que fue transportado envuelto en algún tipo de material impermeable. Algún chubasquero, tal vez un trozo de plástico, o un saco grande.

El inspector hizo una señal al agente que manejaba el proyector, para cambiar las imágenes y, en el siguiente momento se quedaron todos boquiabiertos por el estupor. Lo que veían no era la imagen de un niño, tal como lo esperaban, si no el esqueleto cubierto de piel, de un ser humano malformado, del tamaño de un niño. El cuerpo estaba tumbado sobre el lado derecho, con los brazos estirados hacia delante. Tenía la espalda curvada y se distinguía que era jorobado. Cuando el agente que manejaba el proyector amplió la imagen, apareció en un primer plano la cabeza alargada, la cara de rasgos extraños y la nariz aplastada, como si alguien hubiera apretado un peso sobre ella. Los ojos estaban situados tan cerca de la base nasal, que si no se miraba con atención, se podía pensar que era uno sólo, que se abría entre las cejas. El pelo negro y grasiento le caía hacia atrás hasta la base del cuello grueso, que se unía de manera grotesca con esa horrible joroba. Los brazos eran normales, si es que se podía llamar normal un cuerpo esquelético, completamente descarnado.

La piel del cadáver era de un blanco amarillento, excepto en la zona del cuello y de la curvatura de la espalda, donde presentaba una tonalidad más oscura, gris ceniza, por el vello fino que las cubría.

En la sala de reuniones, el silencio era total. Algunos se santificaban, estaban todos pálidos y nadie se atrevía abrir la boca, como en un velatorio. Al fin y al cabo, estaban delante de uno de los misterios más grandes y al mismo tiempo, la única certeza de la vida de un ser humano, que es la muerte. Delante de ellos se hallaba la imagen dantesca del cuerpo de un niño, que había pasado la frontera que separaba los dos mundos; el cuerpo de un niño desnutrido, que con toda aquella horrible anomalía de su físico, o tal vez precisamente debido a eso, emanaba una dignidad estremecedora.

El inspector empezó a carraspear para captar la atención de los presentes, que eran incapaces de apartar las miradas de la imagen proyectada en la



pared.

—Tal como supongo que os habéis dado cuenta —empezó a explicar—, ese niño que, aún con ese aspecto monstruoso, no deja de ser un niño, falleció por inanición. —Los de la sala empezaron a murmurar entre ellos, conmocionados por esa confirmación tan chocante—. Lo dejaron hambriento, conviviendo con animales. En la piel del cadáver se encontraron restos de fecales humanas secas —las suyas propias—, como también un tipo de excremento de origen animal, que resultó ser de conejo. Según el informe del médico forense, resulta que en un plazo de tiempo de más o menos veinte días, el niño no había ingerido, probablemente, ni siquiera una gota de agua. Su sistema digestivo presentaba una deshidratación completa. En otras palabras, murió de hambre y de sed. ¿Qué opináis sobre eso, caballeros?

Uno de los agentes de la sala, un joven apuesto, rubio y de ojos azules, que guardaba cierto parecido con el actor Florín Piersic, levantó una mano pidiendo permiso para hablar.

—¡Sí, agente...! —le dijo el comisario Georgescu.

—¡Grecu, señor comisario, Andrei Grecu, agente de Policía rural de Maruntei! Estuve en el levantamiento del cadáver, pero esa zona de montaña me es desconocida, por ser relativamente nuevo en este puesto. No llevo más de medio año en Maruntei. Lo que quería preguntar es lo siguiente: ¿la gruta en la que fue encontrado el cuerpo del niño, está situada cerca de ese despeñadero llamado «El Barranco del Diablo»? Y si es así, ¿podríamos considerar que la intención del que subió el cadáver hasta allí arriba, fue de tirarlo al barranco, pero por algún motivo que desconocemos, lo había abandonado en esa gruta?

—¡Está en la misma ladera montañosa! —comentó un agente algo mayor que Grecu, levantándose del lado opuesto a este—. El borde del despeñadero está situado, como mucho a un kilometro de camino de «La Gruta del Oso», dando unos rodeos. Conozco un poco esa zona, señor comisario. Perdón, no me he presentado: soy el agente jefe Todiras, del pueblo Vadu Oii, vecino de Maruntei en la parte de arriba, hacia el norte. Yo subí hasta ese despeñadero hace quince años, cuando fue encontrado allí el cuerpo de una adolescente que se había suicidado. Me acuerdo el año porque acababa de nacer mi primer hijo, cuando pasó esa desgracia con la chica.

—¡Entonces, como dice usted que conoce la zona, me va a acompañar hoy mismo, agente Todiras! —decidió el inspector Ionescu—. Vamos a subir para controlar una vez más, la zona de entre esos dos puntos. A ver si con un

poco de suerte, encontramos algún detalle que pudo haberse escapado a nuestros ojos, la primera vez.

—¿Cómo decías que te llamas, joven? —le preguntó el comisario Georgescu al agente rubio, de ojos azules, que fue el primero en hacer preguntas.

—¡Grecu, señor! ¡Andrei Grecu!

—¡Veo que eres muy espabilado, agente Grecu! ¡Desde este momento y hasta que se resuelva este caso, harás equipo con el inspector principal! ¡Y usted también! —se dirigió al agente Todiras—. ¡Los demás os podéis marchar, pero recordad: este caso constituye una prioridad absoluta a nivel de la comarca! ¡Todo lo demás puede esperar, porque no creo que tenáis ninguna urgencia! ¡Así que, moved los culos y poneos las neuronas a trabajar y a encontrar respuestas!

Se levantaron todos de pie, adoptaron la posición de firme, el comisario le dio unas órdenes cortas al agente que había manejado el proyector, después se despidió con un “¡Buenos días, caballeros!” y desapareció por la misma puerta por la que había entrado, minutos antes.



El mismo día por la tarde, el equipo liderado por el inspector Ionescu, se dedicó a peinar toda la ladera montañosa en la que se ubicaba «La Gruta del Oso», empezando desde abajo, del límite nórdico del pueblo Maruntei. Decidieron dejar para el día siguiente ir a tomar declaraciones a los vecinos, porque en abril los días eran cortos y se arriesgaban a que los pillara la noche en el monte. Controlaron el terreno con tiento, volviendo una y otra vez sobre sus pasos, pero todas las huellas que encontraron, eran de animales salvajes, nada más. Desde el tramo de carretera donde trabajaban los que habían encontrado el cadáver, hasta «La Gruta del Oso», era imposible distinguir cualquier detalle útil, porque el terreno estaba revuelto por las maquinas y las personas que trabajaban allí.

—¿Cómo lo encontraron, por el olor? —le preguntó el agente Todiras, al joven rubio.

—No, ¿qué olor? El pobre chico estaba más seco que la yesca, ya lo has visto. Tal vez por eso no dieron con él ni los animales salvajes que pululan

por el monte —contestó Andrei Grecu—. Dos obreros subieron hasta allí, parece que les gustaba la zona. Uno de ellos se había traído una cámara de fotos y después de comer, mientras que los demás fumaban, dieron con esa gruta. No sabían de su existencia. Les pareció como que la hierba estaba aplastada, había muchas huellas y, entonces se animaron a acercarse, pensando en sorprender algún animal al que sacarle fotos. Pero yo creo que los animales salvajes ya se habían alejado de esta zona, desde que empezaron las obras de la carretera.

—Eso creo yo también y, probablemente lo mismo había pensado y el que subió el cuerpo del niño hasta aquí —comentó Ionescu—. Sabía que no iba a encontrarse con el oso.

—Considerando esto, podemos deducir fácilmente que el que transportó el cadáver hasta aquí arriba, conocía bien la zona —añadió Grecu—. Yo he preguntado a todos los trabajadores, incluso al jefe de la obra, si no vieron nada sospechoso, pero como no son de por aquí, no podían saber qué hubiera sido sospechoso y qué no, por estos lugares. Los que encontraron el cuerpo en la gruta, estaban tan impresionados que apenas podían hablar. La verdad es que ni me extraña, con lo que vieron.

—¿Estaba vestido el niño, cuando lo encontraron, o estaba tal como lo vimos en esas imágenes? —preguntó Todiras.

—Estaba vestido —contestó Andrei Grecu—. Cuando vinieron esos dos en el pueblo a informar sobre lo que habían visto, yo me estaba preparando para ir a Suceava a llevar unos informes. Llamé enseguida por teléfono a la Comisaría y al médico forense, luego subimos los tres a la gruta. Una hora más tarde llegaron todos aquí arriba, incluido el forense con su personal que recogió pruebas. El cuerpo estaba en la misma posición en la que se veía en esas imágenes. Así que, de momento, no sabemos si se trata de algún tipo de ritual o alguna norma que pudo haber respetado el que lo había traído hasta arriba. Yo creo que simplemente lo dejó caer allí en el suelo de la gruta. La pobre criatura, vestía unos harapos sucios, como si hubiese vivido en una cuadra de animales o un corral. Una camisa larga de tipo túnica y por encima de ella, un chaleco confeccionado de pieles de conejo. No llevaba pantalones, la porquería pegada a su piel estaba seca y en esos harapos, como también en su cuerpo, tenía pegado un tipo de excremento de origen animal, parece que de conejo. Todos esos objetos personales los metió el asistente del forense, el miércoles después de la autopsia, en una bolsa que acompaña el cadáver en la morgue.

Ay, Señor, no dejo de preguntarme, ¿qué piedra tendrá en vez de corazón, el que fue capaz de matar de hambre a un niño, de una forma tan despiadada? ¡Guárdame Señor! —pidió Grecu, afligido, santificándose de prisa.

Después de dar otra vuelta infructuosa por el terreno colindante a la gruta, sin descubrir nada relevante, el inspector Ionescu se acercó decepcionado a los agentes, cuyas caras denotaban la misma desilusión:

—¡Vamos a bajar, chicos! Por aquí no hay nada. La única esperanza que nos queda es hablar con los vecinos y así, tal vez, encontrar algo. Mañana por la mañana comenzamos con eso.

—Inspector, ¿no cree que sería mejor presentarnos a sus casas por sorpresa, en vez de llamarlos a la sede? —preguntó Grecu.

—¡Por supuesto que sí! ¡Así lo haremos, agente! ¡Mañana vendré pronto y empezaremos desde dos puntos distintos! ¡Tú vendrás conmigo, y usted, agente Todiras, traerá a su compañero de Vadu Oii! ¡Dejad lo que sea que tenéis que hacer allí, porque os necesitamos a ambos aquí!

—¡Sí, señor inspector! —contestó, solícito, el agente.

Al llegar abajo, al pie de la montaña, cada uno de ellos se subió al coche con el que había venido y partieron en distintas direcciones. Al día siguiente, iban a reunirse todos en la sede policial de Maruntei.

## 2) «El Barranco del Diablo»

El inspector acababa de entrar por la puerta de su apartamento situado en el centro de la ciudad de Suceava, cuando sonó el teléfono que estaba en una mesita, en el pasillo de la entrada. Tiró rápido los zapatos de los pies y se apresuró a contestar. Era el médico forense Moraru, el que había hecho la autopsia del cadáver.

—¿Alguna novedad, Marcel? —le preguntó al inspector.

Eran buenos amigos desde hace años, de cuando Ionescu había sido nombrado inspector principal, por lo tanto, las fórmulas protocolarias no tenían lugar entre ellos.

—Hasta ahora, nada, doctor —contestó, desanimado.

—Pues, yo tengo algo para ti. De hecho, no me explico cómo pude olvidar estos detalles cuando hice el informe. Esta mañana me acordé, pero tuve que rellenar unos documentos y entre unas cosas y otras, se me ha ido de la cabeza la intención de llamarte. Ahora me he dado cuenta.

—¡Al grano, hombre, que estoy desesperado por tener nuevos datos! —se impacientó Ionescu—. Tal como se presentan las cosas con este caso, no me sorprendería nada.

—¿Tú crees?

—¡Pues, dímelo tú, entonces! Tenemos un niño que fallece por inanición, al que alguien introduce luego en un saco de plástico o qué se yo qué otra cosa, lo lleva a un monte y lo abandona en una gruta. ¡Y como si todo eso fuera poco, ese niño tiene apariencia dantesca, casi de monstruo, Dios me perdone!

—Tenía en torno a catorce años, quince como mucho —dijo de repente el forense—. La dentición primaria acaba su proceso de caída a los doce años. El niño tenía la dentición permanente y, por la dureza y la resistencia del esmalte, yo diría que su edad era la que acabo de decirte. Pero el detalle más importante que quería revelarte, era otro: el chico era mudo. Sus cuerdas vocales presentaban malformaciones congénitas que le anulaban completamente la capacidad de hablar.

—¡Joder, lo que faltaba! O sea que, si no fuera esa una ironía amarga,

jodidamente amarga —añadió el inspector—, ¿podríamos decir que no le daban de comer porque no lo pedía?

—¡No, esto no, de ninguna manera! Aunque habría sido un caso de afonía total, el chico podía quejarse, gemir, sacar algún otro sonido, o al menos gruñir. Así que, esa probabilidad se excluye desde el principio.

—¿Hay algo más? —preguntó Ionescu.

—No, eso era todo lo que quería decirte.

—¿Entre los objetos personales del niño, no habéis encontrado nada importante? —insistió el inspector—. Y esos excrementos de origen animal, ¿estás seguro que eran de conejo?

—Todos sus objetos personales los metió mi asistente en una bolsa que acompaña el cadáver en la morgue —contestó el médico—. En cuanto a los excrementos, los del laboratorio lo afirmaron sin dudarlos: era excremento de conejo.

—¿Pero fue controlado todo, en detalle?

—Yo creo que sí, pero por si acaso, en cualquier momento podríamos volver a efectuar un control exhaustivo a esos objetos. Cuando lo hicimos, me acuerdo que estaba presente ese agente rubio que se parece a Florín Piersic, ¿cómo se llama? Ah, Grecu, si no me equivoco.

—Sí, sí, es Andrei Grecu, el agente de Maruntei. Estuvo conmigo hoy en el monte. Hablaré con él mañana sobre ese asunto. ¡Gracias por llamarme, doctor y si aparece algo nuevo, me avisas de inmediato!

—¡Claro que sí, hombre, no te preocupes! ¡Un saludo!

Ionescu dejó el teléfono en la mesa, después se cambió el uniforme por unos vaqueros gastados y un jersey holgado en el que se sentía cómodo. En Suceava, en primavera hacía frío dentro de los edificios construidos de placas de hormigón, y aunque su vivienda estaba situada en el lado más soleado del bloque, por la tarde-noche, la temperatura bajaba mucho. El apartamento del inspector estaba conectado al sistema de calefacción central, pero desde mediados del mes de marzo, el proveedor de agente térmico cesaba la distribución.

Se llevó el maletín de cuero en el que guardaba todas las notas relacionadas con el caso y se sentó en el sofá del salón. No estaba casado, por lo tanto, no le molestaba nadie ni le reprochaba el tiempo que dedicaba al trabajo. De hecho, casi toda su vida se veía reducida al ejercicio de su profesión, que no solo representaba para él una pasión, si no que, últimamente, le servía también como refugio.

Tuvo que resolver casos difíciles, con los que perdía noches enteras buscando pistas, huellas, motivos, respuestas, intentando penetrar en la mente de los criminales a los que investigaba. No era fácil y tampoco se esperaba que lo fuera, y se sorprendía él mismo cuando se daba cuenta que la dedicación y pasión que ponía en el trabajo, aumentaba proporcionalmente con la dificultad de los casos que tenía que resolver.

Un ejemplo en ese sentido era precisamente el que tenía entre manos, el del niño encontrado en la gruta. Daba vueltas y más vueltas a toda la información sobre el caso y el resultado era nulo. Con sus treinta y ocho años y catorce de experiencia en la profesión, el inspector todavía no se había encontrado nunca antes con un caso similar.

Empezó a apuntar en un folio, todos los datos sobre la víctima, porque así era como consideraba él al niño, partiendo de la premisa de que, normalmente, cualquier menor de edad cae en la responsabilidad de un adulto, ya sea un padre o un tutor legal.

Añadió la identidad desconocida, las consecuencias de la inanición en el cuerpo del niño, las malformaciones monstruosas, como también el hecho de ser mudo. Empezó a hacerse preguntas sobre la posición en la que fue encontrado el cuerpo en la gruta, si era fruto de la casualidad o cabía la posibilidad de representar algún acto simbólico. Necesitaba convencerse de que no aparecía nada sugestivo en ese sentido, como por ejemplo la posición del cadáver en relación con el sitio o los alrededores de la gruta en la que fue encontrado. Después estaba también el modo en que fue transportado hasta allí arriba y de aquí surgía la pregunta: ¿quién hizo eso: su asesino —el que lo mató de hambre—, u otra persona?

Según el médico forense, la muerte fue lenta y en un lapso de tiempo de alrededor de veinte días, probablemente no ingirió ningún tipo de alimento y, en todo ese tiempo convivió con animales, en una cuadra o algún tipo de anexo a esa, juzgando por los restos de excrementos adheridos a su cuerpo y a su ropa. Entre las notas del laboratorio forense, encontró una que mencionaba la presencia de unos cabellos largos, rubios, en la ropa de la víctima. No había más, esas eran las incógnitas, o como poco, algunas de ellas.

Una vez llegado allí, empezó la planificación mental del horario para el día siguiente. Iba a ser sábado, pero no podía posponer nada de lo que tenía

en mente, referente a las actividades de ese día y los de su equipo también lo sabían.

Recogió todas las notas y las metió en el maletín de cuero, se sentó delante de su espléndido escritorio de roble macizo, que había comprado en una tienda de antigüedades a un precio módico, y encendió el ordenador.

Creó un nuevo fichero informático e introdujo uno por uno los elementos y las características más peculiares del caso. Después empezó a buscar analogías, situaciones o representaciones con conjeturas simbólicas, partiendo de los datos que acababa de sacar de sus apuntes. Estuvo horas delante de la pantalla del ordenador, hasta que su estómago empezó a rebelarse de hambre, pero sin encontrar ninguna explicación plausible, ninguna similitud o precedente análogo. Introducía los elementos juntos o separados, por criterios a los que consideraba normales —aunque en ese caso, todo se salía de lo normal—, no obstante, el resultado siempre salía nulo. Desanimado, abandonó la investigación, preparó una cena frugal de la que disfrutó mientras veía las noticias en la tele, luego se tomó una ducha caliente y relajante y se metió en la cama. Siguió dando vueltas a las incógnitas del caso, hasta que cayó rendido en los brazos de Morfeo.



Antes de empezar a presentarse a las puertas de los ciudadanos, decidieron hablar con los pastores de ovejas, de la zona. Como si todos hubiesen previsto que ese iba a ser el primer movimiento del día, se habían traído ropa deportiva de montaña. Después de calzarse las botas, se pusieron las chamarras forradas de piel de borrego, porque sabían bien que en el monte, las mañanas en abril eran frías, registrándose a veces, temperaturas bajo cero.

Hicieron dos equipos, tal como había establecido un día antes el inspector Ionescu y subieron al monte. Los rediles construidos para los rebaños de ovejas, no estaban situados a una cuota demasiado alta, pero los pastores se encontraban con el ganado ovino más arriba, buscando los linderos de la montaña, donde daba el sol primaveral y ayudaba a crecer más rápido la hierba.

Sin embargo, a Vasile Popa lo encontraron cerca del recinto creado por su



familia. Era muy mayor, tenía más de setenta años, padecía de reumatismo y le dolían los huesos. Sus hijos subían con los rebaños en el monte y él se quedaba con las nueras, que cuajaban la leche y hacían el queso, aunque a esas fechas, pocas ovejas habían parido, por lo tanto, había poco trabajo.

Dos perros grandes y lanosos como dos ovejas, salieron a recibir a los policías, ladrando y atacando furiosos cuando esos llegaron al redil. Menos mal que llevaban unos palos, respetando el consejo del agente Todiras.

Vasile Popa salió de debajo de un cobertizo, apoyándose en un bastón de madera esculpido con mucho arte. Gritó unas cuantas veces a los perros para que dejen de ladrar, después invitó a los policías a sentarse en unas sillas rústicas, a las que sacó una por una de debajo del cobertizo con tejado de tejuelas de madera, ennegrecidas por su exposición a la intemperie. Quedó un poco sorprendido, cuando le preguntaron si no había visto a nadie subiendo hacia «La Gruta del Oso» al inicio de la semana o, si no conocía a alguien que tuviera un niño de catorce o quince años, nacido con malformaciones.

—¡No, Dios me libre! —contestó el hombre—. No creo que tenga nadie por aquí semejante niño. La gente hablaría y sería imposible no saberse una cosa así. Y luego, por aquí, casi no hay niños. La mayoría somos gente mayor y los más jóvenes, como por ejemplo mis hijos, todavía no se atreven a aumentar sus familias. La vida es más cómoda así, claro, pero cuando se queden encintas mis nueras, ya no tendrán más remedio.

En cuanto a la otra pregunta, si no vi a nadie subiendo hacia «La Gruta del Oso», pues no, no vi a nadie. Y yo tampoco me había acercado a esos lugares, desde hace años. Muchas personas dicen haberla visto vagando de noche por el monte, entre «El Barranco del Diablo» y esa gruta. No sé si es verdad o no, pero yo he pasado bastante miedo hace quince años, así que ya ni me atrevo siquiera a pensar en subir allí.

—¿A quién se refiere usted, tío Vasile? —le preguntó Andrei Grecu—. ¿A quién dice la gente, haber visto de noche, en el monte?

—¿Pues, a quién va a ser, agente, si no a la chica esa que se suicidó hace quince años, la hija de Ion Mocanu? Fui yo el que la encontró allí, así que os podéis imaginar, señores policías, que eso hace que el miedo se te meta en los huesos.

—¿Y usted todavía recuerda eso, con los años que dice que pasaron? ¿Y cómo encontró usted a la chica esa, en el barranco? —le preguntó el inspector. Suponía que eso, nada tenía que ver con el caso que investigaban, pero nunca podía uno saber, que elementos nuevos e inesperados, podían

ayudar a aclarar los asuntos que les daban tantos quebraderos de cabeza.

—¿Pero, cómo no recordar una cosa así, señor? ¡Un hecho como ese, no te lo quita nada ni nadie de la cabeza, ni si vives cien años! Yo todavía me santifico la almohada antes de acostarme por la noche, que me ampare El Todopoderoso y que no me persiga el espíritu de esa pobre chica.

—Bueno, ¿pero cómo la encontró, tío Vasile? ¿Cómo bajó usted en el barranco, para ver lo que había allí?

—Pues, tal como le conté entonces al miliciano ese que vino a preguntarme, yo, justo pasaba con el rebaño hacia la parte nórdica del monte —empezó a contar el pastor, echando una mirada hacia la cima de la montaña—. Llevé las ovejas arriba por la ladera hasta esa gruta y, de allí pasando por el borde del barranco, íbamos a llegar al paso ese estrecho que daba hacia Bístrita. Pero nada más llegar al borde del barranco, los perros empezaron de repente a ladrar como locos, mirando hacia la profundidad del precipicio. Desde abajo llegaba como un ruido sordo de agitación y pelea entre animales. Eran lobos que disfrutaban de algún banquete y se peleaban entre ellos. Yo sabía que las alimañas andaban por esos lares, así que llevaba conmigo todos los perros que tenía, entre ellos, uno grande que se llamaba Haidúc. Era mucho más grande que una oveja, y que esos dos que saltaron hace poco a morderles a ustedes. Si atrapaba él algo con sus mandíbulas, no había escapatoria. Me miraba esperando la orden de ataque, para irse detrás de los otros. Era un animal muy listo, lástima que murió después, en el mismo año. Le di la señal y el silbido que conocía y salió disparado tras los demás, gruñendo. No solía ladrar mucho, bastaba con gruñir un poco, para meter el miedo en cualquier alimaña.

—¿Pero, cómo bajaron por la pendiente, no era abrupto? —le interrumpió el agente Grecu.

—¡Claro que lo era, señor policía! Por eso rodearon mucho, se desviaron por la ladera y duró algo hasta que se escucharon aullidos de dolor y mucho jaleo allí abajo. Entonces supe que habían llegado y se peleaban con las fieras salvajes. ¿Y qué podía hacer yo entonces? Dejé las ovejas, que se habían juntado pegándose una a la otra por el miedo a los lobos, luego me puse en camino detrás de los perros. Pero como yo no era un cuadrúpedo igual que ellos, lo tuve más difícil. Y para decir la verdad, yo nunca había bajado antes en «El Barranco del Diablo», ni sabía por qué se llamaba así. Temía saber su historia y no pregunté eso nunca, a nadie. Es mejor no conocer algunas cosas, sobre todo, cuando sube uno con las ovejas al monte, pasando por sitios con

nombres como ese. Pues, como decía, no me fue fácil. Tuve que dar muchos rodeos, volver por la ladera y solo después de unos cuantos cientos de metros, me atreví a empezar a bajar. Menos mal que llevaba conmigo esa horca de dos puntas cortas, era lo mejor que podía servirme para bajar allí.

—¿Y no habías resbalado por la pendiente, tío Vasile? —le preguntó el inspector.

El viejo pastor sonrió con tristeza y le contestó:

—¿Me pregunta usted si había resbalado o no? Casi me rompo el cuello varias veces, señor, me caía y me levantaba y unas cuantas veces se me escapó la horca de la mano. Menos mal que la llevaba atada a mi brazo, con una cuerda. Resbalaba metros enteros sin poder agarrar nada con las manos, mientras el jaleo de los animales se oía cada vez más cerca. Luego, cuando creo que estaba como a la mitad de la pendiente, encontré unos cuantos palmos de sitio plano y me quedé parrado.

Por entre los matorrales se distinguían fragmentos de lo que pasaba allí, en el fondo del barranco. Me apoyé en la horca y entonces vislumbré algo blanco, como un trozo de tela, en los zarzales que crecían entre las piedras. Se veía a tan solo unos metros más abajo de donde estaba yo, pero no había forma de llegar hasta allí, era demasiado abrupto y me daba miedo que no iba a poder volver atrás. Después vi unos animales grises retirándose hacia la otra ladera de la montaña, y algunos de los perros siguiéndolos ladrando, como si hubieran enloquecido.

Y sólo entonces vi lo que había en el fondo del barranco. De hecho, se veía poco, pero aún así, pude darme cuenta que era un cuerpo humano.

—¿Y qué hiciste entonces? ¿Cómo volviste arriba, al borde? —le preguntó el inspector.

—Sólo Dios sabe, señor —dijo el pastor, quitándose con el dorso de la mano, una lágrima que le caía lentamente por la mejilla, como si no hubiera conocido bien el camino entre las arrugas de la cara curtida por el viento y el sol—. Lo que recuerdo bien, es que empecé a temblar de miedo como la gelatina. Estaba aterrorizado, me dominaba un pánico, como no había conocido nunca en la vida, ni antes, ni después de aquello. Sobre todo, porque me parecía escuchar como un aleteo a mí alrededor, algo parecido al movimiento del aire cuando vuela un pájaro demasiado cerca. Pero no había ni rastro de pájaros por allí y yo no paraba de santificarme y de pedirle ayuda a Dios, pero sin abrir la boca, porque no podía hacerlo por el temblor. Tuve que esperar mucho rato, para ser capaz de mover los pies, y entonces llamé a

los perros con un silbido y ellos empezaron a dar otra vez las vueltas por el monte, para volver arriba. Dos de ellos consiguieron llegar hasta donde estaba yo y, teniéndolos a mi lado, como que ya no tenía tanto miedo.

Luego empezamos a dar vueltas y rodeos y poco a poco, puede que en más de una hora, apenas si habíamos recorrido doscientos o trescientos metros, para volver al camino por el que habíamos subido antes con las ovejas. Dejé el rebaño allí con los perros, sólo a Haidúc lo llevé conmigo y bajé al pueblo. Fui a la sede de la Milicia y les dije a los milicianos lo que había visto en «El Barranco del Diablo».

Pero no pudieron bajar allí hasta el día siguiente, cuando vinieron unos chicos de Suceava, con cuerdas y no sé qué más traían con ellos. Sé que había un señor al que todos llamaban “doctor”, y otros que bajaron con una camilla para sacar el cuerpo de la chica del fondo del barranco. Bueno, quiero decir, lo que quedaba de ella, pobrecita, porque los lobos la habían descarnado casi del todo.

—¿Y esa noche, no se quedó nadie a vigilar, para impedir a los animales que se acerquen a ella? —se extrañó Grecu.

—¿Pero, usted se imagina que si se hubiera quedado alguien allí arriba, habría asustado eso a los animales del fondo del barranco? ¡No, señor! Yo subí después con un hermano mío y nos llevamos el rebaño de vuelta a este lado de la montaña. Apenas después de dos días, cuando supimos de quién era el cadáver, nos animamos entre los dos y pasamos por allí con el rebaño hacia Bísritra. Pero yo sólo, no me he atrevido nunca más a acercarme a ese maldito barranco.

—¿Y tampoco has visto a nadie andando por esa zona, ni antes, ni después de lo de la chica esa? —preguntó el agente Grecu.

—¡No! ¿Pero quién iba a subir allí y para qué? El camino es largo, del pueblo hasta arriba en el monte, y en aquel entonces, ni siquiera había como ahora un camino por el que sea fácil de andar. Era más bien un sendero al que transitaban los animales salvajes, más que los humanos.

—¿Usted conocía a esa chica que se suicidó, la hija de Mocanu? —preguntó el inspector—. ¿Sabía algo de ella?

—No demasiado, señor. Sólo sé que era muy guapa, se parecía a su madre, pero no creo haberla visto más de tres o cuatro veces, porque yo soy de otra parte del pueblo. Pero a su padre sí, lo conocí de chaval. Se ponía como una fiera por cualquier tontería y, hasta tuvo unas cuantas peleas con otros jóvenes del pueblo, antes de casarse. Ahora ya tiene sus años y tal vez

sea más tranquilo, sobre todo desde que le cayó un árbol encima, en el bosque, y se le quedó un hombro caído. La gente dice que no fue al médico por orgulloso que es, aunque yo creo que por estúpido. Y aún así, sigue siendo un canalla, que Dios me perdone, pues todo el pueblo sabe que su mujer tuvo vida dura con él. Bueno, eso es lo que dice la gente.

—¿Tiene otros hijos, Mocanu, o sólo tenía a esa chica? —curioseó el agente Grecu.

—Que yo sepa, no tiene ninguno más.

—¿Y su mujer, es de aquí, del pueblo?

—Era, pero murió hace un mes, más o menos. La enterró con mucha prisa, sin dar tiempo siquiera a la gente del pueblo a acudir al velorio.

—¿Pero, por qué haría alguien una cosa así? —se extrañó el inspector—. Por lo que sé, en el mundo rural, esas cosas se respetan como leyes no escritas.

—¡Sólo Dios sabe, señor! Mis nueras dicen que la difunta llevaba puesto un pañuelo en la cabeza, que le cubría casi por completo la cara. Le habrá pegado, ¿qué otra cosa se puede pensar si no? A la iglesia también venía así, apenas si se le veían los ojos, pero ya sabéis como es la gente, nadie se mete entre un hombre y su mujer —concluyó el viejo Vasile Popa.

—¿Y dices que ella murió hace un mes? —insistió Ionescu con las preguntas.

—No sé decirle con certeza, señor, tal vez sea más, o tal vez, menos. Mi nuera tiene que saberlo mejor, ¿quiere preguntarle a ella?

—¡No, no se preocupe, déjela trabajar, eso lo podemos preguntar en el ayuntamiento o en la iglesia! Ellos tienen registros con todos los nacimientos y los decesos. ¡Gracias por su tiempo, tío Vasile! Si se acuerda usted de otros sucesos relacionados con esa zona de la que hemos hablado, no dude en venir a informarnos, a cualquiera de nosotros. ¡Cuídese mucho y muchas gracias por ese relato! ¡Que tenga un buen día!

—¡Buen día a ustedes también, señores policías! —se despidió el pastor, estrechándoles las manos, por turno.

—¿Qué opinas de eso, agente Grecu? —le preguntó el inspector a su acompañante, cuando llegaron al coche que los esperaba en el margen del camino de tierra.

—No sé si podría tener alguna relación con nuestro caso, pero toda esa historia que nos contó el viejo, es muy interesante. Tal vez no estaría mal buscar en el archivo, para ver qué fue exactamente lo que pasó con esa chica.

Podría preguntarle también a mi jefe directo, el agente principal Ivascu, que está de baja médica. Él siempre ha trabajado en este pueblo.

—Espera, vamos a ver primero qué novedades nos trae Todiras y su compañero, tal vez se habían topado con algo interesante. Después consultamos los registros de nacimientos del ayuntamiento y los de bautizos, de la iglesia —sugirió el inspector—. Así sabremos con certeza, que niños habían nacido hace catorce o quince años en todo el pueblo, luego visitamos a cada uno, por turno, para no andar a ciegas.

—Aquí, en Maruntei, ya he consultado yo el registro civil del ayuntamiento, inspector. Tenemos unos seis chicos de catorce años y creo que otros siete u ocho de quince. Los vi a todos, están sanos y salvos.

—¿Pero, y si...? —empezó a decir el inspector.

—¿Si qué, inspector?

—¿Y si el nacimiento de ese niño fue mantenido en secreto, por culpa de las malformaciones que presentaba al nacer? Piensa un poco: tal vez la mujer dio a luz en casa, luego guardó eso en secreto por avergonzarse del aspecto de la criatura, luego ni siquiera lo registró... Ya sabes qué piensa la gente sobre esas cosas, los prejuicios que tienen, sobre todo en una sociedad rural, como esta.

—No sé qué decir, pero me parece poco probable que hace quince años, las mujeres todavía hubieran dado a luz en casa. El hospital de este pueblo estaba dotado con sala de partos, creo que desde mucho antes. Pero tendremos en cuenta la posibilidad, claro —le contestó Andrei Grecu.

—Solo que hay que abordar el problema desde otra perspectiva, porque nadie podía haber previsto el aspecto de su bebé al nacer. Por lo tanto, si existía la sala de partos en el hospital, el motivo por el que una mujer hubiera preferido parir en casa, tenía que ser otro.

—Un embarazo llevado en secreto —sugirió Grecu—. Una embarazada que escondía su estado.

—Eso mismo pensaba yo —añadió el inspector—. Y creo que aquí se nos ofrecen dos posibilidades. ¿Por qué criterio buscarías tú a una mujer que esconde su embarazo? Yo me fijaría en estos dos: una chica joven, tal vez demasiado joven para estar embarazada, o una mujer con cierta edad, que se avergüenza de su embarazo. Un imprevisto molesto.

—Así que seguimos sin tener nada —comentó Grecu—, ningún hilo del que tirar.

—Tal como te decía, esperemos, a ver si Todiras nos trae algo nuevo. Si

no, el lunes por la mañana, hacemos otra inspección a los objetos personales de la víctima, luego interrogamos otra vez a los que la encontraron en la gruta. Tal vez recuerden algún detalle que podría sernos útil —dijo con resignación el inspector—. Después empezamos con las visitas a los ciudadanos del pueblo.

Mientras tanto, llegaron con el coche a la sede de Policía rural y media hora más tarde, vinieron también los otros dos. Sin traer ninguna novedad. Parecía como que nadie del pueblo sabía nada sobre ese asunto, y los agentes de los pueblos vecinos, que llamaron por teléfono, tampoco les dieron buenas noticias.

Se cambiaron la ropa de montaña y las botas por sus uniformes, Grecu preparó cafés para todos, el inspector sacó una bolsa de cruasanes y se quedaron juntos casi media hora.

Saborearon sus cafés, mientras daban mil vueltas a los elementos de ese extraño caso.

### 3) La madre y la hija

#### **Agosto, el año 1976**

En uno de los días calurosos de principio de agosto, Vasile Popa, un pastor de ovejas, de Maruntei, un pueblo de la comarca de Suceava, descubrió un cadáver en un barranco situado en la parte oriental de Los Montes de Rodna. Según las investigaciones que realizaron los milicianos — como llamaban a los policías bajo el régimen comunista que fue derrotado en 1989—, el cuerpo pertenecía a Tatiana Mocanu, una adolescente de dieciséis años, de Maruntei, cuya desaparición había denunciado su padre unos días antes, en la sede local de la Milicia.

Los padres la reconocieron por el color del pelo largo, recogido en dos trenzas doradas como las espigas de trigo, pero tanto el estado avanzado de descomposición del cadáver, como también el hecho de que estaba casi por completo devorado por los animales salvajes, impidieron llevar a cabo un examen exhaustivo. El médico forense estableció que el fallecimiento se habría producido con cinco días antes, posiblemente hasta una semana.

A excepción de la columna vertebral, que se había salvado como por milagro, todos los huesos grandes del cadáver presentaban fracturas, debidas a la caída por la pared rocosa de la pendiente, y el golpe ulterior contra las piedras del fondo del barranco. El brazo derecho de la chica, lo encontraron a unos veinte metros de distancia del resto del cuerpo, completamente descarnado por los animales salvajes. El cráneo presentaba múltiples fracturas, entre las cuales, una que parecía ser un corte de unos diez centímetros en la zona occipital, provocado por algún objeto cortante, probablemente alguna piedra afilada —como consideraron en aquél momento.

Los milicianos que se ocuparon de investigar el caso, interrogaron a los padres de la adolescente fallecida, después a los vecinos, continuando con los ex compañeros de clase y de la escuela, de la chica, y otros cuantos jóvenes



del pueblo, que la habían conocido en alguna ocasión. Buscaban motivos que hubieran podido justificar una hipotética acción criminal contra la joven, pero no aportó nadie ningún elemento esclarecedor para el caso.

Una de las pocas amigas de la adolescente fallecida, declaró que esa tuvo una relación de amistad con un chico que era un año mayor que ella, y que sus padres no hubieran aceptado dicha relación. Conforme a esa declaración, era posible que por ese motivo, Tatiana Mocanu estuviera siempre triste y en las últimas semanas del curso, antes de las vacaciones de verano, fue vista en la escuela, llorando a escondidas, en los recreos. Según su compañera, el chico por el que suspiraba Tatiana, habría sido Sebastián Strajeru, el hijo de los vecinos que vivían en la misma calle con la familia Mocanu, pero en el momento de la desaparición y del hallazgo del cadáver de la chica, él estaba de vacaciones en Bucarest, en casa de una tía suya.

Sin sospechosos o pruebas incriminatorias, bajo la influencia de la declaración del padre de Tatiana, que decía haberle prohibido a su hija relacionarse con el hijo de los vecinos, los milicianos, presionados desde arriba para resolver cuanto antes el caso y con un excesivo celo, habían dado el veredicto más fácil que tenían al alcance: suicidio.

Con eso, el caso fue declarado resuelto y cerrado.



Tatiana tenía que atravesar todo el valle para llegar a la escuela del pueblo. Unos tres kilómetros a los que recorría sola, caminando, luego otros tantos de vuelta. Entre la casa de Ion Mocanu, situada en el punto extremo de la calle, en un valle escondido entre dos laderas montañosas, y la de los vecinos Strajeru, andaba más o menos un cuarto de hora con buen tiempo y más del doble en invierno, primavera u otoño, cuando los riachuelos que bajaban del monte inundaban el camino y lo bloqueaban con lodo y piedras.

Cuando era pequeña, en primaria, su madre la acompañaba hasta la puerta de los vecinos y de allí en adelante, hasta la escuela, iba con Sebastián, el único hijo de los Strajeru. Los lazos de amistad que unían a los niños, se estrechaban con cada día que pasaba, pero María, la madre del chico, no veía con buenos ojos la relación que se formaba entre ellos. Cada vez que los veía juntos, le hacía la bronca al chico:

—¡Te dije que no quiero verte con Tatiana! ¡Mocanu es un salvaje y si te encuentra con ella, sería capaz hasta de matarte! —le regañaba, mirándole con preocupación y con una especie de inquietud que el chico no entendía.

Por otra parte, Ion Mocanu se ensañaba a golpes con su hija, todos los días que la veía en compañía del chico. Silvia, su mujer, trataba siempre de intervenir entre ellos y sacar a su hija de las manos de su marido, cuando veía que ese empezaba a perder el control. Pero eso no hacía más que aumentar la furia del hombre, la paliza terminando luego, cuando él se cansaba de pegarles a las dos, como a un saco de boxeo. A la chica, la golpeaba por donde sabía que no podría verle nadie los moratones, pero con Silvia le daba igual. La pobre mujer, ya ni siquiera salía del patio, por vergüenza a exponerse a miradas ajenas. Solo algún domingo se atrevía ir a misa a la iglesia, después de taparse la cabeza con un pañuelo, intentando esconder lo más posible, las señas de los golpes. Apenas si se dejaba los ojos al descubierto, para ver el camino que pisaban sus pies.

Estaba resignada, sabía que iba a morir a mano de su marido y lo único que intentaba, era proteger a su hija de un destino implacable como el suyo.

Mocanu era un hombre robusto, alto y de ademanes toscos, con el corazón más duro que la piedra, siempre furioso y enfadado, como si hubiera llevado una constante guerra contra todo el mundo. Silvia ya ni siquiera recordaba si él la había amado al menos al principio, porque las palizas empezaron nada más casarse y mudarse a vivir juntos, después de la boda. No le gustaba nada: la comida, si no la quemaba, estaba demasiado fría, las camisas no estaban bien planchadas, las botas negras de piel, altas hasta las rodillas, no brillaban bastante. La mujer se pasaba los días corriendo de aquí para allá, intentando en vano hacer las cosas a su gusto. En los primeros meses de casada, lloraba a escondidas por desesperación, incapaz de entender, ¿cómo se había dejado engañada, pensando que él era un buen hombre? Se preguntaba ¿cómo pudo enamorarse de él, separarse de sus padres y seguirle en ese valle escondido entre las montañas, donde él le pegaba unas palizas brutales, sin que sepa nadie en el mundo cómo era su vida?

A veces pensaba que probablemente no sabía cómo ser una buena esposa. Casada a los dieciocho años y sin haberla aconsejado nadie sobre la convivencia entre hombre y mujer, o sobre las cosas relacionadas con la intimidad de una pareja, se estrujaba los sesos buscando maneras de contentar a su marido. Si veía que andaba todo el día enojado, por la noche, después de

apagar la luz para meterse en la cama, trataba de acercarse a él, ofreciéndole su cuerpo, tal como se imaginaba que habría hecho cualquier esposa con su marido. Levantaba con la mano el bajo del camisón blanco bordado por ella misma, se lo sacaba por la cabeza en un movimiento suave, soltaba su pelo del recogido y se deslizaba entre las sabanas, ligera como una brisa de verano cargada de perfumes florales.

Se acercaba despacio y trataba de besarlo o acariciarlo. Unas cuantas veces, incrédulo, mirándola con una mezcla de sorpresa y deseo que le nublaban la razón, el hombre se había dejado llevar por el fuego que se encendía en su sangre —Silvia era hermosa como un hada de cuento—. Unas cuantas veces, ella pudo dormir tranquila y contenta, creyendo que acababa de encontrar un modo de amansarlo, algo que pensaba que le iba a conferir cierto poder sobre su marido. Después de hacer el amor, él le daba la espalda y en unos instantes empezaba a roncar.

Hasta una noche, cuando el hombre parecía haber bebido más de lo normal, y viéndola como empezaba a subirse lentamente el camisón antes de meterse a su lado entre las sabanas, fijó en ella una mirada asesina, estiró un brazo y la agarró del pelo. A la mujer ni siquiera le dio tiempo echarse a un lado, antes de darse cuenta de lo que ocurría, el ya había empezado a descargarle golpes sobre la cabeza, sobre los pechos, allá por donde llegaba con los puños.

—¡Putas del demonio! —soltaba el insulto, mirándola con unos ojos en los que ardía el odio como las llamas del infierno—. ¡Eres capaz de montarme como si fueras una perra en celo! ¡Maldita zorra!

Dejaba caer las palabras, más duras que los golpes, en un tono amenazante, apenas abriendo la boca, imprimiéndole un sonido parecido al siseo de una serpiente. Descargaba su maldad con furia, sobre la mujer que no hacía más que protegerse la cabeza con los brazos. No gritaba, no decía nada, consciente de que eso lo habría enfurecido aún más, y tampoco le habría interesado lo que podría decir ella. Solo de vez en cuando sacaba algún chillido corto, cuando los golpes caían sobre los pechos, y buscaba alguna manera de retirarse hacia el borde de la cama, en un intento desesperado de soltarse de las manos que la agarraban, tirando de ella con brutalidad.

Mocanu le pegaba hasta que se cansaba, después la empujaba con el pie tirándola de la cama, como si la mujer hubiera sido un trapo al que había usado y ya no le hacía falta más.

Silvia se quedaba hecha un ovillo, como un bebé en el vientre de su madre, ya no lloraba, suspiraba entrecortado, esperando con miedo el siguiente golpe. Después de unos momentos en los que lo escuchaba jadeando por el esfuerzo, cuando se daba cuenta que él se había quedado dormido, se levantaba con cuidado, agarraba con la mano el bajo del camisón y se secaba la cara de lágrimas y de sangre. Sentía como se le inflamaba la piel alrededor de los ojos, y el dolor punzante que le palpitaba en las sienes. Sigilosa, abría la puerta y luego entraba en la cocina y se tomaba dos calmantes, después volvía en la habitación, se envolvía en una manta y se acostaba en la alfombra, al pie de la cama. Se doblaba el cuerpo y se abrazaba como si habría tenido miedo a perder ese dolor que la desgarraba por dentro, hasta en lo más profundo de su ser. Poco a poco, las pastillas se hacían el efecto, el sueño la vencía y sólo así conseguía desprenderse de la dura realidad de su vida.



Desde aquella noche, dejó de engañarse con la idea del poder sobre su marido, y no volvió a intentar seducirle para librarse de los golpes. Se acostaba simplemente en su lado de la cama, rezando en su mente para que su marido la ignorara y se durmiera. Pero, parecía que Dios estaba ocupado con otros asuntos y ella quedaba fuera del alcance de Su mirada.

Ion tiraba bruscamente de ella con sus brazos poderosos, de un tirón le subía el camisón, se le subía encima y la penetraba salvajemente. Silvia escapaba de vez en cuando algún quejido ahogado, el dolor la hacía llorar en contra de su voluntad y sus lágrimas se le metían en los oídos, después bajaban y empapaban la almohada. Luego intentaba desprenderse de sí misma, se escapaba lejos, imaginándose que ese cuerpo que él manejaba a su antojo no era de ella, lo abandonaba allí en las manos y a la voluntad del hombre. Al fin y al cabo, él habría podido hasta matarla si habría querido hacerlo, ¿a quién le habría importado eso?

Pero después de un tiempo, esa desconexión suya empezó a molestarle a Mocanu:

—¡Me cago en tu familia! ¿Qué, ya no te gusto, o qué? ¿Has encontrado a otro que te lo hace mejor que yo? ¡Antes gemías y te retorcías como una puta,

y ahora estas quieta como una vaca y encima lloriqueas! ¡Mírame cuando te hablo, si no quieres que te de una paliza hermana de la muerte, que tenga que venir luego tu viejo a recogerte y a llevarte a casa en una manta! ¡¿Eso quieres!?

Silvia levantaba la cabeza y lo miraba por entre las lágrimas que manaban de sus ojos, sin cesar. El miedo le bloqueaba cualquier otro sentimiento y temblaba de los pies a la cabeza, esperando el golpe. Poco a poco, se apoderaba de ella una impotencia abrumadora, gritando con desesperación en cada célula de su cuerpo. No podía, no sabía cómo contentarlo, no era capaz de encontrar la forma adecuada de comportarse con él, por mucho que la buscaba. Si se atrevía, era puta, si no, tenía a otro.

Así estaban las cosas entre ellos, cuando se quedó embarazada.

En los últimos meses de embarazo, él ni siquiera le permitía dormir en la cama. Le tiraba una manta en el suelo y le decía que allí debían dormir las vacas gordas. Entre maldiciones e insultos, se quedaba dormido y empezaba enseguida a roncar. A la mujer ya no le importaba nada más, desde que sintió ese ser diminuto creciendo en su interior. Si antes se protegía la cabeza con los brazos cuando él le pegaba, últimamente se llevaba las manos a la tripa redonda, para proteger a la criatura que se alimentaba de su sangre. Se hacía un ovillo y los golpes caían a todas partes, menos en el vientre.

Sus padres, apenas si pasaban alguna vez a verla, estaban contentos que la hija se había casado y les había quitado un peso de encima, para no añadir también que les daba miedo Mocanu. Sólo cuando le había llegado la hora de dar a luz, su madre vino a ayudarle, porque él no quiso llamar a la matrona, ni tampoco llevar a su mujer al hospital.

Como persona que había visto de todo en la vida y que sospechaba como iban las cosas entre su hija y el yerno, su madre le colocó la niña en los brazos, le quitó el sudor de la frente con el mismo trozo de tela con el que había limpiado la piel de la criatura, y le dijo con una voz quebrada por el dolor:

—No llores, hija. Mira, de aquí en adelante, esta niña te alegrará los días, tienes que vivir por ella. Ya ves, las mujeres sufren, callan y aguantan, ¿qué otra cosa podrían hacer?

Silvia se ha tragado el dolor y ha aguantado todo lo que pudo, por su hija. La crió cuidándola como a una flor que le alegraba la vida. La llevaba a la escuela y se pasaba noches enteras sin dormir, cuando Tatiana padecía de las enfermedades inherentes a la infancia. Por fin, su vida parecía haber cobrado

un sentido.

La chica se le parecía mucho y cuando llegó a la adolescencia y en su cuerpo empezaron a florecer poco a poco las redondeces femeninas, Silvia se veía a sí misma a esa edad. Recordaba sus inquietudes, reviviendo recuerdos de esa vida lejana, tan extraña como si nunca le hubiera pertenecido a ella. Aquellos años hermosos, cuando era libre, sin demasiadas preocupaciones, cuando aún vivía feliz y podía soñar.

Se le partía el corazón, pensando que a su hija podía tocarle una vida semejante a la suya y rezaba día y noche, pidiendo un destino mejor para Tatiana. Hubiese preferido dejarse pisotear en el suelo, para evitar las palizas que le propinaba su marido a la chica. Llegaba bebido a casa, después de tomar en la taberna del pueblo, o se emborrachaba con aguardiente que producía él mismo en cada invierno, sacaba la correa de los pantalones, a su mujer la encerraba en la otra habitación, luego, con una calma espantosa, empezaba a preguntarle a su hija:

—A ver, mi niña, ¿te dije yo, o no te dije, que dejes de andar con el mocoso ese de los Strajeru? ¿No puedes venir sola de la escuela, te atacan los lobos por el camino, o qué?

La chica no se dejaba engañar por su tono, ya conocía lo que venía después. Atemorizada, bajaba la mirada y se retiraba en una esquina, llorando y temblando como la gelatina. Su padre se acercaba despacio como si no tuviera intención de pegarle, pero Tatiana se sabía de memoria todo aquello, como si fuese un ritual en el que ella sólo participaba de forma pasiva e involuntaria. No podía hacer otra cosa, que esperar el siguiente paso del que dirigía aquella actuación que la paralizaba de pánico.

Cuando su atacador estiraba un brazo y la agarraba del pelo trenzado, empezaba a debatirse y a chillar como un pájaro herido, y sus chillidos se mezclaban con los gritos desesperados de su madre, que golpeaba con la cabeza y los puños en la puerta, al otro lado de la pared.

Mocanu no soltaba el cinturón hasta que se cansaba, luego se sentaba en el borde de la cama, jadeando, mientras Tatiana lloraba en una esquina, en el suelo. Cuando su respiración volvía a ser normal, antes de salir por la puerta, preguntaba señalándola con el dedo índice de la mano derecha:

—¿Has entendido lo que te he dicho, o no? ¡La puta madre que te parió! ¡Como vuelvas a verte con ese desgraciado, te corto el cuello con el hacha, tal como me llamo Ion Mocanu! ¿Estamos?

La chica movía la cabeza unas cuantas veces de arriba abajo, el volvía a

colocarse el cinturón en la cintura de los pantalones, después salía por la puerta como si nada hubiese ocurrido.

Bajaba al sótano y bebía de un trago un vaso de aguardiente, mientras maldecía entre juramentos al hijo de los Strajeru.

Silvia no entendía qué tenía él en contra del hijo de los vecinos. Sebastián era buen chico y buen estudiante por lo que le decía Tatiana, era alto y guapo y además, bien sabía ella, que su hija le quería como a su propia alma.

Después de cada paliza, por un tiempo, los adolescentes evitaban verse. En un hueco escondido bajo una piedra, en el borde del camino, se dejaban mensajes codificados. No se escribían, por miedo a ser descubiertos. El chico rompía en cada mañana una flor de geranio de la ventana de su casa, y de paso hacia la escuela, la dejaba para ella en el escondite. Tatiana paraba sus pasos, echaba una mirada alrededor para asegurarse que no la veía nadie, cogía la flor, la besaba y la metía en el seno, bajo el uniforme escolar. Luego le dejaba alguna planta que sabía que le gustaba, o alguna flor que rompía del borde del camino. Si el mensaje era que no podían verse por interdicción de su padre, Tatiana le dejaba una planta espinosa, u otra a la que todo el mundo conocía por su amargor.

Aguantaban así, sin hablarse, una semana o dos. Después, Sebastián la esperaba en el camino, a la vuelta de la escuela, y ella ya no podía ni quería evitarle más. Andaban unos minutos cogidos de la mano, mirándose sin decirse nada. No tenían qué decirse, cada uno llevaba el alma del otro y en su inocencia de adolescentes, hasta les daba miedo lo que sentían el uno por el otro.

Luego la chica se sobresaltaba, le parecía escuchar ruidos alrededor, se despertaba en ella el miedo a su padre y, angustiada, se desprendía de la mano del chico. Apretaba el paso y se alejaba de él, con el corazón encogido.

El miedo no la soltaba nunca de sus garras y en el futuro ni se atrevía pensar. Le quedaba poco para terminar el octavo curso y no podía con su alma, pensando que a Sebastián, que era un año mayor que ella, le quedaba poco para irse a continuar sus estudios en la ciudad, alejándose de ella. Sentía como una especie de fatalidad cruel le marcaba el destino, sabiendo que su padre no le permitiría nunca una relación con el hijo de los Strajeru. Ambos temían lo que les podía traer el futuro, pero con toda la preocupación, no se imaginaban vivir el uno sin el otro.



En la casa de Neculai Strajeru, las cosas eran totalmente distintas a las de Ion Mocanu. Cualesquiera dos hombres cogidos al azar, no podían resultar más distintos entre ellos de lo que eran esos dos vecinos. Strajeru era bueno como el pan, no bebía en exceso, no fumaba, era un hombre hogareño y amaba a su mujer como a su propia vida. Cuando María había aceptado su petición de matrimonio, le había parecido que acababa de toparse con la suerte, porque sabía que la chica tuvo también otros pretendientes. Ni él mismo se lo creía, que María lo había elegido justo a él. En el pueblo, la gente hablaba de que Mocanu también habría pedido la mano de la chica, pero no le habría querido porque le temía.

Ella era una jovencita pletórica de de vida, de ojos verdes y melena negra y rebelde, tan pequeña que apenas si le habría llegado hasta el pecho, a un gigante como era Mocanu.

Se casó con Strajeru y se hicieron una casa hermosa, juntos. Sus padres no tenían más que otra hija que estaba casada en Bucarest, tenía buena situación y vivía una vida cómoda. No necesitaba nada de sus padres, por lo tanto, todo lo que ellos tenían, era para María y su casa. Les gustaba el yerno y le querían como a un hijo.

Veían que María tenía buena vida con él y todos los días daban las gracias a Dios, que ella no había elegido a otro. De oídos, sabían lo que valía cada uno de los pretendientes que había tenido la chica. Tal vez no lo había elegido al más guapo, pero ellos consideraban que era mejor vivir con un buen hombre, porque la hermosura física se pasa sin apenas darse uno cuenta. Y para caminos largos y tortuosos como el de la vida, mejor con uno que tenga buen corazón, que con un guapo que no haga más que amargarte los días.

Solo que el tiempo pasaba, ya eran tres años desde la boda y ellos todavía no conocían la bendición de tener un hijo. María pensaba que era un castigo de Dios y no entendía por qué. Andaba de médicos hasta sacerdotes, rezaba en monasterios y pagaba a los monjes para rezar por ella a términos fijos, como los plazos del banco. Todo en vano.

Su hermana la llamó a Bucarest y la llevó a los mejores médicos de la capital, pero como si hubieran tenido un acuerdo entre ellos, todos le decían lo mismo: si no se quedaba encinta, no era por su culpa. Estaba sana y con



todas las cosas en su sitio.

Por otra parte, Neculai Strajeru sufría como un condenado, pidiendo ayuda a Dios, para dejar de sentirse tan desgraciado. Sentía que el problema era suyo, pero todavía esperaba en un milagro. Aún eran jóvenes, tenían toda la vida por delante.



El día del cuarto aniversario de su boda, María le hizo la más grata sorpresa y el más bonito regalo posible: estaba embarazada de tres meses. No le había dicho antes, porque no quería darle una falsa ilusión a su marido, prefirió esperar para tener la certeza que iban a ser bendecidos con un hijo.

Strajeru trabajaba en Suceava, iba por la mañana y volvía por la tarde en autobús, todos los días. Después de enterarse de la novedad, pidió una semana de excedencia laboral, para estar en casa con su mujer y celebrar juntos la buena noticia. Los padres de María empezaron a hacer planes para el bautizo y la hermana, a mandar de Bucarest, paquetes de ropa para el bebe y pañales. Pocos niños fueron tan deseados y esperados como el suyo. Strajeru vivía como en un sueño, cuidaba de su mujer y no le permitía hacer ni siquiera las labores de casa; él limpiaba y preparaba la cena para los dos cuando volvía del trabajo. María se reía diciéndole que podría acostumbrarse a ser mimada, pero no le gustaba estar de brazos cruzados. Lavaba la ropa, cosía, planchaba y cuidaba de las aves del corral, aunque su marido protestaba a veces, mitad en broma, mitad en serio.

La abrazaba y la besaba con una ternura que nunca habría creído ser capaz de experimentar, le miraba los ojos verdes como el bosque más oscuro y le decía, borracho de tanta felicidad:

—¿Ves, María?, te dije yo que Dios va a hacer este milagro para nosotros. Tal vez yo no lo merecía, pero tú eres buena como un ángel y Él tenía que escucharte.

Solo alguna vez le parecía que por la cara de la mujer pasaba una sombra de tristeza, o tal vez de preocupación, pensando en lo que la esperaba para el día del parto.

Sebastián llegó al mundo en el día de Pascua, a la vez con La

Resurrección de Cristo, después de casi un día entero de dolores de parto, pasado en el hospital de Maruntei. Neculai Strajeru daba vueltas alrededor del hospital, llorando como un crío, parándose y apretando los puños, cada vez que escuchaba los gritos de su mujer. Se arrepentía por haber deseado tener al niño, se consideraba un miserable y se le partía el corazón por la pena que sentía por ella.

Cuando, después de unos gritos desgarradores y salvajes se hizo de repente un silencio que le apretaba como un cuchillo en la garganta, se apoderó de él un miedo visceral. Empezó a pensar que la había perdido, que se había muerto y deseó morir él también, porque no habría podido vivir sin ella.

Y súbitamente, el llanto de un bebé atravesó el aire y llegó a su oído, después su suegra salió del hospital y le llamó dentro. Él se quedó parado en el umbral de la puerta y no podía creer que lo que veían sus ojos era real: su mujer sonreía estirando los brazos hacia el bebé, cuyo cuerpecito limpiaba la matrona, con un paño blanco. Era un ser diminuto, rosado, “la cosa” más hermosa que él había visto jamás, y gritaba como si no le habría gustado el mundo al que acababa de llegar.

—¡Viene con dos cojones bien puestos, eh! ¡Vaya carácter! —gritó la matrona hacia él, cuando lo vio en la puerta.

Strajeru pensaba que le iba a explotar el corazón de tanta felicidad. Se acercó a su mujer y le besó la frente bañada en sudor. La veía exhausta, con los ojos verdes brillándole como dos piedras preciosas, y pensaba que no la había amado nunca, más que en ese momento y le dolía el corazón del cariño que sentía por ella.

Después de unas semanas, lo celebraron por todo lo alto. Ileana, la hermana de María, fue la madrina del niño, al que bautizaron con el nombre de Sebastián, por el nombre del sacerdote que les había celebrado la boda religiosa, cuatro años atrás. Un hombre sabio, con verdadera vocación de sacerdote, cercano a la gente de su parroquia, cual, por desgracia, no vivió tanto como para llegar a bautizarles el niño.

Como dice un proverbio: a los buenos, El Señor los lleva pronto a su lado, pero los malos viven mucho, tanto como para amargarles la vida a los demás.

## 4) Los lápices y el sacerdote

### El año 1991

El lunes por la mañana, el agente Grecu acompañó al inspector a la morgue de Suceava, donde se encontraba el cadáver de la víctima. El médico forense Moraru los llevó a la sala en la que estaban instalados esos horribles cajones frigoríficos, en los que se guardaban los cadáveres congelados. Abrió uno de ellos y de nuevo se quedaron impresionados por la imagen de aquel niño monstruo. Al lado del cuerpo malformado se hallaba una bolsa azul, de plástico, cerrada con el sello del Laboratorio de Medicina Forense. En presencia del médico, volcaron el contenido de la bolsa en una mesa grande de acero inoxidable, situada en el centro de la sala.

—Estas cosas huelen mal, chicos —les dijo el forense—. Si queréis, os puedo ofrecer un poco de crema mentolada, para poner bajo la nariz. ¡Pero, antes que nada, poneos los guantes!

Se pusieron los guantes, pero la crema la rehusaron.

—No es tan horrible como otros olores con los que te topas tú a diario —le dijo el inspector, al médico—. Tal vez, porque toda esta porquería está congelada. ¿Sería posible un poco más de luz, por favor?

El forense encendió un reflector potente que estaba situado encima de la mesa, después les dijo:

—Vamos a empezar con esta camisa, o túnica, como sea que se llame, que es la más sucia. Luego la metemos en la bolsa y pasamos al siguiente artículo.

Estiró delante de ellos un harapo de camisa, de un corte parecido a las túnicas rusas sin cuello, que debía tener unos botones para cerrarla en la parte de arriba del pecho y no los tenía. La tela estaba gastada y con muchos rotos, pero las costuras se mantenían resistentes.

—Esta camisa fue cosida a mano —les dijo el médico—. Mirad aquí, a esta costura: se observa bien que no es recta como de máquina, ni respeta el

mismo paso con la aguja.

Dieron la vuelta a la camisa y la miraron por el revés. Toda la costura era del mismo tipo. Alguien había cosido a mano esa camisa. No podían saber si de nueva fue del niño, o se la habían dado después de llevarla otra persona, pero tenían la tendencia a creer más en la segunda opción, porque el tamaño de esa camisa superaba con mucho la dimensión de aquel cuerpo infantil.

—Como veis, aquí no tenemos ningún elemento importante, excepto la costura manual, que podría ser algo, me atrevería a decir, relevante. Creo que os dais cuenta, hoy en día, pocas mujeres harían una cosa así. Ahora vamos a mirar este chaleco de piel de conejo —decidió el médico, introduciendo la camisa en la bolsa y sacando de allí un chaleco largo, que probablemente le habría llegado al niño hasta bajo las rodillas. Estaba muy sucio, le faltaba el forro y los trozos de piel estaban cosidos entre ellos con una costura manual, idéntica o al menos parecida, a la de la camisa. Sólo que parecía más antigua, el hilo estaba roto en muchas partes de la prenda, lo que hacía que los trozos de piel descosidos, colgaran bajo el peso de la suciedad que les impregnaba.

—No he limpiado todo esto, pensando que tal vez os podría interesar mirarlo todo en detalle, una vez más. Tengo pensado ocuparme de estas prendas, esta misma tarde, a ver si consigo dar con otros elementos pegados a ellas, aparte de la porquería visible. De este chaleco he sacado también esos cabellos largos y rubios, de los que te dije, Marcel —añadió el forense, mirando al inspector Ionescu.

Estiraron el chaleco de piel sobre la mesa y empezaron a examinarlo atentamente de cara y de revés. Los trozos de piel de conejo eran duros, tiesos, y arriba en el pecho, tenía cosido en el revés un bolsillo roto, confeccionado de un trozo de tela de un gris oscuro.

—Estas pieles, tal vez no fueron ni siquiera curtidas —añadió el inspector—. Son duras como la corteza de árbol y por lo que vemos, todos estos harapos que vestía el niño, son cosas artesanales, rudimentarias. Aquí caben de nuevo dos hipótesis, como en el caso del embarazo mantenido en secreto: o los padres eran demasiado pobres para poder permitirse comprarle ropa, o lo tenían escondido y no le compraban para no traicionar su existencia.

—Algo me dice a mí que la segunda opción es la correcta —comentó Grecu—. Pero podríamos considerar también una tercera posibilidad: tal vez, simplemente no querían gastar dinero con él y preferían ignorar su existencia.

El forense miró con atención el lado izquierdo del bajo del chaleco, que estaba más sucio que el otro y bajo la capa de suciedad remarcó unos

fragmentos de líneas negras, dibujadas en el cuero del revés de la prenda. Le pidió a Grecu, que era el más alto de ellos, que bajara un poco más el reflector, encima de la mesa. Miraron todos y observaron unas pequeñas líneas marcadas en negro como el carbón, tapadas casi por completo por la suciedad.

—Dadme tiempo hasta mañana, para limpiar toda esta porquería y luego ya veremos qué pasa con esas líneas —les pidió el médico forense.

—¿No van a desaparecer al limpiar esta mierda? —preguntó Grecu—. Parecen unas señas hechas con lápiz negro. Unos dibujos.

—Con todo el riesgo, hay que hacerlo. Si no, ¿cómo vamos a saber qué hay allí? —cuestionó el forense—. Con paciencia y mucho cuidado, tal vez consiga rescatar lo que sea que representen esas líneas. Tal vez el que había hecho este chaleco, se había dejado allí alguna marca propia distintiva, algún indicio de algo. ¡Ojalá sea así! Si se mira con más atención, se observan también como unas pequeñas curvas, como fragmentos de un círculo. ¡Dejadme trabajar, chicos, mi asistente tiene día libre hoy y tendré que ocuparme yo sólo de todo! Pero esto me intriga mucho, no sé cómo no vi esas líneas el otro día. Creo que me estoy haciendo viejo, o como poco, tendré que cambiar de gafas.

El inspector y el agente Grecu se quitaron los guantes y salieron de la sala. No se atrevían hacerse ilusiones, pero un pequeño destello de esperanza se había despertado en ellos. Partieron en coche hacia Maruntei, donde tenían programado el encuentro con los dos trabajadores que habían encontrado el cadáver en «La Gruta del Oso».



Los dos hombres estaban ya presentes en la sede de Policía, cuando llegaron ellos allí. Ambos eran de Suceava y venían al trabajo en autobús. El que llevaba la cámara de fotos, el día que encontraron el cuerpo del niño, era un hombre apuesto, de unos cuarenta años, que había trabajado toda su vida en obras de carretera. El otro era más joven y a cualquier pregunta que le hacía el inspector, miraba primero a su acompañante, como para pedirle permiso antes de contestar. El inspector se imaginó que el hombre no estaba acostumbrado a hablar con policías, pero al agente Grecu —que había

conocido a esos dos, el día del hallazgo del cadáver—, le pareció extraño el comportamiento del hombre. Se sentó en una silla delante de él y le preguntó de repente:

—¿Qué pasa, señor Ungureanu, por qué está usted tan nervioso?

El interpelado echó una mirada rápida hacía su compañero, pero ese le ignoró, mirando a otro lado.

—¿Habéis visto algo más, allí arriba, o habéis encontrado algo que no habéis declarado? —insistió Andrei Grecu—. ¡Creo que os dais cuenta de lo importante que podría ser para nosotros cualquier detalle, así que si habéis recordado algo, no juguéis con nuestra paciencia, ni con la ley! ¡La obstrucción de la justicia es un delito grave y se castiga con dureza!

Ungureanu se pasó una mano por el pelo, después miró otra vez con el rabillo del ojo hacía su compañero. Este se encogió de hombros y le dijo con desdén:

—¡Dale! ¿A qué esperas?

—Señor inspector, yo pensaba que no era gran cosa y por eso no he mencionado nada. De hecho, no eran más que unos lápices, ¿cómo iba a saber yo si eran importantes o no, para ustedes?

—¿Unos lápices? ¿De qué lápices está hablando, señor Ungureanu? —se impacientó el inspector, levantándose de la silla.

—Pues, eran tres —le contestó este—. Y los tres eran de esos planos, anchos, como de carpintero. Yo no creía que...

—¿Y dónde estaban esos lápices y qué habéis hecho con ellos? —le interrumpió Grecu.

—Pues, justo allí, antes de llegar a la entrada en esa gruta, en la hierba. Se han roto al pisarlos y después de ver lo que eran, los metí en el bolsillo. Luego me he olvidado de ellos, pero él me decía todos los días que debía haberles dicho —confesó, indicando con un gesto de la cabeza, hacia su compañero—. Yo los dejé en casa, tal como estaban atados, sólo que se rompieron, pero no del todo.

—¿Cómo que estaban atados? —preguntó Ionescu.

—Quiero decir, que me ha parecido que cada uno llevaba atado un trozo de cuerda, y luego estaban atados juntos con un cordón negro y sucio.

—¿Y dónde están, los tiene usted aquí? —le interpeló con impaciencia, Grecu.

—¡No, señor, ya les dije que los dejé en casa!

—¿Y por dónde vive usted, en que parte de Suceava?

—Cerca de la estación de tren, señor agente.

—Y usted, señor Preda, creo que es también de Suceava, ¿no es así? —le preguntó el inspector Ionescu al otro trabajador, cuando entendió el sentido de las preguntas de Grecu.

—Sí, señor inspector, vivimos los dos en el mismo barrio.

—¿Tenéis algo más que declarar, además de esos lápices?

—No, señor, era sólo eso. Perdonadme por no haberlo dicho antes —dijo el hombre, en un tono humilde.

Ionescu y Grecu cambiaron unas miradas entre ellos, entendiéndose sin palabras.

—¡Caballeros, parece que hoy vais a llegar a casa en el coche de Policía! ¡Nos vamos todos a Suceava!

Media hora más tarde, el agente Grecu entraba en el apartamento de Ungureanu junto a este y, después de unos minutos, salía con los lápices metidos en una bolsa de plástico, cerrada. El inspector le estaba esperando en el coche y partieron hacia el laboratorio de medicina forense. Dejaron los lápices para el análisis de huellas dactilares, antes de ir juntos a comer, en un restaurante del centro de la ciudad.



El agente Todiras, junto a su compañero de Vadu Oii, empezaron a hacer preguntas entre los ciudadanos de Maruntei, conformándose a las ordenes del inspector Ionescu. Pero nadie sabía nada de ningún niño desaparecido y menos todavía de alguno que tuviera unas características tan peculiares.

A las primeras horas de la tarde, después de comer los bocadillos que se habían traído de casa, se fueron a hablar con el sacerdote del pueblo.

El pope no pareció demasiado entusiasmado con la visita, porque tal como les dijo, estaba durmiendo la siesta. Era un hombre alto y delgado, con una nariz grande y curvada, parecida a un pico de ave rapaz. Su cara tenía rasgos duros, lo que le hizo pensar al agente Todiras, que nunca se atrevería confesarse delante de un sacerdote con semejante figura de pocos amigos. No es que se hubiera confesado muy a menudo, pero en vez de hacerlo con un hombre como ese, se dijo que sería preferible seguir acumulando los pecados sobre su conciencia.

El sacerdote sacó un manojito de llaves que llevaba enganchado al cinturón de los pantalones, por debajo de la ropa sacerdotal, abrió y les pidió esperar en el vestíbulo. Después abrió la puerta grande de roble macizo, que daba hacia el interior de la iglesia, la dejó abierta y se dirigió hacia el cuarto del altar. En un armario grande, pegado a una de las paredes laterales, se guardaban los archivos de la iglesia, entre los cuales estaban también los registros de bautizos, de bodas y de decesos.

Tal como le había pedido Todiras, basándose en el informe del médico, sobre la edad del niño, buscó los registros de los años 1976 y 1977. A la luz que entraba de afuera en el vestíbulo, el agente apuntó en un papel todos los bautizos de los dos años consecutivos, a los que iba a comparar después con los nombres de la lista de nacimientos registrados en el ayuntamiento, que la tenía el agente Grecu.

Después le preguntó al pope si tenía conocimiento de la existencia de algún niño con las características de la víctima, y este empezó a santificarse y a decir que en toda su vida no se había topado con una cosa así. Luego añadió, que si existía tal niño, ese debía ser una criatura diabólica, porque Dios no haría semejante broma, en el momento de crear un ser humano.

—¿Por qué dice eso, padre? ¿Qué culpa podría tener un niño, por el aspecto que presentase al nacer? —le preguntó Todiras.

Luego sintió la necesidad de poner en su sitio a ese personaje, que para nada parecía pensar tal cómo se imaginaba él que debería hacerlo un sacerdote, y le soltó otra pregunta, antes de darle tiempo a contestar a la anterior:

—¿Quiere decir, padre, que usted tiene alguna culpa por haber nacido con esos rasgos duros y no con una cara más agradable? ¿O que ese pico de ave rapaz, no lo puso Dios en su cara, porque Él no haría semejante broma?

La cara del sacerdote se hizo roja como un tomate, su mirada oscura se volvió dura y cortante como el acero y un tic nervioso empezó a moverle el labio superior. Parecía hacer unos esfuerzos enormes, para resistir al impulso de atacar al policía. Luego, poco a poco consiguió dominar su furia y una mueca con pretensión de sonrisa cambió la forma de su boca, antes de contestarle al agente Todiras:

—¡Estamos en un edificio sagrado, señor policía, por tanto, le voy a perdonar la ofensa! ¡El Señor no juzga al hombre por la cara, si no por sus actos, según nos enseñan los libros sagrados!

—¡No he dicho nada que debiera ser perdonado, padre! —se defendió el



agente—. ¿Y esos libros a los que se refiere, dicen que eso es válido también para los demás, o sólo para usted? Le pregunto por curiosidad, porque se contradice usted, padre. Acaba de decirme que un niño nacido con malformaciones, no podría ser una creación divina. ¿Entonces, ese niño no debería ser juzgado de la misma manera que usted, según sus actos y no por su aspecto?

—¡Usted malinterpreta mis palabras, agente! ¡Así que, si no desean nada más, les voy a pedir que se marchen! ¡En la santa iglesia, no se pueden llevar tales discusiones! —dijo el sacerdote, en tono de reproche.

—¡Esto es extraño, padre, por no decir que se excede usted un poco! —intervino el otro agente, que no había abierto la boca hasta ese momento—. Me refiero a eso de echarnos de la iglesia. ¡Ni que fuera suya! Pero nosotros nos vamos de todos modos, ya que parece que no le ha caído bien eso de interrumpir su siesta.

Se levantaron de las sillas, Todiras dobló la lista de bautizos y la metió en el bolsillo, se despidieron con un “¡Que le vaya bien, padre!” y salieron de allí decepcionados por la actitud del párroco.

—¿Este es un sacerdote o es un diablo? —preguntó, más para sí mismo, Todiras, en cuanto llegaron al coche, en la carretera—. ¡Te deja sin palabras, joder, no es de extrañar que cada vez menos gente acuda a la iglesia!

—Decepcionante, de verdad —añadió el otro—. Parece que a estos pueblos perdidos entre las montañas, mandan a los más ignorantes.

—¡Pero, vamos a ver, estamos en el siglo veinte, esa forma de pensar es anacrónica, hombre, ni que fuera algún inquisidor medieval! En fin, ¿para qué alterarnos más con el tema, ya que no está en nuestras manos cambiar esto? Espero que al menos sirva para algo esta lista, para quitarnos el mal sabor de boca que nos dejó el sacerdote.

Desgraciadamente, no sirvió para nada. Cuando se reunieron con los demás en la sede de Policía rural, al comparar las listas, no encontraron diferencias. Figuraban los mismos niños de los que el agente Grecu sabía que estaban sanos y salvos, en las casas de sus padres. Todiras les contó el cambio de replicas duras con el sacerdote, al cual, el agente Grecu, comentó:

—Sí, es un personaje extraño y tengo entendido que la gente le teme un poco. Y eso sí, es bastante limitado y a veces habla su boca sin él. Pero, ya sabéis lo que se dice: el perro que ladra, no muerde.

—¡Permíteme discrepar en esto, agente Grecu! —replicó el agente más joven, de Vadu Oii—. ¡A mí me ha mordido un perro, y te aseguro que

primero me ha ladrado!

Empezaron a reír, olvidando la discusión con el sacerdote. Decidieron posponer las visitas a los vecinos de las zonas periféricas de la localidad, para el día siguiente. Les quedaba la parte del oeste del pueblo, a la que pertenecía también ese valle en el que se ubicaba la casa y las tierras de Ion Mocanu, el padre de la chica que se había suicidado, quince años atrás.

—¡Que no se nos olvide preguntar por conejos! —le dijo el inspector al agente Grecu, cuando se fueron los de Vadu Oii.

—Me temo que eso no nos diría nada, inspector. Por aquí, mucha gente cría conejos, pero, claro, preguntaremos de todos modos. Y mañana nos toca a nosotros, con los del oeste.

—Creo que vas a ir con Todiras y el otro —respondió Ionescu—. Yo iré a ver si el forense tiene algo para nosotros, con ese chaleco del niño. Y tal vez los del laboratorio tengan el resultado a las huellas dactilares de los lápices. Espero dar con algo que nos ayude avanzar al menos un paso. Empieza a ser frustrante dar vueltas a ciegas, sin tener ninguna pista segura. Así que, para mañana te dejo al cargo.

—¡A sus órdenes, inspector! —contestó el agente.

—Y una cosa más, Andrei: entre nosotros, me puedes tutear. Me llamo Marcel.

—Ya lo sabía, señor..., ya lo sabía, Marcel. ¡Entonces, suerte con lo de Suceava! —dijo estrechándole la mano a su jefe, que se llevó el maletín de cuero, las llaves del coche y se marchó.

## 5) El establo y la muestra ilegal

Era una mañana soleada y muchos aldeanos andaban por los jardines, recogiendo las ramas y las hierbas secas para quemarlas, en vista de preparar el terreno para la siembra. El aire primaveral era frío y perfumado y las abejas zumbaban entre las flores de los árboles frutales, vestidos como para un día festivo.

En el patio y en el jardín de Ion Mocanu, no se veía nadie. Todiras empujó la puerta destartada de la valla de madera que cerraba el patio hacia la calle y las bisagras chirriaron de una forma espantosa. Un perro grande apareció de imprevisto, ladrando y acercándose peligrosamente a ellos, cuando de un lado, cuando del otro. Grecu le amenazó con un palo que había llevado con él, sabiendo a qué podía esperarse en los patios de la gente y el animal desapareció por detrás de la casa.

Sin embargo, al dueño no lo veían por ningún lado. El agente atravesó el patio dirigiéndose hacia el jardín situado detrás de la cuadra con tejado bajo e inclinado, donde encontró un montón de ceniza, todavía humeante. Apartó con el pie unas tablas cortas de madera, que parecían haber sido traídas allí para ser echadas al fuego y que estaban sucias como de estiércol seco, algunas llevando clavos en los extremos, como si hubieran sido desprendidas de un pavimento.

Mientras tanto, el agente Todiras abrió la puerta del edificio que supuso que debía ser el establo, o cuadra, y se metió dentro, parándose en la entrada. El interior estaba a oscuras y el edificio no tenía ventanas. Una lámpara de petróleo se veía clavada en la pared, justo al lado de la puerta, pero no era más que un elemento decorativo, por tener el depósito de combustible, vacío. Hacia el lado izquierdo, con la poca luz que entraba de afuera, el agente distinguió un enrejado largo, pegado a la pared de fondo que marcaba la anchura del edificio. Acercándose, vio que estaba lleno hasta arriba de alfalfa seca, que olía fuerte como la hierba recién cortada.

Sintió movimiento en el otro lado y se dirigió en esa dirección.

—¿Ves algo allí, con esa oscuridad? —le preguntó su compañero, que se había quedado al lado de la puerta.

—¡Sí, veo conejos! —le contestó Todiras—. Creo que son casi veinte y son muy grandes. ¡Enciende el mechero y acércate a verlos!

El otro se conformó a la orden y cuando se acercó a las jaulas de los conejos, a la luz del mechero vieron que tanto por debajo de ellas, como de allí hacia delante, en la parte derecha de la cuadra, se había hecho recién una limpieza a fondo. Las jaulas confeccionadas de malla metálica y marcos de tabla de madera, estaban instaladas sobre unos soportes nuevos, de cortes de tronco de árbol, blancos por haberles desprendido recién la corteza. En los puntos de apoyo observaron los clavos también nuevos, brillando en la luz del mechero. El suelo no estaba pavimentado, pero en la luz tenue vieron algo que les suscitó la curiosidad.

—¡Ah, este mechero me quema los dedos! —gritó el agente.

—¡Dámelo a mí! —le pidió Todiras estirando una mano—. Mira un poco, esto se vuelve cada vez más interesante: el pavimento ha sido sacado recién, se ven las señas en la parte baja de la pared, allí donde llegaban las tablas.

—Sí, es cierto, se ve bien —le contestó el otro—, pero aquí, el suelo esta mojado. Desde las jaulas hacia ese lado, está todo empapado de agua. ¡Ten cuidado, que puedes resbalar!

—¡Joder, esto es raro, acércate y mira esta pared! ¿Por qué habrá hecho esto? —se extrañó Todiras.

En ese momento se escuchó el chirrido de las bisagras de la puerta que daba a la calle, después una voz de hombre soltó una maldición. Los agentes se quedaron inmóviles, escuchando con atención y la llama del mechero se apagó en la mano de Todiras.

—¡Buenos días, señor Mocanu! —le escucharon saludando, a Grecu, mientras salía de detrás del establo, viniendo hacia el patio.

—¡Buenos días, agente! ¿Qué hace usted aquí? —le atacó el propietario de la casa, en tono amenazante—. ¿Se le ha perdido algo por detrás de mi establo, o qué buscaba por allí? —Mocanu era ya entrado en años, pero seguía teniendo ese aspecto de gigante. El hombro izquierdo, sobre el que le había caído el tronco de pino hace unos cuatro años, se le había quedado más bajo que el otro y por ese motivo, el abrigo de paño que llevaba, se le caía hacia el brazo izquierdo y la manga le tapaba la mano hasta la punta de los dedos. El pulgar de la mano derecha, lo llevaba vendado con una venda blanca que le subía hasta la muñeca.

—¡No, a usted le buscaba! Como no salió en el patio, pensé que tal vez estaría en la huerta —le contestó Grecu, mirando alrededor a por los otros

dos—. No podía saber que usted ha salido.

— ¡Ah, pues, ahora ya estoy de vuelta! ¿Y qué quiere usted de mí? —le preguntó desafiante, con una voz que parecía colarse por entre los dientes, alargando los eses en un sonido como el siseo de una serpiente.

Se dirigió hacia la puerta de la casa, quitándose de camino el abrigo de paño, mientras el policía le seguía, echando miradas furtivas alrededor.

¿Dónde demonios se habrán metido esos dos? —se preguntaba Grecu, confundido.

—Quería preguntarle algunas cosas, señor Mocanu. Una simple rutina, nada demasiado importante.

Y mientras el anfitrión sacaba una llave del bolsillo del pantalón y abría la puerta, los otros dos agentes aprovecharon el momento para salir de la cuadra. Como esta estaba situada justo al lado de la puerta que daba hacia la calle, cuando Mocanu miró en esa dirección, le pareció que ellos acababan de entrar por la puerta que él había dejado abierta. Sorprendido, se quedó unos instantes sin moverse, con la mano en la manilla de la puerta y una sombra de preocupación le pasó por la cara, como una señal de alarma.

— ¿Pues, si decía que no era nada importante, entonces para qué vinieron también esos dos? —le preguntó, mirando desconfiado a los agentes que se acercaron y le saludaron primero a Grecu, como si no lo habrían visto en mucho tiempo. Después intentaron estrecharle la mano a Mocanu, pero él les enseñó el dedo vendado, mientras su mirada pasaba, alerta, de uno a otro. Parecía haber perdido de repente esa actitud desafiante con la que le había recibido al agente Grecu.

—Mi nombre es Todiras, agente principal de Policía rural de Vadu Oii y este es mi subalterno, el agente Petrescu. Hemos venido a buscar al agente Grecu —mintió, echando una mirada alusiva al que acababa de nombrar—. Del pueblo nos dijeron que le vieron dirigiéndose a esta parte, y como no tenía dónde ir más que aquí, porque no hay más casas que la suya, hemos pensado que aquí debía estar. Bueno, quiero decir que hay otra casa en esta calle, pero por lo que vimos al pasar por delante de ella, parece deshabitada.

—Es la casa de los Strajeru —comentó Grecu, siguiéndole el juego a Todiras—. Pero no vive nadie en ella, es por eso que casi se la come la maleza. Así que, por lo que veo, caballeros, tenéis que esperarme, porque yo estoy aquí para hacerle unas preguntas al señor Mocanu.

El dueño de la casa abrió la puerta y con un gesto les invitó entrar en un pasillo cuadrado, en el que no había más muebles que un armario pequeño de

madera, pintado en azul y tapado con un mantel de hule, sucio y roto en las esquinas. Luego desapareció por una puerta que daba a una habitación de la casa, de donde trajo una por una, cuatro sillas de madera de respaldo alto. Sin esperar a que se sentaran primero los huéspedes, tomó asiento en una de ellas.

Se había dejado el abrigo dentro de la habitación y se había quedado en una camisa, como una túnica de mangas anchas y largas, confeccionada de una tela de cuadros pequeños, en distintos tonos de gris y azul. La mirada de Grecu se clavó de inmediato en aquella camisa, asociándola en su mente con otra parecida, precisamente la que había tocado con su mano enguantada, dos días atrás, en la morgue.

—¿Qué le ha pasado en la mano, señor Mocanu? —le preguntó Todiras.

—Cambié unas tejuelas de madera que estaban podridas en el tejado, y me pinchó un clavo. Era oxidado, por eso fui al hospital. Y acababa de llegar de allí, cuando encontré al agente Grecu en mi patio. ¿Y qué quería preguntarme, agente? que todavía no me lo ha dicho y yo tengo más cosas que hacer, que no las hace nadie si no las hago yo. Mi mujer murió hace un mes y me he quedado solo con todas las labores de la casa.

—Siento escuchar esto, señor Mocanu. ¿Pero, no tiene hijos?

—No tengo. Tuve una chica, pero murió hace muchos años. Y no creo que usted vino hasta aquí, para preguntarme si tengo hijos o no.

—La verdad es que, de alguna manera, el tema de mi pregunta, sí que se refiere a eso de tener hijos. ¿Usted no conoce a nadie que tenga un hijo de unos quince años, nacido con malformaciones?

Mocanu se movió inquieto en la silla, se rascó en la nuca con la mano derecha, esquivando la mirada del agente.

—¡No, señor policía, yo no sé nada de eso! Y la verdad es que por aquí apenas si hay niños. ¿Pero qué quiere decir eso, con malformaciones?

—Quiere decir, con ciertas anomalías —le contestó Grecu—. Defectos físicos, o sea del cuerpo, para que se entienda mejor.

—No, no conozco a nadie que tenga un hijo así, ¡Dios me libre! Pues, creo que una creatura con defectos, como dice usted, tiene que llegar al mundo con la intervención del diablo. El Señor no haría semejante cosa —respondió, moviéndose inquieto en la silla, pasando rápido con la mirada de uno a otro.

—¡Es extraño lo que dice, señor Mocanu! —intervino el agente Petrescu—. ¿Usted conoce al sacerdote de esta parroquia?

—¡Claro que conozco al sacerdote! ¿Como no lo voy a conocer, si hace

un mes me ha enterrado la mujer? Y además, hace mucho que está en nuestro pueblo. ¿Pero qué tiene que ver el pope con el niño ese con defectos, del que dice el señor Grecu? —preguntó, confundido.

—No, no creo que tenga nada que ver. Lo digo porque él también hizo ese comentario sobre el tema del niño. Juraría que lo expresó exactamente con las mismas palabras que usó usted.

—¡Pues claro, que por algo llegó a ser sacerdote! ¿Qué cree usted? ¡Ese no es un oficio que pueda hacer cualquiera, señor policía!

—Señor Mocanu, ¿ha oído usted alguna vez de «La Gruta del Oso»? —intervino de repente Todiras.

—¡Claro que he oído, pues vivo en este pueblo desde que nací! ¿Pero qué tiene que ver «La Gruta del Oso» con el sacerdote, que yo ya no entiendo nada?

—¡Deja al pope en paz, hombre, que no hablamos de él ahora! —se impacientó Grecu—. ¿No vio usted a nadie subiendo hacía esa gruta, en las últimas semanas? ¿Usted no pasó por allí, últimamente?

—¡No, señor, no pasé porque no tenía nada que hacer por allí, tampoco vi a nadie subiendo por el monte! ¿Pero, acaso se imaginan ustedes que yo no tengo otra cosa que hacer, que perder el tiempo vigilando el monte, para ver quién y adónde va? —contestó, cada vez más nervioso, el anfitrión.

—¡Tranquilo, hombre, que no le he acusado de nada! —le dijo Grecu—. Yo sólo preguntaba, pero si no sabe usted nada, nos vamos y le dejamos en paz.

Se levantó de la silla, se le acercó un poco y le preguntó, mirándole con interés la camisa:

—¿Quién le hizo esta camisa, señor Mocanu? Mi padre llevaba túnicas de estas y nada más verle con ella, me acordé de él. ¿Hay alguna mujer en el pueblo, que sepa hacerlas, o la compró usted en alguna parte?

—¡No, señor, que he tenido mujer! ¿Para qué comprar? —contestó orgulloso, mirándose la camisa—. ¡Una mujer debe saber coser una camisa a su hombre, que por eso es mujer! Ella las cosía, pero ahora que se fue al otro mundo...

—La verdad es que hoy en día, las mujeres ya no cosen camisas a mano, supongo que la suya era la única que todavía lo hacía —remarcó Grecu.

—Desgraciadamente, en esto tiene razón, agente. Las mujeres de hoy casi no saben hacer nada más que arreglarse, mirarse en el espejo y ver la tele. Pero la mía era muy trabajadora, que por eso me casé con ella, no para

ponerla al lado del ícono y rezarle.

—¿De qué murió su mujer, estuvo enferma de algo? —preguntó Todiras.

—Enferma, enferma, yo no diría, pero desde que se nos murió la hija, ella ya no fue como antes. Se apagó poco a poco como una vela, hasta que se fue del todo tras la chica. Yo creo que murió de pena, señor. Una noche se acostó y al día siguiente ya no se levantó de la cama.

—¡Bueno, vamos a dejar de hablar de muertos, por ahora! —dijo impaciente, Todiras, para sacar cuanto antes a Grecu de allí y contarle sobre lo que había visto en el establo—. ¡Tenemos que hablar sobre un asunto urgente, agente Grecu! —le comunicó, dirigiéndole una mirada cómplice.

Se levantaron todos de las sillas y el anfitrión les acompañó hasta la puerta de la calle, para estar seguro de que se marchaban. Cerró la puerta ruidosamente tras los agentes, soltó unas blasfemias y volvió a entrar en casa para ponerse ropa de trabajo, porque tenía que prender fuego a las tablas de madera de detrás del establo. Pero antes que nada, pensaba quitarse esa camisa cosida a mano por su mujer, que tan orgulloso le hizo sentirse, minutos antes. Era demasiado buena para llevarla puesta cuando tenía que trabajar.

—¡Por fin! —exclamó Todiras cuando estaban ya bastante lejos de la puerta de Mocanu—. ¡Es que no veía el momento de ponerle fin a esa palabrería inútil!

—¿Pero, vosotros, dónde demonio os habéis metido? ¡Menos mal que el hombre no se dio cuenta, porque no teníamos una orden de registro, para andar por su propiedad como en nuestras casas!

—¡Tal vez no estaría mal que vayas ahora mismo a Suceava a hablar con el inspector y pedir de inmediato esa orden, porque aquí hay gato encerrado! Nos metimos en la cuadra y allí vimos algunas cosas que nos parecieron extrañas. ¡Y tiene conejos! —soltó en tono grave, Todiras, acentuando las últimas palabras como si hubiera dicho que acababa de descubrir América.

—¡Señor Todiras, lo de los conejos es irrelevante! Por aquí, casi todos crían conejos. ¿Qué otra cosa habéis visto?

—¡Ha sacado recién el pavimento de la mitad de la cuadra! —le explicó Petrescu—. ¡Y también creo que ha limpiado todo por allí con mucha agua! Nosotros justo estábamos mirando la pared de fondo, cuando entró él por la puerta y nos quedamos quietos al escucharle. ¡Pero hay algo podrido allí, te lo digo yo! Esa pared parece haber sido frotada con un cepillo de alambre, hasta que se le ha quitado todo el encalado, hasta el yeso. Está todo mojado y



rallado, por lo que pudimos ver, hasta que se ha apagado la llama del mechero.

—Creo que allí se hizo la herida de la mano —añadió Todiras—, en algún clavo mientras quitaba el pavimento de la cuadra, no donde decía él.

—¿Acaso queréis decir que no puede uno cambiarse el pavimento de la cuadra, cuando le da la gana hacerlo? Yo también vi algunas tablas de madera, al lado de un montón de ceniza todavía humeante. Estaban sucias como de estiércol seco, o algo parecido —les comunicó Grecu—. Se ve que tuvo mucha prisa en prender fuego a las tablas del pavimento.

—¡Pues esto es todavía más raro! Lo digo porque el redil con la hierba seca está en el otro extremo del establo, no creo que habría metido la vaca u otro animal, en el mismo lado con las jaulas de los conejos. De hecho creo que ni siquiera tiene vaca, porque el redil estaba lleno hasta arriba de alfalfa seca y el pavimento estaba limpio y seco en esa parte —dijo Todiras, confundido—. Así que ¿de dónde estiércol, si los conejos hacen unas bolitas pequeñas, como hacen las ovejas?

—¿Pero no habéis dicho que ha sacado el pavimento?

—¡Te dije que en la parte donde están los conejos, hombre, no en toda la cuadra! —le aclaró las cosas, Petrescu.

—¡Pues, sí que parece extraño, pero sin una orden de registro, no podemos volver a entrar en su propiedad! Y que sepáis que yo no estaba perdiendo el tiempo, preguntándole por esa camisa y mi padre nunca llevó nada parecido. Lo dije simplemente para incitarle a hablar y parece que ha funcionado. Yo tenía otros motivos para preguntarle sobre esa camisa —añadió Grecu.

Y luego empezó a explicarles de dónde provenía su interés por esa prenda de Mocanu. Lo escucharon cada vez más sorprendidos, después Todiras emitió una conclusión:

—¡Demasiadas coincidencias y rarezas relacionadas con ese hombre! ¡Para no añadir como te atacó verbal, nada más entrar por la puerta! Creo que tenía miedo que podías haber sospechado algo sobre esas tablas y luego podías haberle hecho preguntas sobre ellas. Ya sabes lo que se dice: la mejor defensa es un buen ataque.

Hablando, llegaron en el centro del pueblo y vieron de lejos a la enfermera que trabajaba en el hospital local, entrando en la tienda de alimentos, probablemente para comprarse algo de comer. Era una joven guapa, de unos veinticinco años, que venía todos los días en autobús de

Suceava a Maruntei.

A Andrei Grecu se le encendió la mirada cuando vio la chica. Desde que estaba por trabajo en esa aldea, habían salido juntos algunas veces y la chica parecía tomar muy en serio la relación cada vez más estrecha que se había formado entre ellos. En cambio, el agente todavía tenía dudas sobre sus sentimientos y no sabía bastante claro cuáles eran sus intenciones en relación con la joven enfermera. Mirándola de la distancia como entraba en la tienda, de repente le vino un recuerdo en mente, se le encendió una chispa en el enjambre del cerebro y les dijo a los otros dos:

—¡Chicos, esperadme en la sede, vuelvo enseguida! Después ya veremos cómo hacemos para obtener la orden de registro domiciliario para Mocanu. Hablaré yo luego con el inspector sobre esto.



— ¡Andrei, qué bien que has venido! —exclamó alegre, la enfermera, cuando volvió de la tienda y vio al policía esperándola a la puerta del hospital—. Te he traído esa enciclopedia de la que te he hablado.

A Andrei Grecu le apasionaban los peces. No para pescar, ni la piscicultura en general, si no los peces pequeños, de pecera. En su vivienda tenía tres peceras grandes, de distintas capacidades, la mayor, de sesenta litros. Le gustaban las especies pequeñas, de agua dulce y caliente. La chica le había prometido traerle una enciclopedia que pertenecía a su padre, al que no le interesaban demasiado los peces. Por eso, cada vez que limpiaba la casa y le quitaba el polvo de encima al enorme libro de tapas duras, pensaba en llevárselo a Andrei.

—Hablamos más tarde de eso, Eugenia. Ahora he venido a preguntarte algo —le dijo después de darle un abrazo y un beso rápido, mirando con precaución alrededor, para no ser sorprendidos por alguien.

—¡Pasa, pasa dentro Andrei, si quieres decirme algo! —le invitó la chica abriendo la puerta—. Hoy no está la doctora, por eso no hay nadie por aquí. La gente sabe que ella tiene su día libre.

—¿O sea que no vino nadie al hospital esta mañana?

—Casi nadie —le contestó Eugenia—. Una profesora que me pidió un ibuprofeno y un hombre con una herida en una mano. ¿Por qué preguntas?

—¿Era Ion Mocanu? El de la herida en la mano era él, ¿no es así?

—Sí, creo que así me dijo que se llamaba. Un hombre alto y corpulento, con un hombro caído, por culpa de un accidente en el bosque. Yo le he preguntado qué le había pasado, él no parecía muy comunicativo, que digamos. Si quieres, puedo mirar en el registro para confirmarte el nombre — se ofreció la joven.

—No, no es necesario, ya sé que era Mocanu. Acabo de hablar con él, antes de venir aquí. ¿Has sacado la basura? —le preguntó de repente, a la chica.

—¿Qué?

—Quiero decir, después de curarle al hombre la herida del dedo, ¿has tirado la basura?

—No, todavía no he tirado nada, ¿pero por qué me preguntas estas cosas raras, Andrei?

—No te puedo decir más, Eugenia, lo siento. Sólo quiero saber si le sangraba la herida y si tuviste que limpiársela.

—Sí, le limpié la herida. Decía que se había pinchado en un clavo oxidado, pero era una herida fea, el clavo le había cortado el dedo a lo largo, más que pincharle. ¿Quieres decir que necesitas...? —empezó su pregunta, sin terminar la frase, al entender lo que le pedía el agente—. ¡Andrei, no me metas en problemas, por favor!

—¡No, tranquila, tú no sabes nada! Yo me he llevado todo del contenedor de basura —insinuó Grecu, guiñando el ojo con complicidad.

La chica se puso unos guantes sanitarios, después sacó de un armario una bolsa destinada a la recogida de pruebas biológicas para los análisis, e introdujo en ella unos cuantos trozos de gasa manchada de sangre, a los que sacó del cubo de basura. Luego metió la bolsa en otra más grande, de cierre hermético y se la dio al policía, que la metió rápido en el bolsillo de su uniforme. Eugenia se quitó los guantes y los tiró al cubo de basura, después se acercó al hombre hasta que sus cuerpos se tocaron.

—¡Ten cuidado, Andrei, no te pongas en peligro! No me gustó para nada ese hombre, no quiero que tengas ningún disgusto con él por lo que acabo de darte.

Grecu la estrechó rápido en sus brazos y la besó en la boca, luego la soltó y se dirigió hacia la salida. Antes de abrir la puerta, se giró de cara a ella y le dijo para quitarle la preocupación:

—¡Tú no te preocupes por eso, Eugenia! Mocanu no representa ningún

peligro para mí. Otro asunto tenemos nosotros con él, pero no puedo hablarte de eso. Ahora tengo que ir a Suceava, es urgente, así que hablaremos más tarde de esa enciclopedia. ¡Te buscaré yo, preciosa!

En unos minutos llegó a la sede, donde los otros dos agentes lo estaban esperando fumando, sentados en un banco en el patio. Se levantaron en cuanto lo vieron entrar, impacientes por enterarse de lo que tenía que decirles. Grecu les explicó todo, lo más rápido que pudo y les pidió quedarse a hacer preguntas entre la gente del pueblo, en busca de alguna respuesta. Se subió al coche de Policía y partió hacia Suceava, animado por la esperanza engañosa de la posibilidad de llevar en su bolsillo, una prueba decisiva en la resolución del caso del niño monstruo.

## 6) El registro domiciliario

No encontró al inspector en la Comisaria. Grecu estaba ansioso por contarle los detalles de la visita a la vivienda de Mocanu y más que nada, quería hablarle de esa camisa túnica. Y pedir la orden de registro, también era responsabilidad del inspector. Por lo tanto, el agente fue a buscarlo a la morgue, imaginándose que podría encontrarlo en la compañía del médico forense y aprovechar así la ocasión, por echar otra mirada a la camisa del niño, en vista de compararla con esa de la que tan orgulloso se había mostrado Mocanu, poco antes. Necesitaba estar seguro que ambas prendas presentaban el mismo corte y el mismo tipo de costura.

—Al inspector, búscalo al laboratorio —le dijo el médico Moraru, después de permitirle ver otra vez la camisa—. Decía algo de unos lápices y de comparar las huellas dactilares encontradas en ellos con las del cadáver. Después, pasad los dos por aquí, quiero enseñaros algo. Me queda un poquitín de trabajo, pero espero tenerlo todo listo hasta que vengáis vosotros.

El Laboratorio de Medicina Forense estaba situado en el mismo edificio, pasando por un patio interior. Grecu entró echando miradas rápidas a derecha e izquierda sobre el personal vestido de blanco, buscando a Ionescu. Como no lo veía por ningún lado, se dirigió hacia la sala en la que trabajaba Zoltan, el joven especialista de origen húngaro, que se ocupaba del estudio de las huellas dactilares y de otros tipos de marcas personales en los cadáveres. Como todos los que le conocían, Grecu consideraba al húngaro un verdadero genio en su campo de actividad científica.

Ellos dos tenían la misma edad, pero como aspecto, si se hubieran sentado el uno al lado del otro, hubieran parecido dos seres antagónicos.

Andrei Grecu era rubio, con ojos azules y rasgos a los que muchos consideraban perfectos. Era hermoso como una chica, así lo decían algunos. En cuanto a Zoltan, este era impresionante, casi aterrador a primera vista. Vestía siempre de negro, llevaba el pelo largo y despeinado, que le caía hasta en los ojos negros como el carbón más oscuro, capaces de hacerle estremecer a cualquiera que hubiera osado a enfrentarle directamente. Los que le conocían, sabían que era preferible no enfadarle ni ofenderle nunca y en

secreto, algunos le llamaban Rasputín.

El húngaro tenía la nariz grande, los labios carnosos y sensuales y una barba larga que solía recoger en una trenza fina, que le llevaba hasta el pecho. No era exactamente el joven que cualquier padre de chica habría deseado tenerlo de yerno, pero todo el mundo sabía que tenía un éxito arrollador entre las mujeres. Y como el secreto de ese éxito era algo personal, que sólo él conocía y tal vez las mujeres que habían pasado por su vida, seguía siendo un enigma para los demás. En torno a Zoltan, siempre flotaba un aura de misterio desconcertante, que suscitaba el interés de las mujeres, pero también la envidia de muchos hombres.

Greco tocó a la puerta y por su sorpresa, el que le abrió fue el inspector Ionescu.

—¿Andrei, qué ocurre? —le preguntó, sorprendido—. ¿Has venido a por mí?

—¡Sí, y es de lo más urgente! ¡Hola, Zoli! —le saludó al genio oscuro, que levantó un brazo como respuesta. Estaba concentrado en unas imágenes que aparecían en la pantalla del ordenador que tenía delante.

—¿Podrías hablar en el pasillo, por favor? —les pidió sin mirarlos—. ¡Necesito silencio para concentrarme en esto, inspector, si quieres este resultado hoy mismo!

Sin comentar nada, salieron al patio, donde podían hablar sin molestar a nadie.

—¿Qué es tan urgente, Andrei? ¿Qué novedades tienes?

—¡Necesitamos una orden de registro, pero ya! —le contestó el agente—. Y tengo algo que podría ayudarnos a esclarecer un poco las cosas, sobre la persona que sospecho que está relacionada con la muerte del niño. Pero antes que nada, pedir la orden de registro para su vivienda, porque creo que está eliminando pruebas y si no vamos rápido, no quedará nada.

—¿De quién se trata? —preguntó Ionescu—. Me has despertado la curiosidad.

—Ion Mocanu, ese del que nos habló el pastor de ovejas que le ha encontrado la chica en el barranco, hace quince años. Fuimos a su casa y vimos unas cosas un poco extrañas, para no añadir que me enfrentó con una insolencia desafiante, casi me ataca. Le ha molestado sobremanera nuestra visita inopinada —le explicó Greco al inspector, relatándole después toda la aventura de esa mañana, terminando con la muestra de sangre que llevaba en su bolsillo, a la que tenía intención de mandar al laboratorio—. ¡Necesitamos

el resultado de la prueba de ADN y el testeo de paternidad entre Mocanu y el niño! —insistió, tratando de convencer al inspector.

—Andrei, ¿pero eres consciente que esa muestra de sangre fue obtenida de forma ilegal, por lo tanto el análisis no nos sería útil ni siquiera si demostraría algo?

—¿Pero, y si en el registro encontramos alguna prueba incriminatoria para acusarlo? Ese resultado podría aclarar si nuestro hombre está implicado o no, si hay parentesco entre ellos. Entonces sabríamos al menos, de que hilos tirar. Tengo un presentimiento, o llámale intuición si quieres, pero hazme caso, por favor. Algo me dice que Mocanu está relacionado con el chico.

—Está bien, Andrei, vamos a hacerlo como dices tú. Yo voy a pedir al juez que lo declare sospechoso, para emitir la orden de registro, basándome en vuestras sospechas y en lo que habéis visto en su vivienda. Mientras tanto, tú ve al laboratorio y deja el material biológico en vista de mandarlo a Bucarest —decidió el inspector, cediendo a las insistencias del agente—. Luego vamos a ver a ese Mocanu, pero si no encontramos nada en el registro domiciliario, estamos en un buen apuro los dos. En cuanto a los lápices, ya veremos mañana, o le llamo yo a Zoltan esta noche, para decirme si hay o no coincidencia con las huellas dactilares del cadáver.

—Llama también al doctor Moraru. Me dijo que tiene algo para nosotros, pero tal vez no estaría mal dejarlo para mañana. En fin, tú verás, pero creo que lo más importante ahora es hacer cuanto antes ese registro domiciliario.

—De acuerdo, Andrei, esta vez lo haremos conforme a esa corazonada tuya, sólo espero no arrepentirme. Pasa por el laboratorio, luego regresa a Maruntei y busca también a los otros dos agentes. Cuando llego yo allí con la orden en la mano, vamos todos al domicilio de ese Mocanu.



Después de haber prendido fuego a todas las tablas del pavimento quitado de la cuadra, Mocanu comió algo de prisa y pensó que ya iba siendo hora de hacer una buena limpieza en una cocina de verano, que estaba construida como una prolongación del establo, en el lado cercano a la casa. Un cuarto pequeño, en el que había vivido su mujer los últimos quince años de su vida. Él ni siquiera recordaba exactamente, cuándo y por qué se había trasladado

ella a vivir en esa cocina de verano y tampoco se había preguntado, cómo pudo Silvia aguantar unas condiciones tan ásperas, con todo el frío de los inviernos duros de Bucovina.

Él no entraba allí porque veía que la puerta estaba vigilada de noche, cada vez que intentaba acercarse para buscar a su mujer, pensando en satisfacerse los deseos del cuerpo. Por su suerte, la pillaba de vez en cuando por casa, de día, cuando andaba ella atareada, triste y callada como una sombra.

Pero ni con el agua bendita, ni con todo lo que se santificaba, no conseguía ahuyentar el espectro vestido de blanco, que estaba como un guardia fiel a la puerta de esa cocina, desde que Silvia se había trasladado a vivir allí.

En el cuarto había una chapa pequeña, que la mujer había construido con sus manos años atrás, de ladrillo artesanal hecho de arcilla mezclada con arena, testigo callado de las noches en las que ella descansaba en una cama austera de tablas de madera, su cuerpo y su alma anegado en una penosa desesperación, después de haber perdido a su hija. Lo recibió desafiante, con el granate de la pintura en la que ella la había pintado hace un año o dos, y en la luz que entraba por la puerta, parecía haber sido pintada con sangre.

Pasando por su lado con mucho cuidado, manteniéndose a distancia, como si ese simple objeto que había dado calor a su mujer lo habría quemado sólo con el roce, se acercó a la cama estrecha y arrancó con furia las coberturas que la tapaban. Las enrolló de prisa y las llevó bajo el brazo, al fuego que ardía en el jardín, detrás de la cuadra.

Las llamas tragaron voraces los tejidos de lana y él retrocedió aterrado, cuando en la luz rojiza de encima del fuego, le pareció ver como cobraba vida ese maldito fantasma rubio que le perseguía en sueños casi todas las noches, o estaba como un guardia delante del cuarto donde dormía Silvia. Lo veía allí entre las lenguas de fuego, burlándose de él, riendo con una mueca horrible y amenazante.

Temblando de miedo, tropezó con un terrón al intentar alejarse del fuego y se cayó de espalda. Empezó a santificarse, pero en vez de desaparecer el espectro, aparecieron otros, riéndose en su cara, como payasos, bailando con movimientos grotescos entre las llamas rojizas del fuego.

Consiguió levantarse a duras penas, soltó una maldición, después se dirigió otra vez hacia la cocina de verano. Tenía que acabar de una vez por todas con lo que había empezado. En un perchero de hierro clavado en la



pared a un lado de la cama, estaban colgadas unas rebecas de punto hechas a mano, una falda de paño vieja y gastada y otras prendas femeninas. Las llevó a todas y las tiró al fuego. Los espectros habían desaparecido, pero Ion temblaba de los pies a la cabeza y no dejaba de santificarse, mirando temeroso a su alrededor.

Cuando en esa habitación ya no quedaba más que la cama de madera desnuda y esa chapa desafiante con su color como la sangre, cerró la puerta con llave y después se metió en el sótano para beber un buen trago de aguardiente. Poco a poco llegó a calmarse y hasta se animó a mirar de nuevo el fuego.

Vio que aun ardía, pero las llamas habían bajado de intensidad y de altura y pensó que aquello no fue más que una ilusión óptica, tal vez algo que surgió de su imaginación. Ese fantasma rubio que le perseguía, no se atrevería de ninguna manera a salir como de la nada, a plena luz del día. De los otros espectros casi se había olvidado, bajo la influencia del aguardiente. Luego recordó que el sacerdote le había dicho que tenía que encender una pequeña lámpara de aceite delante del ícono de La Virgen, cuando entraba en casa y eso mismo hizo, antes de acostarse para la siesta.



El Sol ya había pasado al otro lado de las montañas y las sombras de los abetos se habían alargado, proyectándose audaces en la hierba y en el asfalto de la carretera. Apenas unos años atrás se había asfaltado el camino que llevaba a la vivienda de Ion Mocanu, pero estaba ya bastante deteriorado, motivo por el cual Greco conducía despacio el coche de Policía, evitando los baches más profundos de la carretera.

Al pasar por el lado de la casa abandonada en la que había vivido Neculai Strajeru, se giraron todos para mirarla. El patio delantero, amplio, estaba lleno de hierbajos altos y secos —restos de vegetación del año anterior—, entre los cuales crecían las hierbas verdes de la nueva primavera. Aquí y allá, se vislumbraba algún narciso amarillo o alguna piedra blanquecina, de la acera que llevaba de la puerta de la calle hasta las escaleras de la entrada principal de la casa.

En el jardín descuidado, un cerezo grande, cargado de flores blancas

como la nieve, parecía gritar su soledad, obstinado en su lucha firme por mantener una seña de vida, de renacimiento en ese paisaje desolado. Como un soldado que sobrevive a una batalla, tenaz en su deseo de vivir, a pesar de todo el desastre que lo rodea.

Hacia un lado de la casa, en el patio, aún se balanceaba por el viento una cuerda de tendido de ropa, entre dos postes de madera ennegrecidos por el paso del tiempo y la exposición a la intemperie. En las dos puertas grandes de la entrada en casa, se veían dos barrotes de hierro unidos entre ellos con un candado grande, desafiante, y por el cristal de las ventanas protegidas con rejillas, se distinguía el blanco de las cortinas del interior.

—¡Qué pena con esta casa, que esté deshabitada! —dijo el inspector Ionescu—. ¿Ya no vive nadie de la familia, o por qué motivo abandonaron una casa tan bonita?

—Por lo que sé y según dice la gente del pueblo, la señora Strajeru vive y tiene un hijo que es oficial del Ejército. Pero, hace unos años, después de que murió su marido por culpa de la cirrosis, se fue a vivir con su hermana que también era viuda, en Bucarest. La verdad es que para una mujer sola, no es nada fácil vivir en un sitio tan alejado, en una aldea perdida entre las montañas, como esta —le explicó Andrei Grecu.

—Y sobre todo, con un vecino tan agradable como Ion Mocanu —añadió Todiras, que estaba en el asiento de atrás, al lado de su subordinado, el agente Petrescu.

—¿Cómo procederemos, señor inspector? —preguntó este.

—Lo más seguro sería que uno de nosotros lo vigile, según las normas, mientras los otros harían el trabajo. Creo que te lo voy a dejar a ti, agente, y espero que no sea demasiado agresivo, porque por lo que me ha contado Grecu, parece que es muy irritable nuestro sujeto.

—¡Por su bien, espero que no! —le contestó riendo, Petrescu, que a pesar de ser un joven alto y musculoso, con unas manos grandes como dos palas, se movía con una sorprendente agilidad.

—Nuestro objetivo consiste en buscar cualquier objeto que podría relacionarlo con el chico —les explicó Ionescu—. Cualquier seña que podría indicar que este habría vivido en la casa del sospechoso. Sobre un hipotético parentesco entre ellos, de momento no tenemos ninguna certeza por la que acusarlo. Y una cosa más: el médico forense decía algo de unos cabellos largos y rubios, encontrados en de la ropa del cadáver. Agente Grecu, ¿tú sabes si la mujer de Mocanu era rubia?

—¡No, no tengo ni idea! —le contestó el agente—. No la conocí y tampoco se me ocurrió preguntar a alguien al respecto. Pero eso podemos preguntarle a él, señor inspector, supongo que recordaría al menos eso, de su mujer.

Mientras hablaban, llegaron delante de la puerta destartada a la que los agentes ya conocían, se bajaron del coche y los recibió de nuevo el perro grande, agitándose y ladrando rabioso, por el patio.

Mocanu salió de casa con una actitud entre confundida y malhumorada, después de haber sido, probablemente, despertado por los ladridos del perro. Por unos instantes, dio la impresión que no sabía muy bien donde se encontraba. Giraba la cabeza echando miradas rápidas de un lado a otro, cuando hacía la calle, cuando hacia el jardín. Vio las gorras de los policías por encima de la puerta de la valla de madera y empezó a pensar en el fuego de detrás del establo, que todavía ardía latente antes de entrar él en casa. El hombro izquierdo parecía haberle bajado todavía más y daba la impresión que trataba sin éxito de agarrar algo con la mano izquierda, a la que balanceaba casi al nivel de la rodilla. Empezó a gritarle al perro para ahuyentarlo, mientras se acercaba a la puerta que estaba cerrada por dentro, con un pestillo al que el agente Petrescu intentaba en vano abrirlo, estirando un brazo por encima de las tablas de madera.

Cuando los ladridos del animal se perdieron por detrás de la casa, Mocanu fijó una mirada hostil en la cara del policía que trataba de abrir su puerta, luego tiró fuerte del pestillo hacia atrás. Con un chirrido espantoso de bisagras, la puerta se abrió y uno por uno, los policías entraron saludando al anfitrión con “¡Buenas tardes!”.

—¡Podrías engrasar estas bisagras con un poco de vaselina, señor Mocanu! —le reprochó Grecu—. ¿A usted no le molesta este chirrido siniestro? ¡Es tan tétrico, que parece el grito de un niño!

—¡Ah, pues, no, a mi no me molesta, señor agente! ¡Así puedo darme cuenta cuando vienen visitantes desagradables, como ustedes!

—¡Bonito recibimiento, señor, nada que decir! —contestó el policía—. ¿Podría hacer usted un esfuerzo y mostrarse un poco más amable, al menos ante el inspector aquí presente?

Marcel Ionescu se acercó al aldeano y se presentó, intentando estrecharle la mano, pero este movió el brazo enseñándole la venda, ahora ya bastante sucia, que le tapaba la herida del dedo.

—¡Buenas tardes, señores policías! ¿Pero, podría decirme alguno de

ustedes, a qué vinieron? ¡Yo ya he contestado esta mañana a las preguntas del agente Grecu, así que no veo por qué os habéis molestado en venir otra vez a mi casa! ¡Ya le dije bastante claro, que no sé nada de ningún espectro o monstruo, como el que fue encontrado en esa gruta!

—¿A qué se refiere usted, señor Mocanu, a qué espectro? ¡En «La Gruta del Oso» fue encontrado el cadáver de un niño y le aseguro que es algo de lo más real! —replicó el inspector.

—Ah, pues eso me dijo éste agente, esta mañana —dijo, señalándole con la cabeza a Andrei Grecu—, que es algo como un monstruo o un espectro del otro mundo.

—¡¿Pero, de qué coño está hablando usted, señor!? —se extrañó Grecu. Después, girándose de cara a los otros dos agentes que se habían quedado atrás, les preguntó:

—¡Señor Todiras, agente Petrescu! ¿He dicho yo en algún momento, algo de monstruos o espectros? —Los interpelados negaron al mismo tiempo, igual de sorprendidos—. ¿Ahora lo ve usted? Lo único que le dije, era que se trataba de un niño con malformaciones. Después, cuando usted me preguntó qué significaba eso, le dije que eran anomalías o defectos físicos, para entenderlo mejor.

—Bueno, puede ser, pero yo sigo sin saber ¿a qué vinieron a mi casa, con todo el regimiento? —se envalentonó Mocanu.

Ionescu sacó la orden de registro, se la puso delante de los ojos y le explicó:

—¿Sabe leer, señor Mocanu? Esta es una orden de registro domiciliario, y le voy a pedir que nos permita el acceso a su casa y al resto de la vivienda. Ha sido usted declarado sospechoso de ocultar, alterar y hacer desaparecer pruebas incriminatorias, en el caso de homicidio perpetrado en contra del niño, cuyo cadáver fue encontrado en «La Gruta del Oso». Por lo tanto, le informo que tiene el derecho de pedir la presencia de un abogado, que lo represente mientras efectuamos el registro, si así lo desea. Si no, usted debe facilitarnos la ejecución del registro, cuyo propósito es de encontrar y recoger pruebas. ¿Me ha entendido, señor?

El dueño de la casa empezó a mirar de uno a otro y después de unos segundos, como no tenía alternativa, se apartó a un lado para permitirles pasar, soltando por lo bajo unas palabras ininteligibles, mirando alrededor como si hubiera querido comprobar si todas las cosas estaban donde tenían que estar. Luego le contestó al inspector:

—¿Pues qué voy a entender, señor policía? ¡Yo no soy de andar con abogados y tampoco entiendo muy bien, qué quiere decir este registro del que habla usted! En cuanto a ese niño, ya os dije que no sé nada de eso, pero ya que entraron a la fuerza en mi patio, pasen, no tengo nada que esconder. Podéis entrar en casa, yo voy a dar de comer a los conejos y luego vengo — les dijo, girándose de cara al establo, con la intención de dirigirse hacia allí.

—¡Usted viene con nosotros! No se le van a morir de hambre los conejos, hasta que acabamos nuestra labor —le paró los pies, con firmeza, Petrescu.

El aldeano clavó una mirada cortante en la cara del agente, vio que era más alto y parecía más fuerte que él y se volvió hacia la entrada en casa, seguido de cerca del inspector y del agente que acababa de enfrentarlo. Todiras se fue directo al establo, acompañado de Grecu, sin necesidad de preguntar nada o de esperar ordenes. Habían venido preparados con linternas, cámara fotográfica, algunos pequeños recipientes de plástico y bolsas especiales en las que iban a guardar las pruebas. Todo ese material lo llevaba Todiras en un bolso cuadrado, de bandolera, que le colgaba del hombro.

—Le voy a pedir que se sienta aquí a esperar, señor Mocanu, mientras nosotros empezamos el registro —le avisó el inspector, después de entrar en aquel pasillo cuadrado, en el que el anfitrión estuvo hablando con los agentes, esa misma mañana—. ¿Es necesario que se quede el agente Petrescu para vigilarle, o nos entendemos y hace usted lo que acabo de pedirle?

—Estaré quieto aquí, señor, pues ¿qué otra cosa podría hacer? Aunque no entiendo ¿qué se imaginan ustedes que van a encontrar en mi casa? —preguntó, indignado, sentándose en una silla que se había quedado allí desde la mañana.

—¡Esto está por ver, señor! —le dijo el inspector, con la mano en la manilla de la puerta, antes de entrar en la primera habitación de la casa—. Ahora quisiera preguntarle algo, para no olvidarme después: ¿su esposa era rubia, o tenía el cabello de color oscuro?

Mocanu lo miró confundido, como si le hubiera preguntado cuantas estrellas integran «La osa mayor». Sabía la respuesta, aún recordaba el color del cabello de su mujer. Le pareció verla en ese mismo instante, como lo soltaba del recogido antes de deslizarse a su lado entre las sabanas, al principio de su matrimonio.

Lo que no entendía era el sentido de esa pregunta, su propósito, y él no podía contestar antes de buscar en su mente una explicación a eso. Trataba de analizar si la verdad le habría comprometido en algún sentido, o si acaso al

inspector se le hubiera ocurrido acusarle de algún delito, a partir del color del pelo de su difunta esposa.

Los dos policías se miraron, sorprendidos por su mutismo y su vacilación ante una pregunta tan banal como aquella.

—Señor Mocanu, decía usted que su mujer falleció hace un mes. ¿Ahora quiere hacernos creer que en tan poco tiempo, usted se ha olvidado ya si ella era rubia o morena? —le preguntó Petrescu, extrañado, mirándole el rostro que reflejaba confusión en cada rasgo—. ¿No tiene ninguna foto de ella?

—¡Era rubia, señor agente! —contestó por fin el anfitrión, recordando de repente aquella fotografía del día de la boda, que Silvia había llevado a enmarcar a Suceava, justo después de haberse casado, que todavía adornaba la pared de encima de la cama, en la habitación grande de la casa. Como él no entraba demasiado a menudo allí, había olvidado de ella.

—Eso mismo pensaba yo, señor —comentó más para sí mismo, Ionescu, adentrándose luego en el cuarto, junto con el agente Petrescu y dejando la puerta abierta detrás, para poder mantener vigilado al dueño de la casa. No se fiaban de él ni un pelo.

Mocanu no se movió de la silla mientras los policías estuvieron hurgando entre sus cosas. Se estrujaba los sesos sin llegar a entender el propósito de esa pregunta, pensando al mismo tiempo en los otros dos agentes que se habían quedado en el patio. ¿Dónde se habrán metido? —se preguntaba—. ¿En la cuadra, en la cocina de verano, o habrán ido a curiosear por el jardín? Maldecía por lo bajo, sintiendo como se apoderaba de él una inseguridad inquietante a la que no estaba acostumbrado y que le daba miedo.

¡Al diablo con los policías! —susurró, mirando con el rabillo del ojo hacia donde estaban éstos—. ¿Qué coño creen que podrían encontrar?

No encontraron gran cosa. Después de casi una hora, el inspector salió de casa seguido del agente Petrescu que llevaba en una bolsa de plástico, una camisa túnica de Ion Mocanu y un chal de punto hecho de lana, en el que habían observado la presencia de unos cabellos rubios, largos. En toda la casa no encontraron nada que habría podido demostrar, que ese niño habría vivido allí, hace poco.

Por otra parte, Grecu y Todiras habían salido de la cuadra y daban vueltas alrededor de la casa y de los otros anexos de la vivienda. Observaron el montón de ceniza aún caliente, pero ya no había ni rastro de tablas de pavimento por allí. Se dirigieron hacia la cocina de verano, cuando el inspector y el agente que lo acompañaba, acababan de salir de casa. Mocanu

les seguía con semblante preocupado y un destello de pánico le encendió brevemente la mirada, al ver a Todiras con la mano en la manilla de la puerta de la cocina de verano. De unos cuantos pasos estirados, llegó a su lado e hizo un gesto como para apartarlo de esa puerta.

—¡Aquí no hay nada, señor agente! En este cuarto dormía mi mujer antes de morir, pero ahora ya está vacío. Llevé algunas cosas en casa y otras las di de regalo.

Todiras siguió inmóvil, con la mano en la manilla de la puerta.

—¡Abra esta puerta, señor Mocanu! ¡Luego ya veremos si hay algo dentro, o no! —le exigió el agente.

El dueño de la casa se movió incómodo unos segundos, después empezó a buscar en los bolsillos de sus pantalones, sacando de uno de ellos una llave larga. La metió en el cerrojo y abrió la puerta, luego se retiró a un lado, visiblemente molesto, murmurando cosas que sólo él entendía. Grecu y Todiras entraron en la pequeña cocina y los demás se quedaron mirando, delante de la puerta.

—¿Decía usted que aquí dormía su esposa antes de morir, o sea, hasta hace un mes? —preguntó Grecu girándose para mirar al anfitrión—. ¿Entonces por qué ha sacado todo de aquí, después de tan sólo un mes? ¿Y qué decía usted que hizo con esas cosas?

—¡Las di de regalo, después del funeral! ¿Para qué haberlas guardado?

—¡Por eso mismo, por haber pertenecido a su mujer! ¿Eso le parece poca cosa? —le reprochó el agente en tono duro, mientras se acercaba a la cama austera, de madera desnuda, sin colchón y sin cobertura alguna—. O sea que hace un mes que sacó usted todo de aquí... ¡Qué extraño! —dijo, pasándose un dedo por la superficie de las tablas—. ¿Por qué no se ha depositado ninguna pelusa ni partículas de polvo en estas tablas, en un mes entero? ¡Mire esto! —le pidió, pasándose los dedos de la otra mano por la superficie de la chapa y luego por el espacio estrecho que había entre esta y la pared—. Aquí sí, hay polvo, pero en las tablas de la cama no hay ni una mota. ¿Por qué, señor Mocanu? ¿Cómo explica usted una cosa así?

—¡Yo no sé por qué no se ha puesto el polvo, señor agente! ¿A quién le importa eso? ¿Qué trabajo tiene usted con el polvo que se pone o no se pone, en mi casa? —replicó irritado, Mocanu.

—¡No tengo ningún asunto con el polvo, señor! ¡Mi trabajo, ahora mismo, consiste en descubrir por qué miente usted! ¡La falta total de polvo en estas tablas, nos indica el hecho de que hasta hace poco, tal vez hasta ayer u

hoy mismo, esta madera estuvo tapada con alguna cobertura! ¿Qué hizo usted con ella?

—¡Pues, acabo de decirles que di todo de regalo! ¿Qué tanto interés por unos trapos?

—¿A quién las regalaste? ¡Nombre y apellido! —ordenó el inspector, sacando una agenda y un bolígrafo del bolsillo, para apuntar la respuesta.

— ¿Acaso se imagina que yo me acuerdo a quién se las di? ¡A la gente del pueblo, a alguna vieja o a alguna viuda! ¿Yo qué sé?

—¡Usted está mintiendo, señor, pero le aseguro que tarde o temprano, descubriremos el motivo por el que hace eso! —le aseguró Grecu, saliendo del pequeño cuarto—. Ahora dígame una cosa: ¿por qué ha quitado el pavimento del establo y le ha prendido fuego?

Mocanu lo miró por unos instantes a la cara, después bajó la cabeza como aturdido, furioso con él mismo por no haber preparada una respuesta a esa pregunta. ¿Cómo demonios iba a saber que ellos se darían cuenta que había sacado el pavimento del establo? Por unos momentos, fue incapaz de abrir la boca, por lo que los policías se dieron cuenta que la pregunta del agente Grecu, acababa de tomarle por sorpresa.

—¿Qué pasa, señor Mocanu, se tragó la lengua, o qué? —presionó el inspector—. ¡Vamos a echar un vistazo por allí, porque yo todavía no he visto su establo por dentro!

Ion Mocanu pensó por un instante en echarse a correr y escaparse, pero se dio cuenta a tiempo que eso habría sido imposible. Al fin y al cabo ¿dónde podría él escaparse, dónde podría ir? Poco a poco, empezó a comprender que esas cosas le superaban, que eran demasiado complicadas para su cabeza de aldeano sin educación. Se sintió acorralado, atrapado como un animal en una jaula y pensó que, tal vez, por su propio bien, lo mejor sería mantenerse callado, negándose a contestar a cualquier pregunta. Veía que esos policías sabían bien lo que debían hacer y él ni siquiera tenía planeadas todas las respuestas. Era evidente, hasta él era capaz de entenderlo, que si hubieran querido hacerle una jugada y hundirle, mareándole con las preguntas, hubieran podido determinarle a reconocer, vete tú a saber que barbaridades. Así que decidió negarlo todo o mantener la boca cerrada, ni más ni menos.

En fila india, Todiras abriendo el camino con una linterna en la mano y Grecu siguiéndole con otra, entraron por la puerta baja de la cuadra, alumbrando todo el espacio del interior. En la parte derecha, de donde había



sido quitado el pavimento de madera, las paredes que estaban ya casi secas, presentaban unos arañazos, como si hubieran sido frotadas con un cepillo duro, de alambre, desde la mitad hasta abajo. El suelo estaba mojado, lodoso, después de haberse movido por allí los dos agentes, en busca de pruebas.

Ionescu se acercó a mirar bajo el foco de de la linterna, las marcas dejadas por las tablas del pavimento, que aún se observaban abajo, en la pared. Con todo el esfuerzo del aldeano por quitarlas, todavía se distinguían aquí y allá.

—Yo creo que no le interesaba eliminar las señas del pavimento, sino más bien limpiar la superficie de la pared —comentó el inspector, observando con máxima atención la pared que había sido frotada hasta la capa inferior, de yeso—. ¿Qué había en estas paredes, señor Mocanu, que se esforzó tanto en eliminar cualquier rastro? —preguntó, girándose de cara al anfitrión.

Mocanu se había quedado al lado de la puerta. Movi6 la cabeza, mirando de uno a otro, después baj6 la mirada, negándose a contestar.

—No hemos encontrado nada aquí —dijo Andrei Grecu casi en un susurro, acercándose al inspector—. Ha limpiado todo, hasta las jaulas de los conejos, eliminando cualquier rastro. No tenemos más que unas imágenes, que no creo que sirvan para nada y unas muestras de este suelo encharcado, en las que, tal vez los del laboratorio podrían encontrar algo, como por ejemplo algún cabello que nos podría interesar. ¿Qué hacemos, jefe, lo llevamos?

—No, no tenemos nada incriminatorio en su contra, de momento —le contestó el inspector, en el mismo tono bajo—. No podemos detenerlo sólo por haber hecho esta limpieza en la cuadra. Vamos a dejarlo para mañana, a ver que nos dice Zoltan de esas huellas, y el forense de lo que tenía que encargarse él.

Se dirigieron hacia la salida y de paso, le dijo al anfitrión:

—¡Que no se vaya del pueblo, señor Mocanu! ¡Quédese en casa, que volveremos para aclarar algunos asuntos con usted!

—¿Pues dónde podría irme yo, señor? —replicó, levantando la cabeza—. Aunque todavía no entiendo ¿qué buscan ustedes y qué quieren de mí?

—¡Permítame dudar de eso, señor! Creo que usted sabe muy bien que buscamos, pero se hace el tonto con nosotros. O tal vez quiere pasarse de listo. En fin, ahora nos vamos, pero le sugiero que colabore con nosotros para no arrepentirse después, porque de todas formas, descubriremos por qué

motivo hizo usted esta limpieza tan drástica, tanto aquí en el establo, como también en ese cuarto, donde dice que dormía su mujer.

Mocanu quiso comentar algo, abrió la boca, luego cambió de idea y volvió a cerrarla. Acababa de darse cuenta, que se había hecho una promesa a sí mismo, de no contestar más a ninguna pregunta.

Los policías salieron de su patio y después de subirse al coche, Grecu le dijo al inspector Ionescu:

—Tengo el presentimiento que esa prueba de ADN nos va a aclarar todo el asunto. Sería capaz de apostar lo que sea, que Mocanu es el padre del niño. ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar para el resultado, señor inspector?

—Una semana o dos, como mucho —le vino la respuesta—. Pero no te preocupes, nuestro hombre no va a ir a ninguna parte. Está seguro que no tenemos nada en su contra, por eso sigue con esa actitud impertinente. Como si nos provocaría testando nuestras aptitudes, por comprobar si somos capaces de dar con algo. Creo que tiene la sensación de que es él quien controla la situación.

—¿Lo cree tan listo? Yo diría que ha empezado a temerse de algo. ¿Habéis visto qué reacción extraña tuvo, al pedirle que abriera la puerta de esa cocina de verano? Está claro como el agua que esconde algo, por lo que empiezo a creer que Grecu tiene razón, al sospechar que nuestro hombre está metido hasta la coronilla en este asunto.

Por gestos, todos aprobaron sus palabras y continuaron debatiendo hasta que llegaron a la sede, en el centro del pueblo.

## 7) Relevo de imágenes

Cuando llegó a su casa, en Suceava, su reloj de pulsera indicaba casi las nueve de la noche. Vio que tenía unas llamadas perdidas y por un instante pensó ignorarlas, pero su curiosidad siempre era más fuerte que la tendencia de posponer las cosas. Y sobre todo, cuando vio que figuraba allí el número del laboratorio forense. Por la hora tardía, sabía que ya no habría encontrado a nadie allí, así que sacó su agenda y buscó entre sus contactos, el número particular de Zoltan. Después de unos cuantos tonos estridentes, cuando el inspector estaba a punto de dejar el teléfono de la mano, al otro lado de la línea, alguien le contestó:

—¡Gina ¿cuándo llegas, nena? que se enfríe la cena! —escuchó la voz potente de Zoltan, antes de darle tiempo a decir nada—. ¡No juegues con mi paciencia, mujer, mira que me salió hasta con rima, casi te hago un poema!

—¡Sí, tu talento poético es indiscutible! —remarcó el inspector sin poder aguantar la risa, escuchando al mismo tiempo la fuerte risotada del húngaro—. ¡Y para serte sincero, la cena tampoco me vendría mal! ¡Acabo de llegar a casa y estoy tan hambriento, que sería capaz de tragarme hasta una cena preparada por tus manos!

—¡En este caso, ven para acá, hombre, hay bastante comida! Eso sí, no estaré solo, como creo que ya te has dado cuenta, aunque la dama se deja esperar, ¿qué le vamos a hacer?

—¡No, gracias por la invitación, pero no quiero estropear la noche! Dime cual es el resultado, para no retenerte más. Supongo que tendrás que trenzarte la barba, antes de llegar la dama —añadió riéndose.

—¡Tu ríete, pero yo sé que revientas de envidia! ¡Sé paciente, hombre, ya llegará tu turno, todavía eres joven! —bromeó Zoli entre risas—. El resultado es positivo —dijo de repente, abordando un tono serio—. No cabe duda, las huellas dactilares encontradas en los lápices, pertenecen al niño. Una de ellas me salió perfecta y coincide con la del dedo índice de su mano derecha. De las otras, aparecen sólo fragmentos, probablemente por haber sido expuestas a la lluvia. Aparte de esas, tengo otro tipo de huellas grandes, de adulto. Conseguí sacar en claro dos de ellas, por lo que deberías mandarme al tío ese

que encontró los lápices, para compararlas con las suyas y excluirlo, si acaso no coincidirían.

—Sí, tienen que ser del trabajador que los encontró. Mandaré a uno de los agentes a buscarlo y traértelo. Bueno, eso era lo que quería saber. ¡Gracias, Zoli y ten cuidado, no hagas muchas tonterías con la nena, después de la cena! —rió el inspector.

—¿Quién, yo? ¡Ni pensar, hombre! ¿Pero sí empieza ella, qué hago? —replicó en un tono de falsa inocencia, añadiendo después, rápido:

—¡Bueno, te dejo, inspector, acaba de llegar La Caperucita Roja a la puerta y ni siquiera me he afilado los dientes! ¡Un saludo!

Ionescu empezó a darle una réplica irónica, pero no le dio tiempo a hacerlo. Al otro lado de la línea, Zoltan ya le había cortado. Sonrió pensando en el húngaro y en su fama de mujeriego, reconociendo que en cierta medida, le envidiaba. No es que habría querido él tener el éxito de Zoli con las mujeres, pero ni siquiera existía ninguna mujer en su vida. No, desde que ese psicópata que hizo estremecerse de miedo toda la provincia, le había quitado la vida a la mujer con la que tenía intención de casarse. Esa a la que había considerado como parte de sí mismo, su media naranja, la parte que lo completaba a la perfección.

El hecho de volver a pensar en eso, le hizo dar vueltas por su apartamento, notando de repente el peso abrumador del dolor que hurgaba sin piedad en su corazón. El recuerdo del cuerpo desnudo de su querida, acostado en el sofá empapado de sangre, con esas dos heridas horribles en el pecho, allí donde deberían haber estado los senos que él había acariciado tantas veces, le golpeó como una descarga eléctrica, desconcertante y dolorosa.

No pensaba en ella, o al menos no quería hacerlo. Prefería centrarse en su trabajo, sin darle tregua a la mente a sumergirse en la ciénaga oscura de esos recuerdos. Sin embargo, había momentos en los que esas imágenes surgían como de la nada en su cabeza, perturbando su existencia. Lo encontraban desprevenido, como los golpes bajos que pueden derrumbar hasta al más fuerte.

Habían pasado ya tres años desde que ocurrió aquella atrocidad, pero para él inspector era como si hubiera ocurrido todo apenas unos días atrás. Por un tiempo, frecuentó al psicólogo del Cuerpo de Policía de la Comisaria de Suceava, pero llegó a considerar esas sesiones, más bien una pérdida de tiempo. Le inducían la ilusión de una calma forzada, superficial, un escape efímero del tormento devastador que se había apoderado de su alma, desde

que ocurrieron aquellas cosas.

No volvió a salir con ninguna mujer desde entonces, y tampoco se veía capaz de hacerlo, en un futuro próximo. Pero también era consciente que la vida podía sorprenderle cuando menos se lo esperaba, como en ese mismo instante, al venirle de repente a la cabeza un grato recuerdo, dibujándole una sonrisa enigmática en la cara.

Unas cuantas semanas atrás, había conocido a una artista plástica cuya exposición encontró por casualidad, mientras paseaba intentando despejar su mente, un domingo por la tarde. Entró por curiosidad, atraído por un paisaje que le hizo pensar en el mundo idílico de su infancia. Por la puerta de la galería de arte, abierta de par en par, lo vio colgado en la pared, frente a la entrada. Unos pocos aficionados a la pintura, deambulaban por la amplia sala de exposición, atraídos por las imágenes bucólicas reproducidas con inusual precisión y un talento que sorprendió al inspector.

Parado delante del cuadro, movía la cabeza con gesto apreciativo, encantado de la tonalidad cromática luminosa, pensando que si hubiera querido, hubiera podido estirar la mano y hacerse con un ramo de flores silvestres de aquel campo pintado, expuesto frente a él, en la pared. Casi podía sentir el frescor del agua, del pequeño arroyo que atravesaba de un lado a otro, el mirífico paisaje.

—¿Le gusta, señor? —escuchó de repente una voz femenina, a su lado.

Al girarse para ver de dónde provenía, le sorprendió el brillo de unos ojos negros que le miraban desde la altura de sus hombros. Una jovencita morena, con un peinado que en aquel momento, al inspector le pareció raro. El pelo rizado estaba recogido hacia el lado derecho de la cabeza y en la parte izquierda, un pendiente largo que no era más que un conjunto de plumas de colores llamativas, compensaba la falta del cabello.

—Sí, me gusta mucho. ¿Es suyo? —le preguntó, después de medirla con la mirada por unos segundos, sin poder disimular lo encantado que estaba de lo que veía.

—Todas las obras de la exposición son mías. Pero por lo que veo, la más apreciada es precisamente esta. Tengo que informarle, señor, que ya me hicieron varias ofertas por este paisaje, que superan el precio que aparece en la etiqueta —le explicó la pintora—. No se lo digo con la intención de sacar un precio mejor, sino para hacerse una idea, en caso de que le interesaría adquirir el cuadro. Creo que debería cambiar la etiqueta.

Ionescu la miró a los ojos, gratamente sorprendido de la franqueza con la

que le había abordado. Pensó que, aunque se trataba de una obra de arte, al fin y al cabo no dejaba de ser una mercancía que ella buscaba vender de forma provechosa. Era su obra, su trabajo y por eso mismo, era ella la que conocía su verdadero valor, mejor que cualquier posible comprador.

—Lo siento, debería haberme presentado primero, por si acaso no había observado usted mi nombre en el cartel de la entrada: mi nombre es Livia. Livia Enescu —se recomendó estirando una mano pequeña, que desapareció de inmediato en la palma del inspector.

—Enescu... —repitió el hombre, moviendo la cabeza en un gesto afirmativo, sorprendido por la musicalidad de ese apellido, en todos los sentidos—. Esto quiere decir que usted fue predestinada a una actividad artística. ¡Encantado de conocerla, señorita Livia! Yo soy Marcel Ionescu. ¿Algún grado de parentesco entre usted y el gran compositor?

—No, ninguno. Reconozco que habría sido un honor para mí, pero no tuve esa suerte. Volviendo a lo de antes, ¿qué oferta me haría por este paisaje, señor Ionescu? Y no hace falta ser tan formal conmigo, no soy el tipo de persona que daría importancia a algo tan trivial. Me puede llamar por mi nombre —le pidió la joven, echando una mirada alrededor, para ver si necesitaba alguien de su presencia.

—Con mucho gusto, Livia. Y tú también puedes tutearme. Sobre lo de hacerte una oferta, no lo sé, ni siquiera sé si tuviera donde colocarlo, en mi casa. Es una obra estupenda, te felicito por haberla hecho, pero dame unos minutos al menos, para decidirme.

—Ningún problema, señor Ionescu..., ningún problema, Marcel. No quiero parecer insistente, te dejo decidirte —le contestó, con una sonrisa que le iluminó la cara, después se alejó hacia el otro lado de la sala, donde en ese momento se hallaba una pareja que parecía estar interesada en un bodegón.

Al inspector no le hizo falta mucho tiempo para decidirse. Cuando, después de haber hecho una transacción con esa pareja, la joven volvió a su lado, su decisión ya estaba tomada. Sólo quedaba que ella aceptara o no, su oferta. Apostando todo por una carta, le ofreció el doble del precio que figuraba en la etiqueta. Aunque no era un gran entendido en lo relacionado al arte plástico, era capaz de reconocer la calidad de una obra de arte y por ende, apreciar su valor económico.

Vio un gesto de sorpresa en la cara de la pintora, al pronunciar él la palabra “doble”. Le brillaron los ojos negros en un breve resplandor, pero la voz no le traicionó la satisfacción, o al menos eso le pareció al policía. Acto

seguido, bajaron el cuadro de la pared y entre los dos, lo envolvieron en un papel plastificado, en el que Livia escribió con mayúsculas “RESERVADO”, con un rotulador que llevaba sujeto en el peto vaquero que vestía.

Por casualidad, Ionescu tenía en casa el dinero necesario y en menos de dos horas, ese paisaje que le hizo pensar en el campo por el que había jugado en su infancia, dominaba con su luminosidad cromática, sobre todos los demás objetos de su amplio salón.

Cambiaron entre ellos los números de teléfono, pero él nunca se atrevió a llamarla, aunque muchas veces le costó resistirse al deseo de hacerlo. Le intrigaba ese ser pequeño, le admiraba por su capacidad de plasmar en una obra de arte un mundo como de ensueño y se sentía atraído por el brillo de su oscura mirada. Pero cada vez que pensaba en ella, en su mente se sobreponía la otra imagen, tapando por completo a la pequeña pintora, como si el subconsciente se hubiera negado aún, a hacer esa sustitución y ese cambio en su vida.

Cuando había pasado casi una semana desde que se conocieron, Livia hizo el primer paso y le llamó una tarde, dándole a entender que le hubiera gustado quedar con él, al fin de semana. Marcel Ionescu venció su deseo de verla y argumentó que tenía trabajo. Al principio le sorprendió la invitación de la chica, pero después pensó que era él, el que tenía que cambiar, sacudiéndose de encima esos principios anticuados, según los cuales, sólo el hombre podía dar el primer paso en una relación y no al revés.

Pero la chica era una artista —se había dicho en ese momento— y eso implicaba originalidad. Nada de ella le había parecido ordinario y era precisamente por eso que le interesaba. Ionescu se consideraba un hombre moderno, de mente abierta hasta los límites impuestos por la educación y la decencia.

Livia no insistió. Al fin y al cabo, apenas si sabían el uno del otro el nombre, la profesión y poco más.

Ahora, cuando su recuerdo le invadió el pensamiento, fue consciente de que la pelota estaba en su tejado y aún así, le costaba decidirse. Pero la idea persistía en su cabeza sin darle tregua a centrarse en otra cosa y, dándole vueltas llegó al salón, delante del paisaje pintado por la mano de la joven pintora. Después de mirarlo detenidamente por unos momentos, su imaginación empezó a volar, inventando escenas bucólicas ubicadas en el perímetro del cuadro que tenía en frente.

La veía allí, menuda, con el pelo rizado despeinado por el viento

primaveral, corriendo descalza entre las flores silvestres. Con el brillo oscuro de su mirada puesto en él, como una llamada misteriosa hacia lo desconocido.

Debía buscarla. Llegó a la conclusión que, simplemente le gustaba la chica y estaba seguro que a ella no le faltaban admiradores, por lo que entendió y decidió en el mismo instante, que no estaba dispuesto a perder su ocasión.

Livia le contestó al primer tono de llamada, como si la hubiera sorprendido con el teléfono en la mano. Le explicó que estaba a punto de salir para ir a casa de sus padres, que la estaban esperando con la cena. Quedaron para el fin de semana y, después de cortar la llamada, al inspector le sorprendió su propio atrevimiento.

Luego se apoderó de él una extraña melancolía, al pensar que todos tenían planes para cenar, mientras que él iba a prepararse algo rápido, tal vez una ensalada a la que le pondría de todo, o un filete de carne al que había sacado del congelador por la mañana. Pero su decisión estaba tomada: debía hacer un cambio en su vida, algo que le ayudase a liberar poco a poco su conciencia, del peso de la culpa y de los recuerdos que le perseguían.

Al efectuar un análisis en retrospectiva sobre aquellos hechos fatídicos, ni siquiera estaba seguro que hubiera podido prevenir la desgracia, si se hubiera encontrado aquel día en la localidad. Tal vez, si Cristina no hubiera estado en casa, cuando el asesino entró a dejarle uno de sus horribles paquetes, con los que le provocaba desde unos meses atrás, las cosas no hubieran tomado un cariz tan dramático. O, quizás, tal como sospechaban sus compañeros y hasta él mismo, Cristina fue de hecho la última pieza de aquel puzle macabro que el psicópata intentaba completar. Y él no fue capaz de entender a tiempo su juego diabólico, con todos los indicios que dejaba atrás, preparados adrede para testar su habilidad de llevar a cabo la investigación.

Recordó el consejo del psicólogo, de evocar los momentos felices vividos junto a Cristina, rechazando de esa forma el dolor y la impotencia del momento en el que la encontró sin vida, en el salón de su casa. También recordaba el puzle completo, aquel horrible cuerpo que el asesino había compuesto, juntando entre ellas distintas partes de anatomía humana, que provenían de los cadáveres de sus víctimas. Cada una con un diferente nivel de putrefacción, a pesar de que fueron congeladas anteriormente, hasta que el puzle fue completo y se convirtió en aquella monstruosidad. “Una creación divina”, como la presentó el psicópata, antes de caer atravesado por las balas



que descargaron en su pecho y en su cabeza, los dos policías, evitando de esa forma que se suicidara, con la granada de fragmentación que estaba a punto de detonar. Si hubieran tardado tan sólo unos segundos más en desenfundar las armas, hubieran saltado por los aires a la vez con el asesino y con su “creación divina”.

Después de aquello, juró no volver a dejarse engañar jamás, ¿pero quién hubiera sido capaz de prever las acciones de un enfermo mental que se creía ser Dios? Era una tortura inútil y estaba decidido superar de una manera u otra esa etapa, de una vez por todas.

Debía concentrarse en la investigación del caso tan extraño, de ese niño que fue matado de hambre. En encontrar al desgraciado que le hizo eso a un ser minusválido e indefenso. Sentía que estaba ante un caso que iba a marcar su carrera profesional, uno de esos en los que era difícil no implicarse emocionalmente. No era tan insensible como hubiese sido preferible ser en la profesión que había elegido, la que constituía la pasión de su vida.

## 8) Los dibujos del niño monstruo

Al día siguiente por la mañana, el forense les esperaba con una impaciencia que ni siquiera trataba de disimular. Les invitó a entrar de inmediato y se dirigieron directamente hacia la mesa grande, situada en el centro de la sala de autopsias. Él mismo había bajado ya el potente reflector, hasta una distancia que les permitiera observar en detalle el objeto que se encontraba expuesto en la mesa.

—Vamos a ver: ¿qué opináis de mi obra, caballeros? —les preguntó, expectante a que ellos valorasen su trabajo.

El inspector Ionescu y el agente Grecu acababan de ponerse los guantes que les había dado el médico, nada más entrar por la puerta. Se acercaron a la mesa, con una curiosidad difícil de controlar y se quedaron sorprendidos al ver lo que había conseguido salvar el forense, de debajo de la capa de suciedad que antes cubría el chaleco de piel de conejo, que perteneció al niño malformado.

—¡Joder, no me esperaba una cosa así! —exclamó Grecu, con los ojos como platos, mientras el inspector sacaba un silbido de sorpresa—. ¡Esto hacía con los lápices!

—Tenéis que traérmelos para hacer una prueba con ellos —añadió el forense—. Se impone tener la certeza que son los mismos lápices, o al menos unos parecidos.

—¡Mira aquí, a esta figura! —le pidió el inspector al agente Grecu—. Empiezo a creer que tenías razón con lo que decías sobre Ion Mocanu.

En el revés del trozo de piel de conejo, en líneas bastante claras trazadas con lápiz negro, se perfilaba el cuerpo y la cabeza de un hombre. Una silueta alta y ancha, con un hombro visiblemente más bajo que el otro, y que estaba de espalda hacia el que lo había dibujado.

—¡Y ahora mirad en la parte de abajo, en la esquina! —les dijo el forense—. Espero que no seáis demasiado sensibles, caballeros, porque esto es jodidamente duro.

Una creatura deforme, más parecida a una cucaracha que a un ser humano, estiraba un brazo hacia la silueta del hombre que le daba la espalda.

—¡Cristo bendito! ¡Sí que es duro, doctor! —exclamó Grecu, estupefacto, cuando fue capaz de hablar, quitándose rápido con la mano, una lágrima que le impedía ver con claridad—. ¡No me lo puedo creer! El pobre niño, así se veía a sí mismo...

—Efectivamente. Luego, el hecho de que el hombre esté dibujado de espalda, creo que ni siquiera hace falta decir lo que significa. Cualquiera interpretaría que el muy canalla le ignoraba, le daba la espalda —comentó en voz triste, el médico—. Pero aún no habéis visto todo, mirad en la parte derecha del chaleco. Yo ya no puedo con esto, caballeros, ni siquiera sé qué conclusión sacar, a ver si tenéis alguna idea, al fin y al cabo, esto os incumbe a vosotros, yo aporté lo mío.

Giraron la prenda de piel de conejo y el médico dio un paso atrás, para dejarles sitio bajo la luz potente del reflector. De repente, Grecu empezó a maldecir empleando todas las palabras malsonantes que conocía, mientras que el inspector, estaba literalmente boquiabierto por el asombro, sin saber qué creer de lo que veía.

—¿Le conoces? —le preguntó al agente, que lo confirmó con un gesto de la cabeza—. De hecho, el dibujo es bastante sugestivo y bien hecho, supongo que lo reconociste nada más echarle una mirada. A estas alturas creo que ya te has dado cuenta, que esto debe haber sido en esas paredes. Al niño le gustaba dibujar, eso está claro, o tal vez lo hacía porque era su única posibilidad de expresarse, sin añadir que tampoco se le ofrecían otras opciones.

—¿Por qué no se los quitaba? —consiguió articular Grecu, todavía en estado de shock.

—¿A qué te refieres? Quitarle ¿qué? —preguntó el inspector, desconcertado.

—¡Los lápices, hombre! ¿Por qué le permitía dibujar? suponiendo que esto hubiera sido en las paredes, tal como dijiste. Estos dibujos, probablemente ni siquiera los vio, con toda la porquería que los tapaba, de hecho estoy seguro que no, pero en las paredes, ¿por qué haberle permitido que lo hiciera?

—Es posible que la repulsión, o algún tipo de miedo incomprendido le hubiera impedido acercarse al niño —intervino el forense—. No sería una hipótesis descabellada, si consideramos su apariencia, aunque eso no podría constituir una excusa por haberlo dejado morir de hambre. A pesar de su aspecto, no era más que un niño.

—Es una probabilidad a tener en cuenta —confirmó Grecu—. Recuerdo que nos decía que una creatura así, vendría al mundo sólo con el aporte del diablo. Pero no se qué creer de la otra presencia. ¿Fue cómplice, o simplemente una presencia ocasional e inoportuna?

—Sólo hay una forma de saber la respuesta —le dijo el inspector. Después le preguntó al forense:

—¿Doctor, sacaste fotos a estos dibujos?

—Claro que sí. Y muy buenas, por cierto, de una claridad increíble. Enseguida os las enseño y podéis llevaros las que querréis. Hice bastantes copias de cada una de ellas.

A continuación, los dos policías analizaron un otro tipo de líneas, que cruzaban en diagonal los trozos de piel que contenían los dibujos. El bajo de esa prenda horrible y harapienta, que había protegido del frío a un ser inocente, indefenso, que había venido al mundo con ese aspecto terrible.

Se lo imaginaban trazando con nerviosismo las líneas cruzadas, que parecían cortar con furia las siluetas humanas que su mano había dibujado antes. Eran gritos callados de desesperación, insufribles por su mutismo, surcando como ríos plateados en la superficie de aquel objeto de piel de animal. Era el dolor de un niño que se sabía deforme, el llanto de un ser humano atrapado en un destino injusto e implacable.

El inspector dobló con mucho cuidado el chaleco, casi con veneración, como si hubiera sido una reliquia sagrada y ese respeto le arrancó a Grecu otra lágrima, a la que secó rápido, pasándose la mano por la cara en un gesto discreto, evitando ser observado por los otros dos. Ionescu cogió de la mano del forense el sobre con las fotografías, lo introdujo en su maletín de cuero y después de unas cuantas frases cortas, los dos policías se despidieron del médico, dándole las gracias.

Juntos, fueron a buscar a Zoltan para pedirle que le llevara los lápices al doctor Moraru, en vista de probar si eran los mismos que habían dibujado lo que ellos acababan de ver. Al salir del edificio, se quedaron unos momentos en la acera sin decir nada, todavía bajo el impacto de esos dibujos tan intensamente sugestivos y conmovedores.

—¿Será suficiente para pedir la orden de detención, o no? —preguntó Andrei Grecu—. ¡Quiero verlo detenido ya!

—Podría servir, pero aún así tendríamos que esperar después la prueba de ADN. Y no me refiero a la prueba que pediste tú, cuyo resultado podría llegar un día de estos, sino a la que se sometería el sospechoso, una vez detenido.

—¿Pero, y si reconoce que es el padre del niño?

—Dudo mucho que haría eso, con lo insolente y calculador que lo considero yo. O es demasiado seguro de sí mismo, subestimándonos, o ha empezado a tener miedo y su impertinencia no es más que una máscara detrás de la que se esconde. Vamos a dejarlo para mañana. Hoy, mientras yo preparo el papeleo, incluyendo la orden de detención de la que tendré que hablar primero con el comisario Georgescu, tú podrías ir a tomarle declaración al otro personaje. Dejo a tu juicio la manera de abordarle y el lugar donde decidas hablar con él.

—Apostaré por el factor sorpresa y lo haré en su terreno —propuso Grecu.

—¡Bien pensado, me fío de tu criterio! Y si consideras que podría servirte de algo, podrías pedirles a los de Vadu Oii que te acompañasen, si das con ellos en la sede o por el pueblo. Aunque sea sólo como elemento intimidatorio que podría ayudarte a sacarle alguna confesión. Toma, llévate esta foto —le dijo entregándole una fotografía que sacó del sobre que le había dado el forense—. Las otras me las llevo, porque quiero enseñárselas al comisario Georgescu y luego al juez, para firmarme la orden de detención sin mucha demora. Hablamos después, por la tarde. ¡Suerte con el personaje!

Se dieron la mano y el agente Grecu se subió al coche para volver al pueblo, mientras su cabeza empezaba ya a planear, la manera en la que iba a abordar a uno de los pilares de la sociedad de Maruntei.



Sin embargo, al llegar a la sede de Policía rural, se topó con una sorpresa. Su compañero de trabajo y jefe directo, el agente principal Vasile Ivascu, acababa de volver al trabajo después de una baja médica. Le quedaba poco más de un año para jubilarse, pero últimamente había tenido graves problemas de salud. Después de haberse recuperado tras un trasplante de riñón, como los médicos le consideraban apto para trabajar, intentaba aprovechar al máximo el tiempo que le quedaba, antes de retirarse.

—¡Señor Ivascu, me alegro mucho de verle! ¡Se lo juro, estos días le he echado de menos! ¿Cómo se siente?

—Pues, ¿cómo me voy a sentir, agente Grecu? Tal como me ves, con

unos seis o siete kilos más flaco —le contestó riéndose—. Me siento tan ligero, que me da miedo que me podría llevar el viento. Tuve que pedir otra talla de uniforme, en la de antes parecía un espantapájaros.

—A mí me parece que está muy bien, señor. Y ha vuelto justo cuando más le necesitaba.

—Da gusto escuchar esto, agente, de verdad. Por mí, que es mejor morir que llegar el día que no te eche de menos nadie. A ver: ¿de qué se trata? ¿Qué pasa con ese caso del niño monstruo, como le llaman los periodistas? Algo he oído, pero quiero que me pongas al día con toda la investigación que habéis efectuado —le pidió, mientras sacaba del bolsillo del uniforme, una pequeña agenda y un bolígrafo—. ¿Tienes algo urgente por hacer?

—La verdad es que sí, pero creo que podría esperar un poco. El inspector Ionescu me encargó tomarle declaración a un personaje con el que dimos de una manera bastante extraña —le contestó Grecu, luego empezó a relatarle los detalles de la investigación del caso.

—Así que Ion Mocanu... Tengo que reconocer que nunca me ha gustado ese individuo —comentó el agente principal.

—¿Qué sabe usted de él? ¿Tuvo alguna vez problemas con la ley?

—Que yo sepa, no. Excepto el caso del suicidio de su hija, cuando se le tomó declaración. Han pasado muchos años desde entonces, ni me acuerdo con exactitud, cuántos.

—Quince años. Eso decía el señor Todiras, el agente de Vadu Oii, que eso ocurrió hace quince años —le aclaró Grecu.

—Entonces, así tiene que ser. Me acuerdo que nos metieron mucha prisa con la investigación. En aquél entonces, las cosas funcionaban de otra manera. Había interés de arriba en resolver cuanto antes el caso, creo que iban a producirse las elecciones presidenciales y todas las investigaciones debían realizarse en un tiempo récord. Tal vez no estaría mal echar una mirada al caso ese de la chica.

—Eso pensaba yo también —le dijo Grecu—. Hemos llegado por casualidad a la historia de la hija de Mocanu, cuando fuimos a hablar con un pastor de ovejas, hace unos días. Un viejo que nos dijo que él ha encontrado el cuerpo de la chica en «El Barranco del Diablo».

—Sí, me acuerdo de eso —le confirmó Ivascu—. Pero no sé por qué, tengo la sensación de que algún detalle quedó sin aclarar, en ese caso de la chica. No podría decirte exactamente el qué, pero me acuerdo que algo no cuadraba allí, me quedé con la incertidumbre clavada como una espina en la

cabeza. Luego, esas cosas se te olvidan con el paso del tiempo y se ven sustituidas por otros problemas. Como te decía, la presión desde arriba era tremenda, casi nos obligan a dar el veredicto de suicidio y cerrar el caso. Me acuerdo que eso me pareció un poco extraño, porque en aquel entonces era inconcebible el suicidio, cuando se suponía que todos vivíamos en la así llamada “Época dorada”.

—¿El expediente del caso está en nuestro archivo, o en el de la Comisaría de Suceava? —preguntó Grecu.

—Tiene que estar en el de Suceava. Antes de la Revolución de 1989, no guardábamos nada en nuestro archivo.

—¿Qué le parece si va usted a pedir una copia, mientras que yo voy a visitar al personaje del que le hablé?

—¡Claro que sí! Y el coche me lo llevo yo —decidió Ivascu, preparándose para salir—. A ti te queda a tiro de piedra.

Salieron los dos a la vez y tomaron direcciones distintas. Pasando por delante del hospital local, Andrei Grecu echó una mirada rápida hacia la ventana detrás de la que sabía que se encontraba Eugenia. Le invadió una fuerte emoción al pensar en ella y decidió buscarla más tarde, antes de regresar ella a Suceava.

Sonrió al darse cuenta, aceptando al mismo tiempo, que lo que sentía por la joven enfermera no era para nada un sentimiento superficial, efímero. No podía mentirse a sí mismo, eso era amor verdadero.



La casa parroquial era pequeña y coqueta. Grecu abrió la puerta de madera hecha de tablas angostas, cortadas en la parte de arriba en forma de pequeñas olas, adentrándose en el patio delantero, cruzado por una acera de piedras blanquecinas, entre las cuales crecía la hierba. De un lado y de otro, dos filas de narcisos amarillos, llegaban desde la puerta de la calle hasta la entrada en casa.

A la derecha, al otro lado de la valla que cerraba el patio de la casa parroquial, era el patio de la iglesia. El edificio sagrado se veía majestuoso e imponente, con el tejado de láminas de zinc brillando bajo la luz del Sol.

Era casi mediodía.

Andrei Grecu estiró un brazo para tocar el timbre situado en la parte derecha de la entrada, cuando la puerta se abrió de repente y le apareció delante la peculiar figura del sacerdote, que le hizo dar un respingo, sobresaltado por su repentina aparición.

—¡Buenos días, padre! ¡Vaya susto que me dio usted!

—¡Buenos días, señor agente! —contestó el clérigo—. Estaba saliendo de casa. ¿Qué desea?

Grecu dio un paso atrás y de forma involuntaria, su mirada se encontró con los pies del clérigo, que no parecían estar dispuestos a moverse de la puerta.

—¿Acaso quería salir así, descalzo, padre? —se extrañó el agente, mirándolo a la cara, con actitud escéptica.

El sacerdote se movió incómodo por un instante, como un niño pillado con la mentira y su mirada bajó hacia los pies descalzos, fingiendo estar sorprendido por no haber pensado en eso, cuando de hecho acababa de afirmar que estaba saliendo de casa.

—Tiene razón, señor agente, se ve que empieza a fallarme la memoria —se justificó, ruborizándose hasta las orejas, pero sin moverse del umbral de la puerta.

—Quisiera hacerle unas preguntas, padre, si no es demasiada molestia. Y claro, si lo que sea que iba a hacer, podría esperar como un cuarto de hora, más o menos, para poder hablar con usted. Espero que no se esté muriendo nadie.

—No, nada de esto, ¡gracias a Dios! Pero ya me habían visitado unos compañeros suyos, no veo qué otra cosa podría usted preguntarme ahora.

—¿Sería tan amable y permitirme entrar por unos minutos, padre? —presionó el agente, empezando a perder la paciencia—. Digo, para hablar como personas civilizadas que somos.

El sacerdote le clavó una mirada terrible, que le confería el aspecto de un ave rapaz al punto de lanzarse sobre su presa. Apretó la mandíbula y sus labios se convirtieron en una línea horizontal, bajo la nariz grande, aguileña, parecida al pico del buitre.

El policía notó como se le erizaba la piel.

—¡Claro, entre, señor! —contestó, quitándose de en medio de manera brusca, como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta que le estaba bloqueando al policía la entrada.

Grecu entró en un pasillo estrecho y a su derecha vio una puerta abierta,



que daba a un salón con vista a la calle. Visiblemente molesto, el clérigo le invito entrar, con un gesto de la mano y nada más cruzar el umbral, la mirada del joven se topó con una taza de café medio vacía, que estaba en una mesita, delante del sofá.

Entendió de inmediato que el sacerdote le había mentido y sin saber por qué, al constatar eso le dio vergüenza. Toda su vida había pensado que los clérigos representaban un ejemplo de comportamiento para la sociedad, o que al menos así debería ser. Entre la gente del pueblo, había escuchado algunos comentarios nada favorables sobre el párroco, pero era la primera vez que trataba directamente con él. Se sentó en un sillón, de espalda a la ventana, pensando que de ese modo podía observar y analizar mejor las reacciones del anfitrión, que se vio obligado a sentarse en el sofá, de cara a la luz que penetraba por las ventanas y las cortinas finas.

—Le voy a pedir a mi esposa que nos prepare dos cafés, señor, ya que está en mi casa —le dijo, llevándose la taza de la mesa y saliendo por la puerta, sin darle tiempo al policía a terminar la frase con la que le rechazaba la oferta, con educación.

Al quedarse solo, Grecu echó una mirada curiosa a su alrededor. En las paredes blancas observó que colgaban varios íconos de santos, que parecían seguirle con las miradas, vigilándole los movimientos como guardianes desconfiados de la casa. En una pequeña librería, tres estantes llenos de libros de temática religiosa, esperaban perfectamente alineados, detrás de unas puertas acristaladas que les protegían de polvo. En cada estante había un crucifijo dorado apoyado en los libros.

El agente estaba a punto de abrir un pequeño cofre de madera esculpida, que llevaba escrito con letras doradas en la tapa la palabra “Jerusalén” y que estaba en una esquina de la mesita de café, cuando el sacerdote volvió al salón. Grecu observó que se había puesto zapatillas de casa.

—¿Fue a Jerusalén, padre? —le preguntó, pero sin atreverse a abrir la cajita de madera, ahora, en su presencia.

—No, señor agente, no tuve la ocasión ni el honor de pisar «La Tierra Santa». Ese cofre me lo regaló un amigo de Suceava, un ex compañero del seminario teológico. Y ahora, ¿podría decirme qué era eso de lo que quería hablarme, antes de traernos mi esposa los cafés? Espero que no haya venido a preguntarme usted también, de ese niño que encontraron en «La Gruta del Oso».

—¿No tiene hijos, padre? —lanzó Grecu la primera pregunta, que

sorprendió al sacerdote.

—No, por ahora no tengo. ¿Pero a qué viene esta curiosidad por saber si tengo o no tengo hijos?

—Es sólo que me extraña su actitud, y el tono en el que ha mencionado a ese niño. No sé si me pareció, o de verdad había cierta entonación de desprecio, en su modo de pronunciar las palabras que se referían a la víctima en cuestión.

—¿"Víctima"? —se extrañó el hombre, abriendo los ojos de forma exagerada, gesto que daba una apariencia espantosa a su cara—. ¿Eso quiere decir que usted cree que lo ha matado alguien?

—Claro que lo mató alguien, padre, y lo hizo del modo más despiadado e inhumano posible.

En ese momento tocó alguien a la puerta y el anfitrión se levantó para abrir. Entró una mujer menuda, con una actitud extremadamente humilde y mirada esquiva, a la que movía inquieta de un lado a otro sin fijarse en ningún objeto, como tampoco en las dos personas allí presentes, como si hubiese tenido miedo a hacerlo. Por educación, Grecu se levantó del sillón, articuló un "¡Muchas gracias, señora!" y el párroco también se puso de pie y le dio las gracias. La mujer hizo un gesto afirmativo con la cabeza y después de dejar en la mesa una bandeja con dos tazas de café y un azucarero, salió por la puerta sin haber pronunciado ninguna palabra.

Andrei Grecu pensó que, si no hubiera sabido de oídos, que era profesora en la escuela del pueblo, hubiera pensado que la esposa del sacerdote era muda.

—No le he entendido bien, señor —continuó la conversación el párroco, después de volver a sentarse en el sofá—. ¿Cómo que lo mató alguien? Es la primera vez que oigo esto. ¿Tenía heridas, u otra cosa que le hizo pensar que fue asesinado por alguien?

—No, padre, su cuerpo no presentaba ningún tipo de heridas. Pero la manera en que murió, denota una brutalidad aún mayor de parte de su asesino, que en el caso de una muerte violenta.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que lo mató de hambre. El niño falleció de hambre y de sed.

—¿Ah, sí? No tenía ni idea —dijo con una indiferencia chocante, que le hizo a Grecu enderezarse en el sillón, como si el pope le hubiera clavado de repente algo en el pecho, cortándole el aliento—. Yo pensaba que murió por

alguna enfermedad rara, o que estaba poseído por algún espíritu maligno, que originó la apariencia que dicen que tenía.

—¿Cuándo lo vio por última vez, padre? —tiró el agente la pregunta, como una bomba bajo cuyo impacto el sacerdote reculó de manera brusca.

Fijó una mirada de desconcierto en los ojos del policía y su labio superior empezó a moverse de forma espasmódica, bajo el efecto de un tic nervioso.

—¿Ver a quién, señor agente? —preguntó, con el asombro grabado en el rostro, lo que le daba una apariencia de máscara de terror.

—Al niño malformado, padre, ¿a quién si no? Él le vio a usted, esto es seguro —le informó el policía, sacando del bolsillo interior del uniforme, una fotografía que dejó en la mesa, delante del clérigo.

Este se acercó lentamente y la miró sin tocarla, manteniéndose a distancia, como si aquella fotografía hubiera podido morderle.

—¿Qué es esto, señor Grecu, una broma de mal gusto, o algún tipo de burla? —preguntó intrigado, sin apartar la mirada de la fotografía.

—Ni una, ni otra. A mí me parece que él de ese dibujo es usted, padre. Mire con atención esos detalles tan evidentes, como la ropa sacerdotal, los rasgos duros de la cara y sobre todo, la forma de la nariz. Tiene usted una figura muy peculiar, no creo que podría ser confundido con otra persona. Y lo que puede ver cualquiera, es que ese niño tenía talento para dibujar, comparándole a usted con el de la foto de su dibujo.

—¡Yo no sé qué pretende usted con esta foto, señor agente, pero le digo que no tengo ni idea de lo que está diciendo! ¡Dios me libre, no vi nunca esa creatura! —exclamó irritado, santificándose de prisa.

—¿Pero, Ion Mocanu tampoco le habló del niño? Por lo que he oído, lleva usted mucho tiempo en esta parroquia, así que supongo que tuvo que decirle algo. ¿En quién confiaría un aldeano para confesarle sus secretos, si no en el sacerdote?

El anfitrión se levantó de inmediato del sofá y por un momento, Grecu pensó que al hombre iba a darle un ataque al corazón. Había adoptado una actitud ofensiva, estaba rojo como un cangrejo y el tic nervioso del labio superior se le había extendido hasta el ojo izquierdo, que parpadeaba como una señal de advertencia.

—¡Usted no me puede obligar a decirle quién o qué me hubiera confesado, señor policía! ¡Salga de mi casa, por favor! ¡Llévese su maldita fotografía y váyase por donde ha venido!

—Cálmese, padre, y cuide el lenguaje que está la iglesia al otro lado de la

valla —le dijo con calma, el agente, levantándose del sillón—. Él que aparece en “esa maldita foto”, como acaba de llamarla, es usted, y ese niño le vio en alguna parte. ¿Dónde, en concreto? De momento no tenemos más que una sospecha, pero llegaremos a saberlo con certeza, no lo dude, padre.

Se llevó la foto, volvió a meterla en el bolsillo y de tres pasos llegó a la puerta, de donde se giró para decirle al sacerdote:

—¡Muchas gracias de mi parte a la profesora, pero le aconsejo que no se tome los dos cafés! Digo, teniendo en cuenta que ya se tomó la mitad de esa de la que le ha interrumpido mi visita inoportuna. No es por nada, pero podría darle un infarto, ¡Dios nos libre!

Salió de la casa parroquial y se dirigió hacia la puerta de la calle, notando en la nuca la mirada cortante del sacerdote. Una vez fuera, se preguntó sorprendido ¿de dónde le salió ese ataque de cinismo? Él no era así, ese no era un comportamiento habitual en él. Después llegó a la conclusión que era por culpa de ese caso atípico del que no veía aún ninguna salida.

Era por su indignación frente a la injusticia, que tomaba los derroteros de la frustración, era por su propia impotencia de acabar con aquello. Sintió una necesidad apremiante de encontrar al culpable de la muerte del niño y hacerle pagar caro por su crueldad.

## 9) Cavilaciones y decisiones

Llegado a la sede, subió a su vivienda situada en la planta de arriba del edificio, donde preparó rápido algo de comer, pensando en Eugenia y en algunas decisiones que se imponían con la insistencia de un tic-tac inexorable. Lo primero que tenía que hacer, era mudarse de esa vivienda de trabajo. En su corazón, reconocía que se planteaba la posibilidad de convivir con la joven enfermera. La idea en sí, le incitaba a hacer planes de futuro y le atraía cada vez más. Pero antes de proponerle eso a la chica, tenía la intención de comprar o alquilar un apartamento decente, que le ofreciera la intimidad tan necesaria a una joven pareja, al inicio de una relación de convivencia.

Aún no pensaba en el matrimonio, al menos no con bastante seriedad y ni siquiera estaba seguro que la chica le quisiese de marido. De momento, le sonreía la idea de tener un nido propio donde estar juntos, o donde invitarla de vez en cuando, dejándole a ella la libertad de decisión sobre el futuro.

Sabía que Eugenia era hija única y que probablemente, sus padres se opondrían a una relación entre ella y un simple agente de Policía. Sin menospreciar su profesión o a sí mismo, pensó que él también tendría sus reticencias ante la posibilidad de tal relación, si fuera padre. ¿Qué podría ofrecerle él a la chica? Además de trabajar en algo que suponía mucho riesgo, tampoco tenía un horario fijo como en otros tantos oficios y apenas si disponía de tiempo libre. Para no añadir también el inevitable impacto emocional, que a pesar de ser poco conveniente, dejaba su huella y nunca era un buen consejero a la hora de tomar decisiones.

Mientras comía, le vino en mente el caso del niño encontrado en La «Gruta del Oso» e intentó imaginarse qué tipo de relación hubiera tenido con su padre, en caso de que, de verdad, Ion Mocanu hubiera sido su padre. ¿Era posible que el forense esté en lo cierto y lo que le hubiera impedido al padre acercarse a su hijo deforme, hubiera sido el miedo o la aversión que ese le hubiera inspirado?

No, no podía creer eso, ni estaba dispuesto a dejarse engañar tan fácil. Todos esos hipotéticos sentimientos de rechazo, no hubieran excluido que lo alimentase de alguna manera y que le permitiese vivir en casa, en alguna

habitación apartada de las miradas indiscretas. De hecho, en ese sentido ni siquiera hubiera tenido por qué preocuparse —se dijo Andrei Grecu—, considerando que la vivienda de Mocanu estaba alejada del resto del pueblo y todo lo que ocurría detrás de sus puertas, eran actos que, seguramente el resto de la comunidad ignoraba.

Por lo tanto, excluyendo la hipótesis del miedo o de la aversión que el niño hubiera podido inspirarle al hombre, no quedaba otra posibilidad por considerar, que la indiferencia o la maldad pura y dura, de un adulto que tenía en su poder la vida de un ser nacido para ser la víctima perfecta. Sin ninguna posibilidad de salvarse. Un adolescente con un nivel de inteligencia similar a cualquiera de su edad, o tal vez superior, teniendo en cuenta esos dibujos tan sugestivos, referentes al lenguaje corporal. Un chico desesperado por la tortura infligida, cautivo en un cuerpo deforme como una burla del destino, sufriendo un martirio por los pecados del mundo entero.

“¡Joder, que duro!” —pensó, notando como las lágrimas le nublaban la vista y le impedían ver el bocado que llevaba a la boca. Se tragó el nudo de la garganta a la vez con la comida y le costó acabar lo que tenía en el plato. Después respiró profundo unas cuantas veces hasta que consiguió dominar su emoción y salió con la intención de tomar un café en la taberna del pueblo.

La escalera exterior que daba acceso a su vivienda, estaba pegada a la pared del edificio, en un lateral. Bajó rápido por los peldaños metálicos y al llegar abajo en el patio, se topó con el agente Todiras y su subalterno, Petrescu, que entraban en ese momento por la puerta de la calle.

—¡Agente Grecu, que bien que te encontramos! ¿Tienes prisa por ir a algún lado?

—Iba a tomar un café —contestó dándoles la mano, por turno—. Os invito, si queréis venir. ¿Habéis comido algo?

—¡Sí, y no te lo vas a creer dónde hemos comido! —dijo Todiras—. Nos invitó la suegra de Ion Mocanu y comimos cocido de cerdo y polenta con queso de oveja, desmenuzado. ¡Un manjar!

Después le contaron como dieron por casualidad con la casa de la mujer, al pasar por delante de un patio abierto, de donde ha salido un perro delgaducho, arremetiendo con furia contra ellos. En ese momento, una mujer mayor se ha acercado a la puerta de la calle, apaleando al animal con una vara, hasta que ese desapareció hacia la huerta de detrás de la casa. Después de darles los “¡Buenos días!” a los agentes, la mujer les preguntó como de

paso, si se sabía ya de quién era el niño encontrado en la gruta y quién lo había matado, porque la gente del pueblo decía que la Policía sospechaba de Ion Mocanu.

Nada más pronunciar ese nombre, la vieja empezó a llorar, quitándose las lágrimas con un extremo del pañuelo que le tapaba la cabeza. Entre suspiros, les invitó a entrar y quedarse a comer, motivando que tenía la comida en el fuego y que siempre le sobraba.

Unos diez minutos más tarde, mientras los policías aprovechaban gustosamente la comida servida en vajilla de cerámica, en una mesa tapada con un mantel de hule floreado, la mujer ha empezado a contarles la vida de su hija Silvia, la que fue la esposa de Mocanu:

—Yo sé que mi hija murió antes de tiempo, señores —les dijo con la voz quebrada de dolor y las lágrimas buscando camino entre las arrugas de su cara—. ¿Pero, qué podía hacer yo, una mujer mayor y sola? Mi hombre murió hace muchos años, y si hubiera vivido no hubiera hecho nada porque él le temía más que yo, al yerno. A su casa, yo apenas si iba una o dos veces al año, menos mal que a Silvia la veía de vez en cuando en la iglesia, aunque eso, en vez de alegrarme, más me entristecía. Tuvo vida dura con Mocanu, pero nosotros no nos metíamos entre ellos, porque eso le hubiera hecho todavía más difícil la vida a nuestra hija. Mientras tuvo a Tatiana, vivió por ella y eso le compensaba un poco las desgracias, pero después de la muerte de la chica, mi hija no volvió a ser la de antes. Yo creo que el dolor puede hacerla perder la cordura a una, cuando ya no tiene por qué vivir.

La mujer les relataba todo eso, como si hubiera hablando consigo misma, con la mirada perdida en un espacio en el que parecía entrever imágenes que sólo sus ojos podían reconocer. Sólo el dolor de una madre podía atribuirles rostros familiares, con rasgos que surgían de los recuerdos que le partían el alma.

—¿Es verdad que murió mientras dormía, tal como dice Mocanu? —le ha preguntado Todiras, y entonces ella se ha sobresaltado, sorprendida por sus palabras, como si la hubiera despertado de repente de aquel sueño poblado por espectros, en el que se había perdido buscando a su hija.

—Sólo Dios sabe, hijo. Ion vino a llevarme a su casa para lavarla y vestirla. La verdad es que tenía algunos moratones, pero no como otras veces, cuando era más joven y le daba vergüenza hasta salir del patio, por las señas de los golpes. Y luego, yo sabía que le pegaba por cualquier cosa. El no había venido a mi casa desde que nació Tatiana, entonces me llevó en carroza, para

ayudar a mi hija en el parto. Ahora, cuando murió Silvia, él la había llevado en casa antes de venir a por mí, y me parece que me dijo que también había venido la doctora para constatar el deceso y darle el documento. Yo sabía que mi hija dormía en una pequeña cocina de verano, construida al lado de la cuadra, en la que se mudó después de la muerte de la chica. No podría decirles por qué, pues a mí tampoco me lo dijo, y cuando iba a visitarla, no me permitía entrar allí de ninguna manera.

—¿Dónde no la dejaba entrar, señora? —le ha preguntado el agente Petrescu, recordando la negativa de Mocanu y su titubeo, cuando le habían pedido que abriera la puerta de ese cuarto.

—Pues, allí, hijo, en esa cocina de verano. Me acuerdo que el primer año después de la muerte de mi nieta, fui un sábado a llevarle un cesto de empanadillas dulces de queso, hechas en el horno, como sabía que le gustaban a mi hija. Por aquel entonces, Ion trabajaba en el monte en talado de árboles y llegaba tarde a casa, casi de noche. Mi hija salió de esa cocina, al escuchar el chirrido de la puerta de la calle, cerró con una llave que metió rápido en el bolsillo y vino a recibirme a la mitad del patio. Cogió las empanadillas del cesto y las puso en el delantal, luego me empujó hacia la calle sin soltar palabra. No volvió a hablar desde que murió Tatiana, como si el dolor la hubiera enmudecido. Pobre hija mía, mi Silvica hermosa... Yo veía que había empezado a perder la cordura, pero ¿qué podía hacer yo, qué podía hacer? —se lamentaba la mujer, alargando las palabras cargadas de dolor, mientras negaba con la cabeza, como si no hubiera podido creer lo que decía.

—¿Usted cree que es posible que el niño encontrado en la gruta sea de ellos? —le ha preguntado Todiras, mirando compasivo como ella se secaba de vez en cuando las lágrimas, con los extremos del pañuelo—. ¿Cree que lo hubiesen mantenido oculto hasta de usted, tal vez en esa misma cocina?

—No lo sé, hijo, no sé qué decir, pero creo que él me hubiera buscado para ayudarla en el parto, pues ¿cómo iba a saber qué tipo de creatura iba a ser, antes de haberse nacido?

—Tiene razón usted, lo que dice es lógico, no hubiera tenido cómo saberlo —ha añadido entonces el agente, levantándose de la mesa.

Le dieron las gracias a la mujer por la comida y antes de irse, bebieron cada uno, una jarra grande de agua fría, de un cubo esmaltado que estaba colocado en un tronco de madera, a la sombra de un árbol.

—O sea que, otra vez esa cocina de verano en la que Mocanu no nos



dejaba entrar —comentó Grecu, sorprendido, cuando los agentes de Vadu Oii terminaron de relatarle el encuentro con la vieja—. Creo que deberíais contarle todo esto al inspector. Como veo, empieza a estrecharse el cerco alrededor de nuestro hombre, pero vosotros todavía no sabéis con que bombazo nos esperó esta mañana el forense Moraru. Parece que ese chico tan especial, tenía mucho talento para el dibujo —añadió, contándoles después con detalles, el hallazgo del forense en la ropa del niño.

—¿Entonces, en qué quedamos con el sacerdote? ¿Está mezclado en la historia, o no? —saltó con la pregunta, Petrescu, al que no le gustaba para nada el clérigo, después de la discusión que tuvieron con él en el vestíbulo de la iglesia.

—Es pronto para saberlo —contestó Grecu—. Por ahora, tenemos que creerle a él. Pero, lo que sabemos con seguridad, es que el chico vio alguna vez al pope. Si fue casualidad o no, me temo que no tendremos nunca una respuesta clara a esta pregunta.



El inspector no tuvo la suerte de los demás hombres de su equipo. No encontró al comisario Georgescu, por lo que tuvo que posponerlo todo para el día siguiente. Llamó a Maruntei justo cuando Grecu entraba por la puerta, después de haberse separado en la calle de los agentes de Vadu Oii. Sin omitir ningún detalle, el agente le informó sobre la actividad del día. Acto seguido, dejó en el escritorio una nota para su jefe directo, el agente principal Ivascu, en la que le pedía que dejase para el día siguiente la revisión del expediente del caso de suicidio de Tatiana Mocanu, si traía una copia del archivo de Suceava.

Después subió a la vivienda, decidido a respetar la promesa que se había hecho: esa tarde debía citarse con Eugenia. No pensaba ser uno de esos policías que descuidaban su vida personal a favor del oficio. Su decisión, que había tomado nada más empezar a trabajar como agente de Policía, era de prestar la misma atención tanto a una como a la otra, armonizándolas en la medida de lo posible.

Llamó al hospital para establecer la hora con la chica, luego se tomó una ducha, se afeitó y se vistió de paisano. Y como en la aldea las posibilidades

que se les ofrecían eran muy reducidas, decidieron ir a Suceava con su coche particular. Tenía un «Dacia 1310» que estaba aparcado en el patio trasero, al que cuidaba con un esmero digno de mejores causas y al que muchos encontraban ridículo. Su padre se reía a veces, diciéndole que si no estaba con los peces, estaba sacando brillo al coche, así que de esa forma, lo mejor hubiera sido ni pensar siquiera en casarse algún día.

Eugenia estaba ya esperándolo en la calle. Andrei le abrió la puerta desde el interior, la chica se subió y a la vez con ella, un perfume suave invadió el interior del coche. En una caricia suave le tocó el brazo derecho, después echó una mirada rápida a derecha e izquierda para asegurarse de que no les veía nadie y le dio un beso en los labios.

El hombre sonrió, la estrechó en sus brazos girándose hacia ella y la besó con parsimonia, mientras una mano invisible dibujaba en los colores del arcoíris sobre su corazón. Sus cuerpos florecieron como los capullos de flores silvestres en primavera.

—Andrei... —susurró la chica, cuando sus labios se separaron de los del hombre—, nos podría ver alguien, arranca el coche, por favor.

Callado, Grecu encendió el motor, arrancó y por unos minutos, ninguno de ellos se atrevió a abrir la boca. La chica notaba dentro de su pecho, los latidos acelerados de su corazón, como el batir de alas de un pájaro a punto de emprender el vuelo.

Al salir de la localidad, Andrei redujo de repente la velocidad del coche y paró en un espacio destinado a los autobuses.

—Eugenia —empezó a decir, volviéndose de cara a ella—, yo creo que... que te amo. Esta mañana, al pasar por delante del hospital, me di cuenta de esto. Sabía que estabas allí dentro y sin embargo te sentía tan cerca, como si hubieras caminado junto a mí, en la acera.

—Andrei, yo también te amo —le contestó en voz baja, emocionada, sintiendo como una lágrima amenazaba con caerle por la mejilla—. Te amo desde que te conocí.

Turbado y gratamente sorprendido por su respuesta, estiró los brazos para estrecharla y entonces todo el mundo desapareció. No existía nada ni nadie más que ellos dos y el deseo abrumador de tocarse y de besarse. Hambrientos, se bebieron el uno al otro el aliento, gimiendo suave bajo la placentera tortura que se apoderaba de sus sentidos.

—Quiero hacer el amor contigo, Geni —le susurró en el oído, desprendiéndose con pesar de la dulce suavidad de sus labios.

El cuerpo de la mujer pareció temblar bajo la fuerza del deseo. Era la primera vez que él la llamaba por ese diminutivo de su nombre. Le tomó la cara entre las palmas de sus manos, le besó los labios una vez más, después le pidió como un sediento por una gota de agua en el desierto, ávido por calmar su sed insoportable:

—Llévame a casa, Andrei, por favor... Mis padres están de vacaciones en un balneario.

Al policía no le hizo falta más. Arrancó el coche y luego volvió a mirar a la chica, con los ojos bañados en una luz en la que ella intuyó el mismo deseo que ardía en su cuerpo, como una ola de lava ardiente que fluya por sus venas. No se avergonzaban de las reacciones de sus cuerpos jóvenes, excitados bajo el impulso de la sangre, ni se dijeron nada más hasta que llegaron a Suceava, en la casa de Eugenia. De hecho, aquella tarde apenas si hablaron y sólo lo hicieron para susurrarse los nombres el uno al otro, en misteriosas y embriagadoras llamadas. Aquel día, ellos dos fueron los únicos habitantes de la Tierra.

## 10) “Diez centímetros” y la cita

Cuando encontré, por fin, al comisario Georgescu en su oficina, el inspector le informó sobre el estado de la investigación y acto seguido, analizaron juntos detenidamente, las fotografías de los dibujos tan sugestivos que había hecho el niño, a los que Ionescu consideraba como pruebas incriminatorias en contra de Ion Mocanu. Después de unos diez minutos de debate, el comisario hizo unas cuantas llamadas al Juzgado, solicitando la emisión de una orden de detención, recibiendo la promesa de tenerla a su disposición, lo más pronto posible.

Las pruebas de las que disponían en contra del sospechoso, no eran suficientes, pero Ionescu insistió, argumentando que se fiaba de la intuición del agente Grecu. También le informó a su jefe sobre la prueba de ADN y el testeo de paternidad cuyo resultado todavía estaban esperando y de la posibilidad de usarlo como prueba acusatoria, si saldría positivo. El comisario dio su aprobación, pero con la condición de que ese resultado fuera considerado provisorio, hasta que obtendrían otro definitivo, a través de una muestra de sangre extraída al acusado, de forma legal.

Al día siguiente se reunieron todos en Maruntei. El agente principal Ivascu fue el primero en presentarse en la sede, por lo que el inspector les permitió a los de Vadu Oii que regresaran a sus puestos de trabajo, hasta nuevas órdenes. Antes de irse, Todiras le relató la coincidencia con la suegra de Mocanu, que el inspector ya conocía por habérsela contado Grecu y cuyos detalles apuntó en una agenda, pensando en comunicarlos al comisario, porque eran cosas que no hacían más que aumentar la sospecha en contra de Mocanu.

Después, junto a Grecu e Ivascu, empezaron a estudiar la copia del expediente del caso de suicidio de Tatiana Mocanu, que el agente Ivascu había traído del archivo de Suceava.

—A medida que avanzamos en la revisión del expediente, espero recordarme qué era eso que me intrigaba en ese caso —dijo Ivascu, rascándose la incipiente calvicie—. Creo que era algo referente al informe del médico forense, no estoy seguro. Agente Grecu, búscame eso por favor,

mientras yo preparo cafés para todos. ¿De cafetera o soluble, señor inspector? —le preguntó a Ionescu, que miraba atentamente unos folios que le había dado Andrei Grecu.

—De cafetera, por favor, señor Ivascu.

—Chico, lo mismo para ti, ¿verdad? ¿No te habrás cambiado las costumbres en mi ausencia, no? ¿Algo nuevo en la cocina?

Grecu empezó a contestarle, pero su jefe directo había llegado ya a lo que llamaban todos “cocina”, y que no era más que el extremo del pasillo, en el que habían instalado una cocina a base de butano, un fregadero, una pequeña nevera oxidada en las esquinas y un armario blanco en el que guardaban unas piezas de vajilla y unos cubiertos. En la encimera del armario estaba la indispensable cafetera, rodeada de botes etiquetados, de plástico transparente, que contenían varios tipos de café. Una pila de vasos nuevos de plástico y un azucarero de porcelana, que el agente principal había traído de su casa hace unos años, completaban el necesario de utensilios de la así llamada “cocina”. El presupuesto destinado a la comodidad de los agentes en las sedes rurales, no daba para más.

Mientras Ivascu preparaba los cafés, los otros dos empezaron a leer las declaraciones prestadas por varias personas, en la investigación del suicidio de la hija de Mocanu.

—Me parece extraño que no aparece ninguna declaración de la mujer de Mocanu —comentó el agente Grecu, buscando entre los folios del expediente—. La chica tenía dos padres, entonces ¿por qué motivo no aparece la declaración de la madre? ¡Señor Ivascu, ¿recuerda usted por qué no declaró la madre de la chica?! —gritó, inclinándose hacia el pasillo, para hacerse escuchar por su compañero.

—¡Creo que estaba enferma, o tal vez no quiso declarar! ¡Si la memoria no me engaña, creo que su marido decía que la mujer acababa de sacarse una muela, o que tenía alguna infección dental, algo de eso! —le contestó Ivascu en el mismo tono—. ¡Y luego, ya oíste lo que decían los de Vadu Oii, que según su madre, ella no volvió a hablar después de la muerte de la chica!

—Yo me pregunto ¿qué tenía Mocanu en contra de su vecino Strajeru? Por lo que veo aquí, remarcó el hecho de haberle prohibido a su hija cualquier relación con el hijo de ese —observó el inspector, mirando la declaración del padre de la chica.

—Él estaba convencido de que ese era el motivo por el que la adolescente se había arrojado al barranco —le dio la respuesta Ivascu, acercándose al

escritorio delante del que estaban sentados los otros dos, con una bandeja en la que se veían tres vasos de café y el azucarero.

—“Él estaba convencido” —repitió Ionescu, levantando la mirada hacia el agente—. ¿Usted se da cuenta cómo suena esto? Como si Mocanu como padre, se hubiera asumido la culpa por el suicidio de su hija. Un tanto arriesgado, ¿no les parece? Como un arma de doble filo. Pero, ¿y si eso era lo que él quería haceros creer, que su hija habría tenido un motivo para quitarse la vida?

Los dos agentes se miraron, luego miraron al inspector, sin saber qué decir.

—Señor inspector, ¿está insinuando usted que no fue suicidio? —se extrañó Ivascu.

—Es una hipótesis que debería haber sido considerada, en el momento. Puedo entender la supuesta presión de parte de los mandos superiores, por concluir cuanto antes la investigación del caso, pero eso me parece que fue manipulación. Pensad un poco, ahora que sabéis qué tipo de persona es Ion Mocanu, como se cree que él controla la situación, mostrando esa insolencia desafiante. Creo que lo mismo hizo en aquel entonces. Se inventó un motivo que podría haber justificado el suicidio de su hija, como un acto de desesperación por amor. O tal vez ese motivo hubiese existido de verdad, según declararon otras personas, él sólo lo vio como una salvación, se aferró a él y luego lo ofreció a los demás como justificación del acto. De esa forma evitaba, o reducía la posibilidad de considerar y seguir otras pistas. Al final, lo que al principio se presentaba como una probabilidad, se volvió certeza para todos, incluso para los milicianos responsables de la investigación —concluyó el inspector—. ¿Qué le parece, señor Ivascu, podría ser cierto esto?

—¡Joder! —se le escapó al agente—. ¡No me lo puedo creer! ¿Fuimos tan idiotas como para dejarnos todos engañar por un aldeano? No sé ni qué decir, señor inspector. Yo reconozco que me parecía que algo no cuadraba allí, pero no sé qué era en concreto, no me acuerdo.

—Vamos a mirar ese informe del forense, tal vez allí esté la respuesta —propuso Grecu, sacando del expediente, los folios que contenían el resultado de la autopsia del cadáver de Tatiana Mocanu, o mejor dicho de lo que había quedado de él, después de que había sido devorado por los animales salvajes.

Empezó a leer los detalles que había apuntado en su día el médico forense, mientras los otros dos le escuchaban con atención.

—¡Repita la última frase, chico! —dijo de repente, Ivascu, levantándose

de la silla.

—“La cavidad abdominal se presenta vacía, la cavidad torácica guarda una parte del pulmón izquierdo, los demás órganos internos faltan, probablemente porque fueron devorados por...”

—¡No, no, la frase anterior a esa! —se impacientó Ivascu—. ¡La que se refería al cráneo!

—“El cráneo presenta múltiples fracturas —leyó Grecu con rapidez, por la curiosidad que suscitaba en él todo aquello—, entre las cuales, una que parece un corte recto de diez centímetros de largo, en la zona occipital, probablemente provocado por una piedra afilada, en el trayecto de caída del cuerpo en el barranco”.

—¡Eureka! ¡Eso era, joder! —exclamó el otro, dando una palmada estrepitosa—. ¡“Un corte recto, de diez centímetros de largo”! —repitió extrañado—. ¿Qué le parece eso, señor inspector? ¡O sea, no de nueve ni de once centímetros, ni siquiera de nueve y media, sino justo de diez! ¡“Un corte recto, de diez centímetros de largo”! —volvió a repetir con entusiasmo y gesticulando con las manos, como un niño que acababa de abrir su regalo de Navidad.

Los otros dos no se atrevían a temperarle el ánimo. Afirmaron con gestos de cabeza, porque ellos también pensaban lo mismo y la revelación del argumento del agente, parecía tener su lógica.

—¡Tiene razón, señor Ivascu! Aunque la dimensión de ese corte, tal vez sea pura casualidad, no deja de ser raro. ¿En qué piensa usted?

—¿En qué pienso? No sé exactamente en qué pensar, señor inspector. ¿Usted qué dice, qué debemos pensar de eso, o mejor dicho, qué deberíamos haber pensado en aquél entonces? Lástima que el forense Sandulescu murió. Yo creo que a él también debió de parecerle extraño ese detalle, o tal vez a otro que tuvo acceso al expediente. Como veis, esta mención esta subrayada en el informe. ¿Por qué demonios tuvieron que meternos tanta prisa con ese caso?

—Ahora yo me pregunto lo siguiente: —intervino Grecu—, ¿en el caso del niño, nos serviría de algo saber la verdad sobre esto?

—Por ahora, creo que no —le contestó el inspector—, pero está bien tenerlo en cuenta. ¿Quién sabe dónde nos podría llevar...? Vamos a tomar esos cafés, que ya se han enfriado.

—Tengo una bolsa de cruasanes en el coche —recordó de repente, Grecu, dirigiéndose hacia la puerta—. Enseguida vuelvo.

—¿Fuma usted, señor inspector? —le preguntó Ivascu, sacando del bolsillo un paquete de cigarrillos mentolados y ofreciéndole a Ionescu.

—No, gracias, no he fumado nunca, ¡gracias a Dios!

—Pues, como ve, yo sí, fumo desde que era un mocoso —le confesó el agente—. Pero ahora, como los médicos me lo prohibieron, chupo de estos bastoncitos, como de unos caramelos mentolados, ¿qué voy a hacer? no lo puedo dejar del todo. Estas cosas le hacen a uno entender un poco mejor a los que llegan ser adictos a toda clase de porquerías que consumen.

En ese momento volvió Greco, dejó la bolsa de cruasanes en el escritorio y se sirvieron de ellos los tres, por turno. El agente principal fue a la cocina a por la cafetera, llenó de nuevo los vasos de plástico con el líquido negro y aromado y por unos minutos, no hablaron más que de cosas sin trascendencia alguna. Como si hubieran encontrado una manera de engañarse con la ilusión de la desconexión, o de la indiferencia por los problemas existenciales que atravesaba cada uno de ellos, a los que se añadían también los de la profesión.



El domingo a las cuatro de la tarde, Marcel Ionescu andaba de un lado a otro por su casa, como un león enjaulado. Unas emociones fuertes se habían apoderado de él y no era capaz de controlarlas, como un adolescente que iba a tener su primera cita con una chica. Faltaba una hora para ver a Livia y todavía no podía decidirse sobre la manera de vestirse. Oscilaba entre elegante y casual, con tendencia hacia la segunda opción. Al final optó por unos vaqueros Levi's, un polo de Lacoste azul celeste y una chaqueta negra, de cuero. Después, al mirarse en el espejo, casi no se reconoce a sí mismo.

No acostumbraba trabajar vestido de paisano y últimamente, apenas si lo hacía una o dos veces al mes, al salir algún domingo a pasear para despejar su mente, tratando de desconectarse de los problemas inherentes al trabajo, o cuando iba a visitar a sus padres.

La madre del inspector era una mujer superficial, de estilo ostentoso y maneras dudosas. Le gustaba presumir de su hijo que era inspector de Policía y quería que lo vieran los vecinos en traje de uniforme, cuando se presentaba a su puerta. Como si hubiera sido un programa preestablecido, que provocaba



el descontento de los dos hombres Ionescu, cada visita de Marcel a casa de sus padres empezaba invariablemente con una discusión en ese tema.

—¡Déjalo en paz, mujer, que estará harto de ir uniformado! —trataba de interceder el padre a favor del hijo, percibiendo el apuro del joven hacia la frivolidad de su madre—. Si fuera por ti, la señora Ungureanu del segundo piso, debería pedirle a su hijo que es piloto, que aparcara el avión delante del edificio, para vanagloriarse ella ante los vecinos.

—¿Y qué, crees que estaría mal? —respondía la mujer, altanera, mientras ellos se miraban el uno al otro con gestos de desesperación—. ¿Qué sabéis vosotros, los hombres? ¡Una madre siente la necesidad de serle reconocido el merito de haber criado un hijo, de haber hecho de él un hombre de verdad! ¡Que se enteren y que la admiren por eso!

—¡Mamá, por favor, nosotros reconocemos tus meritos y te admiramos! ¿Con esto no te basta? —decía el hijo, con timidez.

—¡No, yo con vosotros no llego a ninguna parte! —se exasperaba la mujer—. ¿Cómo podríais entender vosotros qué significa esto para una madre, si sois hombres?

—¡Basta ya, mujer, que tu hijo no te pide estar en casa vestida de enfermera, ni venir con la bata puesta del hospital hasta tu casa, para que te vean los vecinos que guapa estas vestida de blanco!

—¿Y qué, crees que no lo haría si él me lo pidiera? ¡Una madre hace cualquier cosa por su hijo!

—Entonces, hazme un café, por favor, mamá. Sabes que nadie me hace el café tan bueno como me lo haces tú —la elogiaba Marcel, para apaciguarla.

—¿Eh, ves? —le decía a su marido, levantando la cabeza, orgullosa, mientras iba hacia la cocina—. ¡La madre es sólo una!

—Gracias a Dios —murmullaba el hombre a su espalda—. Lo que faltaría, que sea más de una.



Se habían citado en el centro de la ciudad, impacientes y con la esperanza de reconocerse el uno al otro, teniendo en cuenta que no se habían visto más que el día que Marcel le compró el cuadro del paisaje. Sin embargo, se reconocieron de inmediato, desde la distancia, llegando casi al mismo tiempo

al lugar establecido. Tomaron café en una terraza y después pasearon más de dos horas por los senderos del parque urbano, con la entrada situada detrás del edificio del ayuntamiento.

Ionescu se quedó enseguida prendado de la inteligencia y la espontaneidad de la joven pintora, al igual que le encantaba cada detalle de su vestimenta y su manera de moverse, mientras le contaba anécdotas de sus años de universidad.

De risa fácil y graciosa, la chica se giraba hacia él gesticulando con las manos como bajo el impulso de una agitación interior, mientras él la escuchaba como hechizado. Livia se había recogido el cabello en dos trenzas a las que llevaba enroscadas encima de las orejas, lo que le confería un aire de dulzura inocente. Vestía un pantalón negro de pana, que le marcaba la cintura y las caderas y los zapatos al estilo Oxford, con plataforma de unos cinco centímetros de grosor, la hacían parecer más alta de lo que recordaba Ionescu, del día cuando la conoció en la galería de arte. Alrededor del cuello llevaba enroscada una bufanda de seda en color azul marino, que ondeaba bajo el viento primaveral, contrastando con la cazadora de piel de color mostaza.

Los ojos negros le brillaban de entusiasmo y su risa como el sonido de los cascabeles, caía como gotas frescas de rocío sobre el corazón del inspector de Policía. La escuchaba sonriendo, satisfecho por comprobar que compartían gustos y preferencias culturales, en dominios como la música y la literatura, añadiendo por supuesto, las artes plásticas. En su opinión, coincidir en eso era fundamental en una relación, aunque sí, habría aceptado discrepancias en lo que se refería a las preferencias culinarias o en cualquier otro campo de los que él consideraba menos importantes.

En un momento dado le cogió la mano a la chica en un gesto tan natural, casi sin darse cuenta, como si sus manos se hubieran encontrado por casualidad, como dos pájaros que rozan sus alas al volar. Recorrieron así unas decenas de metros, sincronizando sus pasos sin esfuerzo aparente. Atentos a las propias emociones y al pulso descontrolado, concientizando al mismo tiempo el contacto del otro, sin sospechar que cada uno de ellos representaba como una prolongación de las emociones del otro. La joven había callado y el hombre tampoco se atrevió a romper el silencio.

De forma inesperada, vieron saliendo como de la nada dos niños que corrían uno detrás del otro. Livia dio un paso a un lado para dejarlos pasar, pisó mal por culpa de los zapatos de plataforma y de repente se vio en los

brazos de Marcel Ionescu, que la sujetó evitándole la caída.

Por unos momentos la abrazó con fuerza, como a un tesoro al que no quería perder, luego se avergonzó del sentimiento de posesión que se había despertado en su corazón y la soltó de inmediato de sus brazos. Le preguntó si se había hecho daño y ella negó con la cabeza sonriéndole, pero sin apartarse de él, con la mirada fija en los ojos negros del policía, que eran como el reflejo de su propia mirada. Después, en un gesto dictado por la inercia de sus cuerpos jóvenes y abandonando cualquier resistencia al deseo, se besaron por primera vez, bajo las miradas de los dos niños que habían vuelto por el mismo camino, parándose esta vez a unos metros de distancia de donde estaban ellos.

Sorprendidos por sus risas, se separaron emocionados, guardando en los labios el dulce sabor del otro, como una promesa de paraíso terrenal. Empezaron a andar cogidos de la mano, bajo los cerezos cargados de flores, que dejaban caer sus pétalos blancos sobre ellos, como en una oda a la alegría.

## 11) La visita y los conejos del martirio

El martes por la noche, cuando la oscuridad ya había bajado como una cortina de agua plomiza sobre el pueblo escondido entre las montañas, un coche de color oscuro pasó por delante de la casa abandonada de los Strajeru, dirigiéndose hacia donde vivía Ion Mocanu. Paró en la calle y después alguien bajó y dio unos cuantos golpes con un palo en la puerta de madera de la valla. En el patio, el perro suelto ladraba, corriendo desesperado de un lado a otro.

Se abrió la puerta de la casa y el dueño salió como una sombra gigante, mirando con temor hacia la calle, tratando de entrever a través de la oscuridad de la noche, la cara del que venía a molestarle a esas horas. Pero por encima de la puerta no veía a nadie. Tanteando con una mano a su espalda, cogió un palo que estaba apoyado en la pared, luego le gritó al perro que se tranquilizara, pegándole unos cuantos golpes con el palo, hasta que el animal desapareció aullando, detrás de la casa.

Mientras se acercaba a la puerta que daba a la calle, escuchó de repente unos susurros que provenían del otro lado y el terror se apoderó de él erizándole la piel. Pensó en el espectro de pelo rubio, que aparecía cada noche delante de la cocina de verano y se quedó paralizado. Tuvo la intención de volver sobre sus pasos, para entrar en casa y abrigarse bajo la luz pálida de la lámpara de aceite que ardía delante del ícono de La Virgen. Pero los pies no le escucharon, como si no fueran suyos, quedándose clavados en el suelo. Pesaban como el plomo y una mano invisible tiraba de ellos hacia abajo disolviéndolos, mezclándolos con la tierra misma que los sostenía.

De repente, se escuchó un fuerte ruido en la calle, como si hubiera caído de golpe un objeto pesado sobre el asfalto. Bajo el impacto del terror que le sacudía el cuerpo, Ion soltó un gruñido gutural, como el grito partido de un ahorcado al que la soga le aprieta de repente el cuello. Del otro lado de la puerta, alguien le llamó por su nombre.

Petrificado de miedo, sintió los latidos de su corazón martilleándole el pecho, se le cortó el aliento y entonces pensó que le había llegado la hora del juicio. Esa tenía que ser la voz engañosa del ángel de la muerte, que había

venido a pedirle cuentas.

Uno por uno, los recuerdos rechazados en el subconsciente empezaron a desfilar por su mente, repitiéndose con la insistencia del repique de una campana, reverberando en su cabeza con una crueldad enloquecedora.

—¡Ion, abre, soy yo! —se escuchó de nuevo la voz del otro lado de la puerta y entonces, en su retina se formó un amalgama de imágenes del pasado, precipitadas y borrosas por el paso del tiempo, pero crueles como los reproches de unas barbaridades olvidadas. Aún podía reconocer esa voz, la había escuchado antes, en el pasado lejano.

La recordaba suplicando, luego la oía gritando, escupiéndole en la cara maldiciones terribles, cargadas de desprecio, que surgían de una furia ciega, de la desesperación y de la impotencia.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó con apenas un hilo de voz gutural, que pareció salir de la profundidad de una tumba, mientras se acercaba a la puerta, con pasos vacilantes, temblando de los pies a la cabeza.

Se animó y tiró del pestillo. Entonces, un brazo empujó la puerta hacia el interior, y en la semioscuridad que le rodeaba, le chocó de repente el brillo de unos ojos que se clavaron en los suyos como dos flechas, penetrando hasta en lo más hondo de su conciencia ignorada.

— ¿Qué quieres de mí? —repitió como un autómata, en un gemido corto y ahogado, dando un paso atrás.

— ¡La verdad! Por eso he venido hasta aquí —le contestó la voz, con una tranquilidad aterradora y sin desprender de su cara, la mirada cortante como el acero.

— ¿Qué verdad? ¿Qué... qué quieres decir? —tartamudeó con miedo, notando como se le escapaba la tierra de debajo de los pies.

— ¡Toda la verdad, Ion! Los periódicos apenas dicen algo y lo poco que dicen, no son más que suposiciones. Por lo tanto, no me voy a mover de aquí hasta que no me lo cuentes todo. Y por tu bien, espero que no me mientas, no te conviene, créeme. Después, harás lo que te diré, y no dirás más de lo que yo te permitiré decir. Ni más ni menos.

Ion Mocanu suspiró de lo más hondo de su ser, su cuerpo se dobló aun más hacia el lado del hombro caído y entonces le pareció que un peso inmenso lo aplastaba, cayendo sobre él de todas partes, rompiéndolo en pedazos, como rompe la piedra del molino el grano al que atrapa bajo su peso.

Se apoyó en la valla de madera, deseando que se abriera la tierra para

tragarlo. Supo que ya no tenía escapatoria y se maldijo a sí mismo, por no haber pensado en eso. La única posibilidad capaz de derribarlo de un sólo golpe y él ni siquiera la tuvo en cuenta.

Por lo tanto, odiándose por su estupidez, se vio obligado a contar todo, con detalles. Su voz se volvió insegura y bajo el nerviosismo que le dominaba, se le notaba todavía más ese arrastre en los eses, deslizándose por sus frases como el siseo de una serpiente.

No había manera de escaquearse. Cada vez que trataba de quitar importancia a algún episodio, la persona que estaba delante de él le advertía, obligándole a mantenerse en la línea de la verdad, aunque no le hubiera gustado contar los hechos que contaba.

Estuvo con la espalda apoyada en la valla de madera, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, casi una hora. Lo reveló todo como en una confesión, mientras que la persona que le escuchaba, murmuraba de vez en cuando como para sí misma, con una voz ronca, marcada de desprecio y estupor:

—¡Maldito animal, maldito animal!

Después, con el mismo tono de voz le lanzó unas preguntas cortas sobre los acontecimientos de los últimos días, luego le dio instrucciones sobre lo que tenía que contestar, cuando fuera interrogado.

No le saludó de despedida. Cerró la puerta de un tirón, se alejó unos cuantos pasos y por los ruidos que escuchó después, entonces se dio cuenta Ion, de que eso que tanto le había asustado, había sido la puerta de un coche cerrándose de golpe.

Le costó moverse para entrar en casa, cuando el ruido del motor se perdió en la distancia y sólo entonces fue capaz de entender, que era hombre muerto. Él mismo acababa de firmarse la propia sentencia.



Al día siguiente por la mañana, Ionescu llegó temprano a Maruntei, llevando en el bolsillo la orden de detención de Ion Mocanu. Junto a Grecu, se presentó en la vivienda del sospechoso, le leyó la orden y se lo llevaron. Por la sorpresa de los policías, no se resistió ni siquiera cuando el agente le puso las esposas y tampoco hizo ningún comentario insolente, como había

hecho anteriormente.

Mostraba una impasibilidad inquietante, a la que llegó después de una noche en vela, en la que no hizo más que dar vueltas a las posibilidades que tenía, esperando el momento cuando iban a venir a detenerlo. Un fuerte presentimiento le decía que eso iba a producirse pronto y la imposibilidad de eludir todo aquello, le volvía loco.

Poco a poco, la resignación se apoderó de él, anulándole con crueldad toda esa arrogancia desmesurada que le había hecho sentirse prepotente, desde que tenía uso de razón. No le convenía desobedecer las órdenes recibidas. Cuando entendió eso, como también el hecho de que ya no era él quién mandaba, que su tiempo había pasado y ya no era capaz de infundir miedo a nadie, se abandonó en las manos del destino.

Lo interrogaron en la sede de Maruntei, con el acuerdo verbal del comisario Georgescu, que permitió el procedimiento como una concesión acordada al agente Grecu, por su extraordinaria perspicacia, mostrada desde el comienzo de la investigación del caso.

De nuevo por la sorpresa de los policías, Ion Mocanu reconoció de inmediato que era el padre del niño cuyo cadáver fue encontrado en «La Gruta del Oso», al que había dejado morir de hambre no de forma intencionada, sino porque le daba miedo acercarse a él. Declaró que mientras vivía su mujer, fue ella quién se ocupaba del niño, él prefiriendo ignorar su existencia.

Ni siquiera le recogieron pruebas de sangre en vista de repetir el test de paternidad, cuyo resultado todavía no conocían. Además, Mocanu reconoció haber transportado el cadáver envuelto en un trozo grande de plástico, que había escondido después bajo el colchón de la cama, en la habitación grande de su casa. No lo había tirado al fuego, pensando que lo podría utilizar para recoger las ciruelas, de las que iba a hacer luego aguardiente.

Encontraron diversas pruebas pegadas a la superficie del plástico, entre las cuales, cabellos que pertenecían al chico, restos de excrementos y hasta una uña que se le rompió probablemente en el trayecto hacia la gruta. Y tal como había intuido Andrei Grecu desde el principio, la intención de Mocanu fue de arrojarlo al barranco, pero algo le asustó, determinando un cambio de planes.

Les contó que era de madrugada, todavía reinaba la oscuridad y en el camino de la gruta hacia el barranco, vio como se le acercaba de frente algo que le heló la sangre en las venas. Era un cuerpo casi transparente, luminoso,

un fantasma blanco que se movía sin tocar la tierra, como flotando. La cabeza se le veía como una esfera amarillenta, luminosa, con los ojos como dos manchas negras de las que caía algo oscuro como la sangre, resbalando por el vestido blanquecino.

Él sospechaba que era ese espectro al que la gente decía ver de noche en el monte, tal vez su hija muerta, tal vez otro fantasma. Recordaba el miedo que le hizo retroceder hasta la gruta, para abandonar el cadáver del niño allí. Después bajó de prisa hacia su casa, con temor a no ser descubierto por alguien, porque empezaba ya a entreverse la luz del alba.

—¿Qué había en esas paredes de la cuadra, que las frotó con cepillo de alambre hasta llegar al yeso? —le preguntó Ionescu.

—Estaba todo lleno de dibujos, señor —contestó apretando la mandíbula con furia—. La maldita creatura no hacía más que dibujar. Cuando vivía mi mujer, lo tenía allí con ella, en esa cocina de verano. Yo no me acercaba nunca a ver lo que hacía él allí, pero después de su muerte, encontré varios cuadernos llenos de dibujos bajo la cama y los tiré al fuego.

—¿Por qué lo llevaste al establo? ¿Por qué no le permitiste seguir en ese cuarto de verano? —le preguntó Andrei Grecu, sin intentar siquiera ocultar su indignación.

—Lo encerré allí cuando murió la mujer, para que no lo viera nadie. Más que nada, me hubiera avergonzado que se enterara la gente que yo tenía semejante creatura como hijo. Lo llevé envuelto en una manta mientras dormía, porque despierto no me habría acercado a él. Cuando me veía, sacaba un gruñido que yo no soportaba, algo así como un perro a punto de atacar y eso me sacaba de quicio. Después lo dejé allí en la cuadra, ya no lo llevé de vuelta. El pope decía...

—¿Qué? —preguntaron sorprendidos los policías, al mismo tiempo, levantándose de repente de las sillas—. ¿Qué decía el sacerdote, señor Mocanu? ¿Quiere decir que él conocía la existencia del niño? ¿Lo había visto alguna vez? —le bombardeó Grecu con las preguntas, volviendo a sentarse delante del detenido.

—No estoy seguro del todo, si lo vio o no. Tal vez la creatura hubiera mirado alguna vez por la ventana, cuando el párroco venía a bendecir la casa, antes de las fiestas grandes de Navidad o de Pascua. Luego, cuando murió la mujer yo le hablé del monstruo ese, porque no sabía qué hacer con él. Y eso sí, me aconsejó dejarlo donde estaba, que no tenía por qué meterlo en casa.

—¿Ha dicho el sacerdote esas palabras, señor Mocanu? —se extrañó el



inspector—. ¿Dijo él que el niño no tenía que estar en casa? Piénselo bien señor, esta es una acusación muy grave.

—Pues, no me acuerdo si lo dijo exactamente así o de otro modo, pero de todas formas, sé que me dio a entender que no veía nada malo en dejarlo allí, si el niño tenía el aspecto tal como se lo describí yo. Y entonces, si él como párroco pensaba que estaba bien dejarlo en la cuadra, ¿por qué carajo iba a hacer yo las cosas de otro modo?

—¡Joder, el hipócrita malnacido! —se le escapó a Grecu, al mismo tiempo que golpeaba furioso con el puño en la mesa.

El inspector le dirigió una mirada cómplice, indicándole discretamente con un gesto de cabeza hacia el casete que registraba el interrogatorio. El agente se levantó de nuevo de la silla y empezó a moverse nervioso por la sala, apretando los puños, como si hubiera tenido ganas de pegar a alguien.

—Lo que no entiendo yo, es otra cosa: ¿por qué se quedaba el chico encerrado allí? ¿Por qué no intentaba salir del establo? —le preguntó el inspector, desconcertado—. ¿Por qué no pasaba al otro lado de la cuadra? ¿O es que ha limpiado usted también esa parte, eliminando así cualquier huella?

Mocanu se rascó en la nuca, después bajó la mirada al suelo y por unos segundos no hizo más que mirar los dibujos del linóleo que cubría el suelo, a sus pies. Los dos policías empezaban ya a perder la paciencia, cuando él levantó de repente la mirada fijándola en la pared que tenía delante, como si hubiera visto allí alguna cosa interesante. Luego en su cara apareció una sonrisa burlona, diabólica, y contestó bruscamente, girándose de cara al inspector:

—¡Por culpa de los conejos, señor inspector, jijiji! —se rio con una risa idiota que fue como un insulto para los oídos de los policías—. Le daban miedo, tal como le temía yo a él, o puede que más. Pues tuve suerte con eso, ¡ya lo creo! Cuando se despertó y se vio allí en la cuadra, empezó a temblar de terror y se retiró en una esquina, mirando a los conejos como si hubiera visto al diablo, ¡jijiji! Entonces pensé en poner las jaulas en el centro, entre él y la puerta de la cuadra y eso mismo hice. ¡De allí ya no tuvo escapatoria! —dijo con orgullo, como si hubiera descrito alguna batalla cruel, asumiéndose el merito de una victoria obtenida con esfuerzo, sobre un adversario fuerte y peligroso.

Los dos policías le dirigieron unas miradas cargadas de repulsión, como a un reptil asqueroso que había aparecido de repente delante de ellos. Uno de esos con los que es difícil controlar el impulso de pisarlos.

—¿Sabía el sacerdote que no le dabas de comer al chico? —preguntó Grecu, con la voz marcada de desprecio, después de unos instantes de silencio.

—No, eso no se lo dije. De hecho yo ni siquiera tenía planeado dejarlo sin comer, sólo que lo posponía de un día para el otro. Entraba en la cuadra, nada más que para dar de comer a los conejos y ni siquiera le miraba. Le oía emitiendo unos quejidos allí detrás de las jaulas, en la esquina, como un cachorro recién destetado de la perra. Luego, después de un tiempo ya no se escuchó nada y me di cuenta que empezaba a oler raro, no como olía siempre en la cuadra, era otro olor. Entonces lo saqué de allí.

Los pasos del agente que se movía nervioso, producían el único ruido que rompía el silencio que se había adueñado de repente de la sala, llenando el espacio como una presencia viva, opresiva y desesperante. El inspector movió de repente su silla hacia atrás de manera brusca y con ruido estridente. Se puso en pie y parpadeó con furia unas cuantas veces, sintiendo como le quemaban las lágrimas que empujaban por salir y dándole la espalda a ese ser repugnante que estaba delante de ellos, desafiándoles con una crueldad como no habían conocido nunca antes.

Eso era demasiado, un ejemplo real de barbarie que superaba lo que uno podía imaginarse. Nada les había preparado para afrontar semejante atrocidad. El impacto emocional, ¡el maldito impacto emocional! era algo hipotético hasta que se topaban con casos como ese, o como había sido el de Cristina.

—¿Por qué no está registrado en ninguna parte el nacimiento del chico, señor Mocanu? —le dirigió una última pregunta el inspector, cuando consiguió dominar sus emociones, que se le habían acumulado como un peso que le oprimía el pecho.

—Mi mujer parió en casa, señor inspector, con siete meses, por lo que decía. Era el mismo año cuando se suicidó la chica, y ella no hacía más que andar de aquí para allá como una chiflada sin hacer nada. Pues, las cosas se tienen que hacer a su tiempo, no cuando le da la gana a una. Y yo la había sacudido un poco y luego, así sin más le ha llegado la hora.

—“¡¿La habías sacudido un poco?!” —repitió estupefacto, Andrei Grecu, mirándolo con recelo—. ¡La mujer embarazada de siete meses y usted “la sacudió un poco”, tanto como para provocar el parto prematuro del niño! ¿Usted tiene madre, o tuvo alguna vez, señor Mocanu? ¿Nació de mujer, o apareció así sin más en la Tierra, como aparece la cicuta, sin haberla

sembrado nadie?

—¡Pues no sé por qué le parece tan raro eso, señor! ¡El hombre le da de vez en cuando una buena zorra a la mujer, esto se hace desde que se hizo el mundo! ¡No soy yo el primero, ni tampoco seré el último que supo darle su merecido a su mujer!

—No, seguro que no, desgraciadamente —constató con tristeza, Grecu, dirigiendo una mirada de frustración hacia el inspector, que estaba boquiabierto por el estupor, negando con la cabeza—. En esto no se equivoca, no es ni el primero, ni el último. Pero tengo que decirle que no he visto a nadie hasta ahora, que sea tan orgulloso de eso, como es usted.

## 12) La sonrisa boba y el cromosoma Y

Lo llevaron a Suceava el mismo día, en detención preventiva.

En todas las cadenas de televisión del país, la detención del que había provocado la muerte por inanición del niño con aspecto de monstruo, fue la noticia del día. En un telediario de la tarde, de la televisión nacional, emitieron una entrevista que un famoso periodista del momento le había tomado al inspector Marcel Ionescu. Este aparecía triste, decepcionado, profundamente marcado por los detalles extraordinarios del caso que acababa de resolver.

No sentía esa satisfacción del trabajo bien hecho, de una misión cumplida, tal como hubiera sido normal que sintiera. Se había apoderado de él una desilusión abrumadora, un dolor aplastante por ese niño tan especial, como si hasta ese momento no hubiese tenido tiempo suficiente para pensar en su muerte, en la terrible agonía que tuvo que sufrir. Echaba la culpa por su drama a todo el mundo, incluso a sí mismo.

¿Cómo pudo ocurrir algo así? ¿Por qué había permitido Dios que muriera un ser inocente de esa forma? ¿Por qué persistían aún esos principios bárbaros, esas ideas tan equivocadas sobre la vida, de la que tanto presumía Mocanu? ¿Dónde nos situaba esto en el mundo? ¿Por qué era tan difícil para algunos salir de las cuevas del prehistórico y adaptarse a una vida normal, en un mundo civilizado, en pleno siglo veinte? —había lanzado Ionescu una tras otra, las preguntas retóricas que no le daban tregua.

Más tarde, al llegar a casa, anduvo de un lado a otro sin hacer nada, ni siquiera le apeteció comer o dormir para aplacar los nervios y las emociones. En torno a las ocho le llamó Livia, pidiéndole permiso para venir a su casa. Lo había visto en las noticias y quería estar a su lado porque entendía su desilusión.

Marcel intentó rechazar su oferta, motivando que no habría sido buena compañía para nadie en esos momentos, pero al final cedió a la insistencia de la chica. En un momento de sinceridad consigo mismo, reconoció que él también la quería a su lado, para compartir con ella sus sentimientos.

Le dio la dirección y en menos de un cuarto de hora Livia llamaba a su

puerta, cuando él todavía andaba recogiendo de prisa las cosas que estaban tiradas por donde no tenían que estar. Pulverizó rápido un poco de ambientador con olor a pino y después se apresuró a abrirle la puerta.

Se miraron en silencio unos instantes, luego estiraron los brazos el uno hacia el otro, abrazándose con desesperación, como si cada uno de ellos acababa de comprender la necesidad del otro para respirar. Escucharon una puerta que se abrió y se separaron de inmediato, avergonzándose cuando el vecino de al lado les dijo “¡Buenas noches!”. Sonrojados, contestaron los dos a la vez, luego Marcel cerró la puerta de su apartamento y en el próximo instante, Livia le abrazó de nuevo. Se besaron apasionadamente, sin prisa, luego la chica se desprendió de sus brazos, le acarició la cara con sus manos pequeñas y le pidió que le contara todo lo que le estaba permitido contar, sobre el caso que él consideraba resuelto.

Cogiéndola de la mano, le enseñó primero su vivienda, dándole un beso fugaz en la mejilla cuando llegaron delante del cuadro pintado de ella, que dominaba por el esplendor del paisaje sobre todos los demás objetos del salón. Cuando ya no le quedaba por enseñarle más que la dispensa, Livia le preguntó si había cenado y a su respuesta negativa, le tiró de la mano hacia la cocina.

—Algo debes tener por ahí. Yo cocinaré, porque tampoco he cenado y tengo hambre. Mientras tanto, señor inspector, ya puede usted empezar a contarme —bromeó la chica—. Y que sepas que soy buena cocinera —le aseguró sonriendo, mientras él buscaba entender ¿qué había hecho bueno en su vida, para merecerse esos momentos que ella le regalaba con tanta generosidad? La siguió obediente, con una sonrisa que por un instante pensó que a la chica debía parecerle boba, pero no le importó eso. Sentía que su estado de nerviosismo había desaparecido como por milagro, a la vez con la frustración y el enfado con el mundo entero, sustituidas por una sorprendente alegría. Era como si le hubiera entrado de repente la luz en casa, o como si hubiera descubierto una cura milagrosa para todos sus males.

¿Es posible haberme enamorado de tal modo de la pequeña pintora, que sólo con su presencia me ilumine la casa y me haga feliz? —se preguntó, con la misma sonrisa dibujada en la cara. Luego, por unos segundos que pasaron como un parpadeo, la otra imagen, la del pasado, atravesó su retina, desapareciendo al instante, como un rayo que atraviesa el aire perdiéndose en la nada.

En la nevera no tenía casi nada. Livia sacó un tupper de plástico en el que

vio que era carne picada y después de revolver en los cajones de verdura de la nevera y en los armarios, decidió que tenía bastantes ingredientes para preparar una cena rápida para dos. Marcel le ofreció un delantal de cocina, después se sentó en una silla, mirándole los movimientos, fascinado por la facilidad con la que ella manejaba los utensilios de cocina, pensando que de la misma manera debía de manejar los pinceles con los que pintaba.

—Te escucho, Marcel —dijo la chica, girando la cabeza para mirarle, con una sonrisa que se coló directamente en su alma, pegándose allí cual sello de pertenencia. Como una tormenta de verano llegada de repente, desató en él un vaivén de emociones de cuya existencia había olvidado.

Empezó a contarle sólo cuando consiguió dominar lo que sentía, cuando estuvo seguro que la voz no le traicionaría. Le habló de su vida y también sobre lo que pasó con Cristina y del calvario en el que se había convertido su vida, después de la muerte tan violenta de la mujer. Del sentimiento de culpa al que se había negado adaptarse, pero que aún así, le había pesado en los hombros con obstinación aplastante, tres años seguidos.

Le habló también de sus padres, confesándole con pesar, lo mucho que le hubiera gustado no ser hijo único, tener al menos un hermano.

Livia apenas si se atrevió interrumpirle de vez en cuando con alguna pregunta, prestando atención a lo que él contaba y a lo que preparaban sus manos expertas. En un momento dado, Marcel se dio cuenta que ella había empezado a servirle la cena y tuvo ganas de reír por la alegría que sentía, al mirarla como le llenaba el plato hasta arriba con espaguetis con carne picada y salsa de tomate. Como si hubiera sabido de siempre que ese era uno de sus platos favoritos. Se levantó de la mesa, recordando que tenía unas botellas de vino en el mini bar del salón y volvió con una de vino blanco, a la que colocó en el fregadero, bajo en grifo de agua fría.

Los ojos negros de la artista le seguían con su brillo misterioso, como un fuego que ardía en busca de de su propio reflejo, que veía en la mirada oscura del hombre. Una atracción vibrante, casi tangible, flotaba entre ellos, en el aire denso que les separaba.

Mientras cenaron, la conversación fluyó lentamente, entre bocados y risas que les iluminaban las caras, o roces electrizantes entre sus manos que se buscaban, encontrándose como por casualidad encima de la mesa.

No hicieron el amor aquella noche. Como en un acuerdo tácito, a pesar del deseo que les encendía la sangre con cada contacto visual entre ellos, decidieron esperar para conocerse mejor. Pero en sus corazones, tenían la

impresión que se conocían desde siempre, y sólo por alguna equivocación inexplicable del destino, habían vivido hasta entonces lejos el uno del otro.



Después de una semana de redactar informes y de presentaciones en el juzgado, cuando todavía no había empezado el juicio de Mocanu, recibió una llamada del laboratorio forense.

—¡Hola, buenos días! ¿El inspector Marcel Ionescu? —preguntó una voz de mujer al otro lado de la línea.

—¡Sí, soy yo! —contestó corto.

—Le llamo del laboratorio, soy la doctora Mihaela Pascanu. Acaba de llegar un resultado que, según el forense Moraru, es para usted. ¿Quiere que se lo envíe a su oficina, o prefiere venir aquí? Digo, para poder explicarle qué dice exactamente, si acaso no entendería usted los términos específicos del informe.

—¡Vengo yo ahora, doctora, gracias!

En menos de un cuarto de hora, llegó al laboratorio. En el trayecto, mientras conducía, pensó por un momento en llamar a Grecu, pero renunció a la idea, decidiendo esperar a saber qué decía el informe. Sospechaba que tenía que ser el resultado de la prueba de paternidad y el del test del ADN de Mocanu.

La doctora Mihaela Pascanu era una mujer delgadita, de poco más de treinta años, pero con apariencia de adolescente, dotada con un rostro atractivo e interesante. Ionescu la había visto antes algunas veces y siempre le había pasado la misma idea por la cabeza: el cabello negro y largo de la doctora, al que esa mañana llevaba recogido en una trenza pesada que le caía sobre un hombro, era responsable del aspecto delicado de la mujer, alimentándose de su cuerpo, como una entidad aparte, insaciable, devoradora.

El rostro pequeño de la doctora se iluminaba como por milagro cuando sonreía, con unos labios carnosos, sensuales, que dejaban a la vista dos filas de dientes pequeños e irregulares, que aumentaban todavía más su aspecto juvenil.

El inspector la había visto también fuera del trabajo, por la ciudad, y le había contemplado la elegancia de la vestimenta elegida con buen gusto y la

manera de mover su cuerpo al andar, como una mariposa a punto de volar. De hecho, creía recordar que algunos la llamaban “Mariposa”, un apodo puesto por el forense Moraru, inspirado en un personaje femenino de una serie televisiva española. De oídos, sabía que no estaba casada, pero hace años que tenía una relación estable con un ingeniero de Constantza, que se había mudado con el trabajo a Suceava, por ella.

Le abrió la puerta para entrar y le invitó a sentarse. Educado, esperó hasta que la doctora tomó asiento en la silla de detrás del escritorio, después se sentó delante de ella, impaciente y con la mirada fija en el sobre cerrado que esperaba entre ellos, quieto y misterioso. Vio el sello del Instituto de Medicina Legal Mina Minovici de Bucarest, puesto a la vista. Conociendo la importancia de la información que él esperaba, la doctora abrió de inmediato el sobre, extrajo el documento informativo que contenía y empezó a leer en voz alta.

—Doctora, por favor, ¿podría pasar de los detalles de introducción? Le agradecería si me leería sólo la parte del resultado —le pidió, preocupado por lo que podía contener ese documento.

—“Después de realizar los dos perfiles genéticos, obtenidos a través de la extracción del ADN y el análisis de los marcadores de cada perfil aparte —leyó despacio, para serle más fácil al policía, entender los términos específicos de la genética—, se ha efectuado la comparación entre ellos, en vista de establecer la paternidad. Por consiguiente, conforme al índice de paternidad calculado según las formulas estándar a un nivel de 98,88 por ciento, la paternidad entre los dos sujetos queda excluida. Se recomienda repetir la prueba con la presencia de la madre, para obtener un resultado más concluyente”.

Al terminar la última frase del informe, la doctora levantó su mirada del papel para ver la reacción del inspector, al que se le había alargado la cara y miraba a la mujer, con la boca abierta.

—¿Qué? ¡No puede ser cierto lo que dice! —expresó su sorpresa, negando con la cabeza.

—¡Espere un poco, todavía no he terminado de leer el informe completo! Aquí hay un folio más —replicó la doctora. Luego empezó de nuevo a leer:

—“Según el estudio basado en el análisis del cromosoma Y, se constata su transmisión integral del sujeto adulto al sujeto descendiente, lo que confirma el parentesco biológico entre ellos. El nivel de coincidencia señalado entre los dos genotipos, se establece a un nivel de 48,88 por ciento.



Se señalan mutaciones genéticas en el ADN del sujeto niño. Se recomienda repetir la prueba con la presencia de la madre.”

El inspector no sabía qué entender de todo aquello. Estiró la mano hacia los papeles que sostenía la doctora y leyó el mismo otra vez, ese informe que le parecía de lo más ambiguo.

—Entonces, esto quiere decir que Mocanu nos ha tomado el pelo — consiguió decir, sorprendido.

—Sin embargo, es curioso. Para la inclusión de paternidad, la probabilidad debería llegar a un 99,99 por ciento —dijo la doctora—. Como ve, la diferencia es muy pequeña y es posible que sea debida a las mutaciones genéticas señaladas en el ADN del niño.

—Por lo tanto, se recomienda repetir la prueba con la presencia de la madre —concluyó más para sí mismo el inspector—. Esto nos va a retrasar mucho, pero al menos, espero que nos diera un resultado seguro. ¡Gracias, doctora Pascanu!

Como por inercia, después de salir del laboratorio, se dirigió directamente hacia el otro extremo del edificio, donde le esperaba el forense Moraru, dominado de un desagradable presentimiento al que no conseguía quitarse de encima, desde que se había enterado de la detención de Mocanu. Después de la llamada de la doctora Pascanu, que le había avisado sobre el informe recibido del Instituto Mina Minovici, esperaba nervioso la llegada del inspector, de un momento a otro.

Le arrancó de inmediato los folios de la mano y empezó a leerlos, pasando directamente al resultado de la prueba y sin prestar demasiada atención a su amigo, que esperaba, confundido. Al concluir la lectura del documento, el forense levantó la mirada y el inspector consiguió por fin abrir la boca:

—Como ves, no tenemos nada. Mocanu nos mintió, manipulándonos como a marionetas. ¿Pero, y si era su nieto? —dijo de repente, como si tuviera una revelación—. ¡Espera un poco, quiero hacer una llamada a Maruntei, necesito una confirmación! ¿Puedo llamar de aquí?

El médico forense le confirmó con un gesto, Ionescu sacó una agenda del bolsillo interior del uniforme y buscó en ella el número al que quería llamar.

Le contestó el agente Ivascu y el inspector no le dio tiempo ni siquiera a saludarle:

—¡Señor Ivascu, ¿cuántos años decía usted que han pasado desde el suicidio de la hija de Mocanu?! ¡Mire un poco en el expediente para ver en

qué año murió la chica!

—¡Sí, señor inspector, ahora lo busco! Pero estoy seguro que era 1976, o sea hace quince años —le contestó el agente, buscando apresuradamente en un cajón del escritorio y sacando de allí el expediente—. Tal como le decía, señor: agosto de 1976.

—Por lo tanto, quince años —repitió Ionescu, más para sí mismo—. ¿Está el agente Grecu en la sede, señor Ivascu?

—Ahora mismo no, señor inspector. Decía que iba a hablar algo con el párroco, tenía que aclarar un asunto con él. ¿Le transmito algo, señor?

—¡Sí, que se suba al coche y que venga de inmediato a Suceava! Mocanu nos mintió y tenemos que hacerle algunas preguntas. ¡Un saludo, señor Ivascu! —cortó rápido, dejándole intrigado al agente, con el teléfono en la mano y el pulso acelerado por la sorpresa y la curiosidad, que siempre le producían el efecto de una inyección de adrenalina.

Marcel Ionescu dejó el teléfono en la horquilla, después levantó la mirada hacia el forense Moraru que seguía sosteniendo los papeles del informe en la mano, con la mirada fija en uno de ellos, ensimismado y sin parpadear siquiera.

—¡Quince años, doctor! ¿Por qué no hemos relacionado esto hasta ahora, con la edad del chico? ¿Cómo se nos escapó una cosa así? Tal vez la chica dio a luz y luego se suicidó por vergüenza, al ver qué tipo de creatura ha traído al mundo. Así creo yo que ocurrieron las cosas.

—¡Párate un poco, inspector y deja de hacer suposiciones! —le cortó el entusiasmo, el forense, levantando la mirada del informe—. ¿La doctora Pascanu te explicó bien lo que dice este resultado?

—Claro, entendí que se excluye la paternidad, pero existe parentesco biológico entre ellos a un nivel bastante alto.

—¡Esto es cierto, pero es sólo una parte del resultado! ¡Se te ha metido esa idea en la cabeza y no has captado el resto de la información! —le reprochó el médico.

—¿Qué quieres decir con esto? ¡Dispara de una vez!

—¡Quiero decir exactamente lo que dice aquí, en este informe! —le contestó, golpeando con el dedo índice de la mano derecha, el papel que sostenía en la otra mano, empezando después a leer:

—“Según el estudio basado en el análisis del cromosoma Y, se constata su transmisión integral del sujeto adulto al sujeto descendiente, lo que confirma el parentesco biológico entre ellos.” ¿Ahora entiendes qué quiero

decir? ¿Se te ha encendido la luz, o todavía no? ¡La transmisión del cromosoma Y se hace exclusivamente en línea masculina, de padre a hijo y de hijo a nieto, o sea de varón a varón! —le explicó el forense, sorprendido por constatar que al inspector se le había escapado un detalle tan importante—. ¡El cromosoma Y, eh! —repitió golpeándole con los papeles del informe en la cabeza, en un gesto que sólo por amistad se podía permitirse.

Ionescu se quedó como bloqueado, mirando confundido al médico, mientras su cabeza se esforzaba en encontrar una explicación lógica a toda esa información, que en vez de aclararle las cosas, lo dejaron aún más desconcertado. Cuando su mente consiguió ordenar las ideas y encontrarles cierto sentido, le preguntó a Moraru:

—Entonces, si aparece ese maldito cromosoma Y que se transmite de padre a hijo, ¿tú crees que Mocanu engendró al niño de su hija? Claro, esto explicaría las malformaciones. El resultado de una relación incestuosa entre padre e hija.

—¡Ve más despacio, hombre! ¡Te estás precipitando en sacar conclusiones, pero sigues dando vueltas ciegamente sin entender nada! —le reprochó el médico—. Trata de combinar esta parte de la información, con la otra, la que menciona el porcentaje de coincidencia genética entre los dos perfiles. Si fuese el hijo de Mocanu y de su propia hija, tendría de golpe 50 por ciento de herencia genética de él, como hijo, más el 25 por ciento que le vendría a través de la madre. O sea, la coincidencia entre ellos debería llegar a 75 por ciento, lo que no es el caso. Por lo que dice el informe, hay sólo un 48,88 por ciento.

—Esto significa que... ¡ah, ahora lo veo! —dijo el inspector, afirmando con la cabeza y relajando poco a poco las líneas de su cara.

—¡Exacto! —se le adelantó Moraru con el veredicto—. ¡Como el resultado dice que no es su padre, Mocanu es el abuelo del chico, pero por parte del padre, por el cromosoma Y! Claro, existe la posibilidad de ser su abuelo también por parte de la madre, según el alto nivel de coincidencia genética entre ellos. Pero por ahora, lo único cierto que tenemos es eso del cromosoma.

—Es verdad, tienes razón. Comparando la edad del niño con el año en el que murió la chica, sacamos la conclusión de que era su hijo. Ahora nos queda encontrar al padre, quiero decir, al verdadero padre. Tengo que hablar con Mocanu —dijo de repente, llevándose los papeles del informe y dirigiéndose hacia la salida. Con la mano en la manilla de la puerta, se giró

hacia el médico para decirle:

—¡Llama tú al laboratorio, por favor! Que le recojan una muestra de sangre a Mocanu para mandarla a Bucarest, junto con los cabellos de su mujer. Todos, no sólo los que encontramos en su casa, sino también los que sacaste de la ropa del chico. Primero necesitamos tener la certeza de que pertenecen a la misma mujer, luego el ADN nos aclararía si se trata de la madre o de la abuela, ¿no es así?

—¡Claro que sí! —le contestó el forense—. La molécula de ADN mitocondrial se hereda en totalidad de madre a hijos, pero el porcentaje de coincidencia genética, marcaría la diferencia. Prácticamente, sería la misma cosa como en el caso de Mocanu, con la diferencia que, probablemente él sería abuelo de parte de los dos padres del niño, lo que no creo que sea también el caso de su mujer. Eso sería el colmo.



Ion Mocanu aparentaba un cansancio mayúsculo, como si no hubiera pegado ojo desde que estaba en detención preventiva. Apenas si levantó la mirada, por miedo a no traicionarse ante los policías, su extenuante lucha interior. Una inquietud terrible le recorría por dentro consumiéndole, sin soltarle ni un momento de sus garras. Deseaba ser juzgado y condenado lo más pronto posible y acabar de una vez con todo aquello. Le preocupaba y temía por cualquier información imprevista, que hubiera retrasado el juicio o hubiera cambiado el curso de las cosas, invalidando lo previamente decidido. En su orgullo estúpido y bastante magullado, lo que más temía era llegar a ser objeto de burla para la gente de su aldea y pasar más vergüenza de lo que ya pasaba, ahora que todos sabían que él era el padre de esa criatura deforme. Trataba de intuir qué cosas podrían ellos descubrir, de las de su pasado, más de lo que él mismo había confesado. No le gustaba la incertidumbre que le envolvía el cerebro como en una neblina, y le alarmaban las miradas inquisitivas de los dos policías que estaban delante de él.

—Señor Mocanu, ¿por qué nos mintió usted declarando que es el padre del chico? —empezó a interrogarle el inspector, de forma directa y sin introducción. Habían decidido entre ellos, Grecu y él, empezar en fuerza para observar las reacciones de Mocanu ante las preguntas sorpresa—. En

realidad, ¿quién es su hijo? Me refiero al que es el verdadero padre del niño, porque ahora sabemos con certeza, que usted de hecho es su abuelo.

Antes de haber terminado el inspector su última frase, Mocanu levantó la cabeza como si le hubiera empujado de repente un resorte y los policías advirtieron el pánico en su mirada. Sus ojos se clavaron por unos instantes en la cara del inspector, abrió la boca para empezar una respuesta, luego, cuando el recuerdo de una amenaza cruzó como un rayo por su cabeza, volvió a cerrar la boca y a bajar la mirada al suelo.

—¿Usted es consciente que esta obstinación suya por seguir con la mentira, no hace más que empeorar su situación y a nosotros nos ralentiza la investigación? ¡Claro que, tarde o temprano descubriremos la verdad! —le aseguró con énfasis, el inspector—. ¡Pero usted se verá afectado por un aumento de la condena, por negarse a colaborar y sobre todo por haber mentido!

A pesar de las advertencias, Mocanu no soltó palabra ni levantó la mirada del suelo. Le dirigieron unas preguntas más, después, al convencerse que todo era en vano y no podían romper el muro de silencio detrás del que se había guarecido el acusado, dejaron de insistir y salieron decepcionados de la sala. Sólo el pensamiento que iba a ser juzgado por un crimen perpetrado con una crueldad inaudita, añadiendo las circunstancias agravantes de parentesco —lo que suponía que iba a pasar el resto de su vida en prisión—, les disminuía la frustración del momento. Sin importar si era su hijo —tal como él mismo había declarado—, o era su nieto, le había provocado la muerte por inanición, posiblemente de forma intencionada, encerrándolo en un establo y condenándolo a convivir con unos animales que le aterrorizaban.

Pero quedaban todavía muchas cosas por aclarar y algunas preguntas ineludibles, cuyas respuestas tenían que buscarlas en otra parte.

## 13) La inteligencia emocional

Empezaron de nuevo a analizar el expediente del caso de Tatiana Mocanu. En una declaración prestada por una adolescente, compañera de clase de la chica, se mencionaba la relación entre esta y el hijo de los Strajeru, que eran los únicos vecinos en esa calle. Además, Ion Mocanu había declarado lo mismo, especificando que le había prohibido a su hija cualquier relación con el hijo del vecino, argumento que —en su opinión—, había determinado a la adolescente tomar la decisión de suicidarse.

Al inspector volvió a llamarle la atención, la aversión de Mocanu hacia su vecino, Neculai Strajeru. Intuía que allí había algo más, algo no del todo limpio.

—¡Señor Ivascu, necesito cualquier información que usted podría obtener, y lo más pronto posible, sobre la familia Strajeru! —le dijo al agente—. Tengo entendido que ya no vive ninguno de ellos aquí en la aldea, pero deben de tener parientes, alguien que les conozca y que sepa algo de ellos. Abuelos, tíos, primos, lo que sea, ¡buscadlos a todos y traedme información sobre la relación que hubo entre esas dos familias! ¡Y procúreme una dirección o un número de teléfono para contactar con la señora Strajeru! Agente Grecu, decías que ella está en Bucarest, en casa de una hermana suya ¿no es así?

—Esto he oído —contestó el interpelado—. Pero yo creo que lo más seguro sería preguntar en el ayuntamiento. Alguien tiene que pagarle el impuesto de la casa y lo demás, aunque esté deshabitada. Allí podría usted preguntar por sus parientes, señor Ivascu y tal vez el sacerdote le podría también decir algo. Se lo dejo a usted, yo ya me tomé mi dosis, suficiente como para unos años de aquí en adelante.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Ionescu—. ¿Sigue negando que conociera el hecho de que Mocanu no le daba de comer al chico, o que le hubiera visto alguna vez en la vivienda del aldeano?

—Lo único que reconoció era que Mocanu le habría dicho algo sobre la existencia y el aspecto del chico —le llegó la respuesta de Grecu—, pero insinuando que era un secreto de confesión y con eso me quedé. No le pude

sacar nada más.

—¡Dejad de haceros ilusiones, si pensáis que el párroco va a colaborar! —dijo el agente principal, provocando la curiosidad de los otros dos hombres —. Es un personaje de lo más extraño, que discrepa bastante del concepto de clérigo. Es más bien como un dictador que mantiene a sus súbditos bajo un régimen de terror. Tuvimos algunos problemas con él hace unos años, cuando una mujer lo denunció por difamación.

—¿Alguien denunció al sacerdote por difamación? —se extrañó el inspector, dirigiendo una mirada escéptica hacia el agente.

—¡Es cierto, a pesar de lo increíble que pueda parecer! La mujer en discusión era una maestra a la que el sacerdote se consideró con derecho de denigrarla en la iglesia, delante de los parroquianos. No lo hizo de forma directa, no tuvo agallas para eso, sino con alusiones poco disfrazadas, tanto que hasta un niño podía darse cuenta a quien apuntaba con ellas. La acusaba de incitar a los hombres, vistiéndose de forma provocativa. La mujer le denunció y le citaron en el juzgado, imponiéndole pagar una compensación por afirmaciones que atentaban contra su dignidad. Al final llegaron a un acuerdo y la maestra le perdonó a insistencia de sus padres. Pero eso no causó ningún cambio en el comportamiento del párroco, al contrario, da la impresión que es cada vez más arrogante, ¡que Dios me perdone! —concluyó el agente un tanto indignado. Después se llevó su paquete de cigarrillos mentolados, saludo a sus compañeros y se marchó.

—¡Que Dios me perdone a mí también —añadió Grecu—, pero estaría muy contento si tendría algo que imputarle al pope este! Tanto como para poder zarandearle y quitarle un poco la arrogancia y la hipocresía.

Una vez solos, se dedicaron a revisar el expediente del suicidio, pero como no les llamó nada la atención aparte del informe del forense, al que habían estudiado unos días atrás, el inspector decidió hacer una visita corta a la vivienda de Mocanu para echar un vistazo sin ningún propósito preestablecido, ahora que él estaba en detención preventiva. No sabía a qué podía servirles eso, pero tenía un presentimiento que aquel día iban a toparse con algún elemento importante para la investigación.

Andrei Grecu le invitó a subir primero a su vivienda para comer algo juntos, antes de ir a la casa del detenido. Hizo una tortilla con todo lo que encontró en la nevera, desde chorizo hasta pimiento morrón y queso rallado, mientras contaban con turno anécdotas o cosas relacionadas con sus vidas privadas.

El agente conocía los detalles del caso que había causado tanto revuelo en la provincia, en el que el inspector había perdido a la mujer que amaba, pero no se atrevió a abordar ese tema, que él consideraba tabú. Había oído rumores sobre las supuestas secuelas psicológicas que ese caso había dejado en la vida del inspector, más bien por casualidad, de las conversaciones de algunos compañeros, pero no sabía cuánta veracidad se escondía tras esas afirmaciones.

Respetaba demasiado al inspector, estaba contento de los resultados de la colaboración con él y el trato de amistad con el que este le honraba, le determinaba ser precavido con las preguntas indiscretas sobre un tema tan delicado. Bien sabía él, que a los hombres en general, les cuesta mucho abrir sus corazones.

Recordaba que después de aquella desgracia había leído un artículo en la prensa local, en el que un periodista conocido por el atrevimiento con el que abordaba cualquier tema delicado —que otros compañeros de profesión no habrían tenido el valor de abordarlo ni siquiera de paso—, lanzaba la propuesta de abrir un debate, sobre la formación de los oficiales y suboficiales de Policía. El dicho artículo acentuaba en concreto, la importancia de una buena preparación psicológica, en vista de prevenir el impacto emocional y evitar ceder ante la presión psíquica a la que iban a ser expuestos, en la práctica del oficio por el que se preparaban. Proponía la introducción de unos cursos de psicología, obligatorios para todos los estudiantes de la Academia de Policía.

En la opinión del periodista, se imponía profundizar en el subtema de la inteligencia emocional, con el propósito de conseguir el autocontrol emocional y de desarrollar la capacidad de influencia, sobre las emociones de las personas con las que entrarían en conflicto, en el decurso de las investigaciones y de los interrogatorios.

“Una utopía”, así fue denominada por un representante del Ministerio de Interior, la propuesta del periodista de Suceava, y después de unas cuantas llamadas telefónicas a la dirección del periódico, todo quedó olvidado y poco a poco, la atención de los lectores se dirigió hacia otros problemas.

—¿Tienes a alguien, Andrei? —le sorprendió con la pregunta, Ionescu, mientras cortaba en rodajas una hogaza grande de pan, que parecía recién sacada de algún horno artesanal de piedra, como sólo en Bucovina se podía encontrar—. Veo que no llevas anillo de boda, por lo que supongo que no estás casado. ¿Supongo bien?



—¡En efecto, supones bien! —le contestó, riendo—. No estoy casado, pero últimamente pienso a veces en eso, no creas que no. Tengo una relación con una chica que es enfermera en el hospital del pueblo. Se llama Eugenia. Pero nos conocemos de apenas un poco más de medio año, desde que vine a trabajar aquí, así que esperaremos un poco más, no tenemos ninguna prisa. La verdad es que ni siquiera estoy seguro de que ella me quisiera, al menos por ahora, no. Pienso en alquilar o comprar un apartamento en Suceava, aunque sea uno pequeño, luego podríamos hablar de mudarnos juntos.

—Ese es un problema insignificante, Andrei. Si os amáis, poca importancia tiene si eres propietario o vives de alquiler. Y el hecho de que os conocisteis hace tan sólo unos meses, tampoco es relevante. Nadie te garantiza que una persona a la que supuestamente conoces bien, no te decepcionaría en un momento dado. No dejes pasar la vida por tu lado, por problemas materiales, o porque crees que no os conocéis bastante. ¿Quién establece esos límites para ti, o para ella? ¡Haz lo que te dicta el corazón y no compliques las cosas simples de la vida! Mírame a mí dándote consejos, como si yo no estaría en una situación casi similar a la tuya...

—¿Quieres decir que tú también tienes a alguien? —le preguntó Grecu, sorprendido—. De hecho, no sé por qué me sorprende, han pasado ya unos años desde que ocurrieron esas cosas...

—Sí, han pasado unos años, pero hasta ahora no fui capaz de desprenderme del horror del pasado. Me tenía cautivo como una trampa y cuanto más me esforzaba por escapar, más me apretaba. Pero conocí recién una joven pintora que, por mi asombro, parece tener el poder de ahuyentar los fantasmas —le confesó, para quedarse después ensimismado, con una sonrisa en la cara, al recuerdo de Livia manejando con todo su arte los utensilios de su cocina.

No añadió ningún otro detalle sobre ella y el agente respetó su silencio, permitiéndole de ese modo, deleitarse con lo que sea que le hacía sonreír de esa forma enigmática. Pasaron unos momentos en los que no hicieron más que aprovechar la tortilla y ese pan tan bueno que lo comieron entero, después volvieron a hablar del tema que les preocupaba, precipitándose casi sin darse cuenta a realizar la visita a la vivienda de Ion Mocanu.

Pero no les fue posible ir tan rápido como tenían planeado. Al bajar a la calle se dieron cuenta que no podían entrar en su propiedad, antes de pasar primero por la casa de su suegra, que guardaba las llaves de su yerno desde que estaba detenido, por ser su familiar más cercano que tenía en el pueblo.

—¿Qué se hizo con los conejos, señora? —le preguntó el inspector a la mujer, después de haberle traído ella un manojo de llaves, atadas entre ellas con un trozo de cuerda.

—Se los llevaron estos vecinos del otro lado de la calle, que son pobres y tienen ocho bocas por alimentar. A mí no me hace falta nada, hijo. Por lo que me queda de vida, tengo de todo, no necesito la limosna del yerno, que el diablo se lo lleve, ¡Dios me perdone! —dijo la vieja, santificándose de prisa.

—¿Usted sabe qué tipo de relación tenían, su hija y su yerno, con la familia Strajeru? —preguntó el agente, pensando que ella podría aclararles mejor que nadie las cosas, en ese sentido.

—¿Pero cómo podría alguien saber cómo se llevaban entre ellos como vecinos, hijo, si no vivía nadie más que ellos en esa calle del quinto pino? Y como ya os dije, mi hija parecía haber enmudecido después de la muerte de la chica. No me decía nada, ni siquiera si le dolía algo, aunque yo sabía que su dolor se le había metido más en el corazón que en los huesos o por otras partes. Duro castigo le dio El Señor quitándole a su hija, una chica hermosa como una flor y casi una niña.

—Pero antes del suicidio de su hija, ¿qué cree usted qué tenía Mocanu en contra de su vecino, para prohibirle a la chica relacionarse con el hijo de este?

—Yo creo que por celos, hijo —le contestó la mujer, moviendo la cabeza de arriba abajo unas cuantas veces—, porque Neculai Strajeru estaba casado con María, pues en el pueblo todos hablaban como que Ion Mocanu también la habría pedido en matrimonio y que ella le habría rechazado. Luego, después de un tiempo el vino a pedirle matrimonio a nuestra Silvia, pero nadie más que él habría podido saber lo que sentía en su corazón, pues era chico engreído e irritable, por lo que creo que no le había caído bien la respuesta negativa de María. La verdad es que la chica era una hermosura y la pidieron también otros jóvenes, pero claro, ella no podía casarse más que con uno de ellos y a los demás darles con la puerta en las narices. ¿Qué le vamos a hacer? Es ley de vida, unos ganan, otros pierden, no se puede de otra manera. Pero nosotros, mi marido —que en paz descanse—, y yo, no nos paramos mucho a pensar en esto, sobre todo porque a Silvia le gustaba mucho Mocanu, pues era guapo y alto como un abeto del bosque, ¡maldito su corazón, que Dios me perdone!

—Y la hija de ellos, su nieta, ¿era muy amiga del chico de los Strajeru? ¿Usted cree que había algo más entre ellos, que se amaban?

—¡Pues claro que se amaban, hijo, que por eso se arrojó al barranco,

porque quería mucho a Sebastián! ¡Pero el maldito ogro que era su padre, se ensañaba a golpes con ella si la veía con el chico, aunque no hacían más que andar cogidos de la mano! ¿Pues cómo iba a permitirle a su hija andar de amores con el hijo de María, que no quiso casarse con él? Y encima eran también vecinos, como si Dios les hubiese llevado para dejarlos juntos allí en ese margen de mundo y ponerlos a prueba. Como les decía, Ion era arrogante a más no poder, se ponía nervioso por cualquier nadería, por eso no creo que le habría caído muy bien eso de pasar todos los días por la puerta de Neculai Strajeru. Bueno, digo lo que creo, como una vieja sin mucha educación, pero nadie puede saber lo que esconde el otro en su corazón, eso sólo Dios lo sabe.

—¡Bueno, muchas gracias por su tiempo, señora! Que sepa que es muy importante todo esto que nos dijo —replicó Ionescu que la había escuchado atentamente y con respeto por su sabiduría, apenas atreviéndose a interrumpirla—. Ahora nos vamos a echar un vistazo por la propiedad de su yerno y más tarde volveremos a traerle las llaves. O, mejor aún, podría venir usted también con nosotros, que no crea la gente que andamos sin permiso por allí.

—¡No, hijo, de ninguna manera, ¿qué voy hacer yo allí?! Vayan ustedes a cumplir con su deber y después me devolvéis las llaves cuando podéis, yo no las necesito para nada. Ahora que mi hija ya no está, ¿para que entraría yo en la casa del ogro ese? Y no os preocupéis por el perro, se lo llevaron estos chicos de enfrente. ¡Andad con cuidado señores y que Dios os proteja! —concluyó la vieja, cerrando la puerta de la calle tras ellos.

Pero como si una fuerza invisible hubiera intervenido ese día en sus acciones, determinando el retraso de la visita prevista a la vivienda de Mocanu, al llegar con el coche en el centro del pueblo, les paró el agente principal, haciéndoles señas desesperadas con la mano, del margen de la carretera.

—¿Qué ocurre jefe, tiene novedades? —le preguntó Grecu después de parar el coche y bajar la ventanilla de la puerta del conductor.

—Tengo la dirección de la señora María Strajeru —contestó el agente, doblándose de espalda para mirarlos a los dos—. Y ni siquiera fue tan difícil como me esperaba, porque encontré por casualidad una sobrina de ella por parte de su marido, justo en el ayuntamiento. Trabaja en el archivo y creo que también como secretaria del alcalde. Tuve que insistir y explicarle un poco por qué le pedía la dirección, cuando vi que se hacía de rogar. Parece que la señora Strajeru le habría pedido que no la diera a nadie, pero al final aceptó

apuntármela. Esta es, ¡miren en qué zona de Bucarest vive nuestra aldeana! —dijo enseñándoles un folio en el que estaba apuntada en rojo, la dirección de un apartamento situado en una calle céntrica de la capital del país.

—Debe de ser la vivienda de su hermana —opinó Grecu mirando el papel—. ¿Otras informaciones no obtuvo de la sobrina, señor Ivascu? ¿Un número de teléfono, acaso?

—No, y eso que insistí bastante. Me dijo que no le había dejado ningún número, pero yo tengo mis dudas respecto a eso. Por lo que me ha explicado, parece que recibe por correo el dinero para pagarle las deudas al estado dos veces al año, luego le manda los recibos a esa dirección. Dice que no tenían una relación demasiado estrecha y que sabe pocas cosas sobre los Strajeru —explicó el agente, luego se enderezó la espalda, haciendo una mueca de dolor que no pasó desapercibida a los dos policías del coche.

—¿Se encuentra bien, señor Ivascu? —le preguntó el inspector, bajándose del coche y mirándole con preocupación.

—Sí, no es nada, no se preocupe, señor inspector. Es esta maldita cintura que no falla una, en recordarme que me queda poco para jubilarme.

—¡Suba al coche, señor! Lo llevamos hasta su casa, después regresamos para ir hacia la otra parte del pueblo, a la vivienda de Mocanu. ¡Súbase de una vez —insistió Grecu—, que si no nos damos prisa, nos pilla la noche en camino!

Vasile Ivascu murmuró una excusa, intentando convencerles que podía llegar andando a su casa, pero la mueca de dolor se acentuó en su cara y un gemido al que le fue imposible controlar, se le escapó de la garganta en el momento de doblarse la espalda para subirse al coche.

Cinco minutos más tarde lo dejaron delante de su casa y el inspector le aconsejó, mitad en broma, mitad en serio, que pida una baja médica para cuidarse la salud, si quería llegar a jubilarse.

## 14) Un alma en pena

Cuando llegaron por fin a la calle de Mocanu, las sombras grises del crepúsculo habían empezado ya a envolver todo alrededor y una racha de viento primaveral que parecía haber surgido de repente, sacudía con furia las ramas del cerezo del jardín de los Strajeru.

Un pájaro grande, negruzco, levantó el vuelo desde uno de los postes de madera entre los que colgaba el tendido de ropa en el patio de la casa, pasando con su batir oscuro de alas, a menos de un metro del parabrisas del coche de Policía, por delante de las miradas de sus dos ocupantes.

Andrei Grecu pisó el freno de forma brusca y el inspector soltó todas las palabras malsonantes que conocía, después se alisó rápido con la mano, el cabello que se le había puesto de punta por el susto.

—¡Joder, puto pájaro de los cojones! —gritó Grecu—. ¡Por poco se nos mete en los ojos! ¿Qué demonios ha sido eso?

—Un pájaro raro, probablemente un búho —contestó su compañero—. ¡Hostias, me puso los pelos de punta!

Luego, hasta que llegaron a la puerta de Mocanu, no volvieron a soltar palabra, como si se hubieran avergonzado del sobresalto provocado por el pájaro.

—Nos va a pillar la noche aquí, tal vez deberíamos dejarlo para mañana —comentó Grecu, mientras el inspector abría la puerta de madera, cuyos goznes sacaron un ruido espantoso, lo que le hizo añadir furioso:

—¡Maldita puerta, haber traído con nosotros un poco de vaselina para engrasar estas bisagras!

—¿Qué hacemos, nos metemos a echar un vistazo dentro de casa, o damos unas vueltas por aquí, primero? —preguntó el agente, al llegar a la mitad del patio.

—Como no tenemos ningún objetivo fijo, vamos a dejar la casa para después. Dentro se enciende la luz, supongo, pero por aquí tenemos que andar de prisa, dentro de poco ya no se verá nada.

Se dirigieron hacia la parte de detrás de la casa, donde había un cobertizo bajo el que se guardaban todo tipo de herramientas de carpintería y otras para

los trabajos de la huerta. De unos clavos fijos en la pared, colgaban dos antiguas sierras manuales y un serrucho largo para dos, cuyos dientes afilados brillaban en la luz menguante del anochecer.

No sabían muy bien qué buscar, a por qué mirar. Ionescu quiso salir de debajo del cobertizo, cuando tropezó de repente con el mango de un hacha clavado en un tronco de madera y por poco se cae de bruces. Maldijo por lo bajo y furioso, cogió el hacha por el mango y lo colgó en un clavo grande en la pared, al lado de las sierras. En ese momento notó que Grecu le tiraba de la manga del uniforme, indicándole luego con un gesto de cabeza hacia el jardín de atrás.

En inspector se giró despacio, temeroso sin saber por qué y a su izquierda, en la valla alta de madera que separaba el patio de la huerta, vio un bujo grande con las plumas erizadas y la mirada fija en ellos. Los ojos amarillos del pájaro parecían dos pequeñas bombillas encendidas, en una cara sorprendentemente humana. Los dos hombres lo miraron sin moverse, pensando al mismo tiempo, que al fin y al cabo no era más que un bujo, aunque ese pensamiento era poco convincente. Con un movimiento rápido, el pájaro giró de repente la cabeza hacia atrás, sacó un chillido largo y siniestro que les heló la sangre en las venas a los policías, luego estiró sus alas y salió volando hacia el pueblo.

—¡Joder con el pájaro ese! —exclamó Ionescu, después de unos segundos de silencio—. ¿Crees que era el mismo?

—¿Quién coño podría saberlo? El mismo, o tal vez otro. Se dice que estos pájaros tienen no se qué sentido, sienten cuando una casa está deshabitada. Tendrá nido cerca de la casa de los Strajeru, o quizás en la chimenea de esta misma.

—¡Por Dios, parece que hemos venido a la casa del terror! —añadió el inspector—. ¡Vaya sustos, con estos pájaros! Sólo falta una mano que ande sola de un lado a otro.

No acabó bien la frase, cuando se escuchó un fuerte ruido que les hizo girarse hacia el cobertizo. El hacha que el inspector había colgado al lado de las sierras, había caído encima de unas herramientas de labranza que estaban apoyadas en la parte baja de la pared, parándose al lado de los pies del agente Grecu.

—¿Pero, cómo demonios se cayó ese hacha de allí? —se preguntó Ionescu, doblándose de espalda para coger el hacha. Le miró por unos instantes el mango viejo, liso por el uso y el filo cortante, después se acercó

a la pared para colgarlo de nuevo en su sitio, cuando una idea inesperada surgió repentinamente en su cabeza. Salió de debajo del cobertizo para tener un poco más de luz, miró con atención el objeto metálico afilado, luego le dijo a su compañero que no le quitaba ojo:

—“Diez centímetros”, eso decía el informe del expediente, ¿verdad? ¿Tú crees que ese filo mide más de diez centímetros?

—No parece tener más —le contestó el agente, al entender dónde quería llegar el inspector—. ¿Pero, crees que hubiera sido capaz de matar a su propia hija? ¿Y por qué hubiera hecho eso?

—Sinceramente, a un tipo como Mocanu, sabiendo lo que hizo con ese niño, le veo capaz de cualquier barbaridad. Y justo por eso, por el niño, piénsalo un poco: su hija se queda embarazada y nosotros sabemos que no le permitía relacionarse con el chico de los Strajeru, tal vez por los celos, como decía su suegra. ¿Pero, y si el motivo hubiera sido otro, mucho más importante que el rencor o los celos hacia el hombre que se casó con la chica que le había rechazado a él? El cromosoma Y, la herencia genética... ¿Qué te parece, no podría ser el hijo de los Strajeru, el padre del niño monstruo?

—Eso significaría que el único hijo de la señora Strajeru, sería de hecho, hijo de Mocanu, ¿no? Como aparece el mismo cromosoma en el abuelo y el nieto, entonces él sería el eslabón que falta entre ellos...

—Efectivamente. Y entonces sí, eso explicaría la interdicción impuesta a la chica, de acercarse al hijo de los vecinos. Y si de verdad la hubiera matado él, eso carece de importancia para nosotros, porque la responsabilidad penal, creo que ha prescrito hasta ahora.

—Por lo que veo, la única persona capaz de aclararnos todo esto es la señora María Strajeru —opinó Grecu—. A Mocanu no creo ser posible sacarle la verdad sobre ese embrollo. Pienso que afirmó ser el padre del chico, precisamente para evitar que se hurgara en su pasado y que se descubriera la verdad. Aceptó una acusación, para evitar otra más grave.

Ionescu colgó otra vez el hacha en la pared, sin volver a preguntarse cómo se había caído solo el objeto de allí, acto seguido se dirigieron hacia el patio delantero de la casa.

La luz cedía frente a la oscuridad que se volvía cada vez más impenetrable y el ruido del viento en los arboles, interrumpía el silencio y traía perfume de flores primaverales. Lejos, en el pueblo, se oía el ladrido de un perro, atenuado por la distancia y el viento movía la puerta de la calle, provocando chirridos molestos de bisagras.

El inspector metió una mano en el bolsillo para buscar las llaves que le había dado la suegra de Mocanu, y en ese momento la puerta de la cocina de verano se abrió violentamente, golpeando con fuerza algún objeto que se encontraba detrás de ella, en el cuarto. El ruido repentino les sobresaltó y les hizo girarse para mirar hacia ese lado, cuando la puerta volvió a cerrarse con un movimiento lento, como si una mano invisible la hubiera empujado del interior de la cocina, o hubiese tirado de ella desde el exterior.

El viento pareció pararse de repente y una neblina blanca apareció flotando delante de ellos, como una pequeña nube, moviéndose en un meneo suave hacia la puerta de la cocina de verano. Delante de los ojos de los policías, abiertos como platos y de sus caras petrificadas por el sobresalto, la pequeña nube blanca empezó a transformarse lentamente, cobrando la forma de un cuerpo humano casi transparente. Con el mismo meneo suave, siguió flotando en el aire adelante y atrás, acercándose cada vez más a la puerta.

Un brazo vestido de blanco, que pareció crecer de ese nada blanquecino, se estiró con una lentitud espeluznante hacia la manilla de la puerta. Los dos hombres escucharon el ruido del metal que crujía apenas audible y acto seguido, la puerta empezó a moverse hacia dentro y el espectro blanco penetró flotando en el interior del cuarto.

Bajo el impulso del terror que le impedía respirar, Andrei Grecu estiró una mano y agarró el bajo de la chaqueta del uniforme de su compañero, que estaba como una estatua de piedra, mirando fijamente al fantasma que se metía en la cocina de verano. Tiró de repente de la prenda del oficial, cuando vio cobrando forma en la parte de arriba del espectro, una cabeza humana vista desde atrás, con una herida que parecía un corte en la zona occipital. Gotas grandes, como de sangre oscura resbalaban de esa herida, dibujando líneas negras, verticales, en el vestido de nube blanca del espectro.

En un movimiento de una lentitud aterradora, este se giró de cara a ellos y entonces vislumbraron mejor el contorno del cuerpo y de la cabeza, enmarcada de un lado y del otro de dos trenzas de cabello dorado que le caían hacía delante, en el pecho. El brazo que había abierto la puerta se movió lentamente adelante, como si hubiera querido señalarles algo y las miradas de los hombres bajaron por el cuerpo encinto del fantasma que estaba delante de ellos.

Al levantar las miradas hacia su cabeza luminosa, observaron como goteaban de los ojos como dos agujeros negros, lágrimas grandes y oscuras que resbalaban después por el vestido blanco, centrándose en la zona de la



tripa, que de ese modo se volvía más visible. Cuando en esa cara de luz amarillenta se abrió una boca como una mancha negra, redonda, que parecía intentar decirles algo, el chillido escalofriante de un bujo resonó largo y siniestro desde el jardín. Ambos hombres, paralizados por el terror, notaban los latidos de sus corazones, como martillazos dolorosos en sus pechos. El espectro se perdió tal como había venido, en una neblina flotante que desapareció poco a poco en la oscuridad, el viento empezó de nuevo a soplar con fuerza y la puerta de la cocina golpeó bruscamente el objeto que se hallaba detrás de ella, en el interior del cuarto.

Temblando bajo el impacto de las sensaciones tan fuertes que experimentaban, los dos se quedaron inmóviles minutos largos, mirando como hipnotizados adelante. No podían moverse, como si les hubieran crecido raíces a los pies, agarrándose a la tierra de debajo. Poco a poco, cuando vieron que la puerta se quedó inmóvil, parecieron volver a la realidad. Se miraron el uno al otro, buscando la confirmación de que estaban despiertos y que no tenían alucinaciones, que todavía se encontraban en la realidad del mundo en el que vivían y no habían cruzado el umbral de un mundo paralelo. Aunque sus cerebros racionales se negaban a creer, que lo que acababan de ver había sucedido de verdad.

Con toda la oscuridad de una noche sin luna, consiguieron observar cada uno en la cara del otro, las señas del terror dibujadas en los rasgos, como un sello del que presentían que les va a ser difícil desprenderse. Una marca que había creado entre ellos un lazo indestructible, de por vida.

No tocaron la puerta de la cocina de verano. Cuando fueron capaces de moverse los pies y sus corazones bajaron el ritmo desbocado de los latidos, se dirigieron directo hacia la puerta de la calle y se subieron al coche. Sin soltar palabra, arrancaron por el camino de vuelta al pueblo. El inspector se había subido al volante, sospechando que Grecu no hubiera sido capaz de conducir, después de haberlo mirado con el rabillo del ojo como trataba de dominar sus emociones, frotándose nervioso las manos que aún le temblaban.

Al pasar por delante de la casa de los Strajeru, mantuvieron las miradas fijas en la carretera, evitando ver a través de la cortina de oscuridad de la noche, la imagen de la vivienda deshabitada. Como por una necesidad imperiosa de alejarse lo más rápido posible, de ese lugar y de los sucesos extraños cuyos testigos habían sido, en una intersección anterior a la entrada en el pueblo, Ionescu giró hacia la carretera que iba a Suceava. Sin preguntarle siquiera a su compañero de aventuras, si estaba de acuerdo con la

idea de pasar la noche en su apartamento de la ciudad.

Greco no comentó nada, como si no se hubiera dado cuenta hacia dónde iban. Llegados en la vivienda del inspector, este sacó una botella de aguardiente que guardaba en el mini bar del salón y llenó dos vasos hasta arriba con el líquido incoloro, de sabor y olor a frutas. Después se sentaron uno delante del otro a la mesa de la cocina: un joven rubio y hermoso que te hacía pensar en Florín Piersic de joven, el otro, un moreno con bigote fino y ojos negros, centelleantes. Dos hombres hechos y derechos que acababan de vivir la más extraña experiencia de sus vidas.

Se miraron detenidamente a la cara el uno al otro, sin creer que eran los mismos que poco antes habían visitado la casa del terror. Luego, los dos a la vez bebieron de golpe el alcohol de los vasos. Unas sonrisas tímidas aparecieron en sus caras, después, poco a poco empezaron a reír a carcajadas estridentes, fuertes y nerviosas. Golpeaban de cuando en cuando con los puños en la mesa que resonaba entre ellos, haciendo saltar los vasos y la botella de encima, y sus risas liberadoras parecían producir eco en las paredes de la vivienda del oficial.

Estaban vivos y salvos. Se quitaban las lágrimas y reían, como si la risa hubiera sido vital para ellos en esos momentos, y no hubiera existido nada más importante que reír. El inspector volvió a llenar los vasos unas cuantas veces, hasta que la botella quedó vacía y ellos completamente borrachos. Todavía eran capaces de reír, cuando se desplazaron zigzagueando por el apartamento, para caer luego como segados, uno en el sofá del salón y el otro en la cama del dormitorio. Durmieron vestidos tal como se encontraban, hasta el día siguiente por la mañana. Desgraciadamente, al despertarse iban a recordarlo todo.



Como no conocían a ningún testigo de experiencias paranormales, del tipo que habían presenciado ellos dos y también por miedo al ridículo, decidieron guardarlo todo en secreto. Pero cuando llegaron a Maruntei al día siguiente en torno al mediodía, después de aplacarse los dolores de cabeza con unos cafés negros y amargos, tuvieron que pasar para dejarle las llaves a la suegra de Mocanu. La vieja les miró las caras largas y arrugadas,

preguntándoles si habían encontrado lo que habían buscado. Después de escuchar sus respuestas lacónicas y esquivas, empezó a sospechar que no le decían la verdad, que había algo más que no estaban dispuestos a compartir con ella.

—¿Qué pasa, señores, qué habéis encontrado allí? ¡Dios nos proteja! ¿No habrá salido el fantasma de la chica delante de ustedes, no? —preguntó mientras se santificaba varias veces seguidas, haciendo con la mano derecha la seña de la cruz, grande de la frente hasta la cintura.

—¿Usted quiere decir que lo vio alguien más? —se extrañó el inspector, traicionándose, recordando al mismo tiempo, que Mocanu les había contado que había visto algo parecido en el monte, la noche que subió con el cadáver del niño para tirarlo al barranco.

—¡Claro que lo vieron, hijo! Es nuestra Tatiana, pobrecita. Muchos dicen que la vieron andando arriba y abajo en el monte, llorando con lágrimas de sangre. ¿Pues cómo no va a llorar, pobrecita de ella, si la enterraron sin sacerdote, sin rito cristiano y sin haber rezado por su alma, porque ella solita se quitó la vida? No se puede hacer de otro modo en esos casos, eso dice La Iglesia, hijo. La pusieron allí en una esquina del fondo del cementerio, como a un perro. El pope ni siquiera le bendijo el hoyo ese en el que la metieron — se lamentó la vieja, con voz dolorida, quitándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Yo le pido al Señor todos los días por su alma, a veces voy a escondidas y le rocío la tumba con agua bendita traída de la iglesia, pero sin el ritual que hace el sacerdote, el hombre no encuentra la paz en el otro mundo.

El agente sintió que se le partía el corazón de pena por el dolor de la mujer, por lo que pensó decirle lo que creían ellos que había sucedido en realidad con su nieta. Miró al inspector como para preguntarle con la mirada, pero al ver su gesto de negación, se dio cuenta que era mejor esperar el momento cuando tendrían una respuesta segura, la certeza que las cosas ocurrieron tal como ellos sospechaban.

Con unas palabras de consuelo se despidieron de la mujer, dejándola en el umbral de la puerta de la calle, apoyada en el poste de madera, con los brazos cruzados y con una mano tapándose la boca, suspirando de vez en cuando, sola con su dolor.

## 15) La aldeana y Pavarotti

En el patio de la sede de Policía rural les esperaba una sorpresa. Cuando bajaron del coche vieron una joven delgadita, rubia, con el cabello suelto cayéndole en ondas sobre los hombros y el pecho, esperando sentada en las escaleras de la entrada, hojeando una revista. Al ver a los policías, la chica se levantó de inmediato, se sacudió la falda con la mano alisándola y con gestos rápidos, se pasó el cabello hacia la espalda.

—¡Buenas tardes, señor Grecu! —saludó mirando al agente, después bajó la mirada, con timidez.

—¡Buenas tardes, señorita! ¿Nos conocemos?

—No, yo le conozco a usted de vista y sé que es amigo de Eugenia, la enfermera.

—¿Le ha pasado algo a Eugenia, señorita? —se alarmó el agente.

—¡No, no se asuste, decía sólo de donde le conozco, nada más! ¡Eugenia está bien, gracias a Dios, hoy mismo hablé con ella! —le explicó para tranquilizarle, luego se presentó dándole rápido la mano, con el mismo gesto de vergüenza en la cara:

—Soy Iuliana Strajeru, la sobrina de la señora María, o mejor dicho de su difunto marido, Neculai Strajeru.

A los dos hombres les brillaron los ojos, por el repentino interés que suscitó en ellos la chica. Grecu le presentó a su superior, que esperaba impaciente por escuchar el motivo de la visita.

—¿La sobrina que trabaja en el ayuntamiento? —le preguntó a la chica—. ¿La que le dio la dirección de la señora María, al agente Ivascu?

—Sí, soy yo —dijo, bajando de nuevo su mirada—. Es sólo que... le mentí al señor Ivascu, diciéndole que no tenía el número de teléfono de mi tía. Después la llamé para informarla que ustedes quieren hablar con ella, y me pidió que les diera su número y que les transmitiera su ruego de llamarla cuanto antes. Urgente, eso dijo e insistió en que se lo transmitiera a ustedes de esa forma. Les ruego que me disculpen, pero no podía darle su número a nadie sin su permiso —concluyó, sacando de entre las páginas de la revista, una hoja de papel en la que estaba apuntado un número de teléfono con

prefijo de la capital.

Andrei Grecu cogió el papel, le dio las gracias y cuando ella se marchó, entraron en la sede, impacientes por llegar al teléfono y llamar a Bucarest.



Al otro lado de la línea, alguien levantó de inmediato el teléfono y una voz autoritaria de mujer, le preguntó al inspector quién era y por qué buscaba a María.

—¡Soy el inspector Marcel Ionescu, de la Policía de Suceava! La señora Strajeru nos transmitió a través de su sobrina, su deseo de hablar cuanto antes con nosotros. Yo soy el responsable de la investigación del caso del niño encontrado en «La Gruta del Oso».

—¡Ah, espere un momento señor Ionescu, ahora la llamo! Yo soy Ileana, la hermana de María —se presentó la mujer, después gritó a pleno pulmón, apenas apartándose del teléfono:

—¡Marííaa! ¡Voy a por ella señor inspector, que está en la cocina con Pavarotti y cuando se encierra allí con él, no oye ni las campanas de la catedral!

¿Con Pavarotti? —se preguntó sorprendido, mientras Ileana se alejaba del teléfono, llamando de nuevo a su hermana. Luego, en efecto, se escucharon los acordes de la parte final de la ópera «Turandot» de Puccini, atenuados por la distancia. Ionescu pensó que probablemente se había abierto la puerta de la cocina, y así llegó hasta él la inconfundible e inigualable voz de Luciano Pavarotti, interpretando con una maestría de la que sólo él era capaz, «¡Nessun dorma!».

¡Cristo bendito, con lo que puede uno encontrarse en esta vida! —pensó, gratamente sorprendido—. ¡Una aldeana de Maruntei de Suceava, escuchando a Pavarotti! ¡Hermoso, increíblemente hermoso! ¡O sea que aún quedan esperanzas para este mundo, no está todo perdido!

Después, justo al final del aria, en ese momento sublime, cuando la voz del tenor alcanzaba un nivel inimaginable e imposible por el resto de los mortales, entonando el famoso «¡Vinceró!»), María Strajeru levantó el teléfono y le interrumpió la revelación.

Si antes le había sorprendido el hecho de que ella escuchaba Pavarotti, más todavía le sorprendió su voz. Hablaba con voz ronca, profunda, parecida a la de la cantante británica Bonnie Tyler. No había renunciado al dialecto específico de la zona en la que había vivido antes de irse a Bucarest. Muchos provinciales tienden a hacer eso, una vez llegados a la capital, adoptando de repente un lenguaje que les resulta extraño, sólo por hacerse pasar por oriundos de la gran urbe. Sin embargo, la mayoría de ellos no consiguen otra cosa que hacer el ridículo.

La mujer le explicó al inspector que el tema del que tenían que hablar lo antes posible, era algo delicado y que no podía ser abordado por teléfono. Por lo tanto, le pidió que viajara él a la capital, porque a ella le era imposible desplazarse a Suceava.

—¡Como a Dios se lo pido, señor inspector —le dijo con voz temblorosa —, deje las cosas tal como están, en lo que se refiere a Ion Mocanu! Al menos hasta que le cuente lo que tengo que contarle. Después usted decidirá, pero, por favor, trate de venir antes de este sábado. No le puedo decir el motivo ahora, no por teléfono, es demasiado duro para mí, créame.

Antes de acabar la frase se le quebró la voz y empezó a llorar, lo que al inspector le hizo sentirse culpable sin saber por qué y le prometió llegar a Bucarest hasta el sábado. No se explicaba cómo se había dejado impresionar tan fácil por su ruego, y se dijo que tal vez era por la voz tan poco habitual en una mujer. Sentía que así debía proceder, pensando que de ella iba a obtener todas las respuestas que buscaba, para poder poner punto final a ese extraño caso.

—¡De acuerdo, señora María! —le contestó después de unos segundos en los que procesó las cosas en su mente, analizándolas y mirando hacia su subalterno, que le hizo un gesto de aprobación con el pulgar de la mano derecha, después de haber escuchado la conversación en el altavoz—. Hoy es miércoles, así que para mañana sería demasiado pronto y no podría llegar, por lo tanto, seguramente nos vamos a ver el viernes. En lo que se refiere al otro problema, no le puedo prometer nada. Lo único que le puedo decir, es que mañana empezará el juicio de Mocanu y que estamos esperando unos resultados, que nos aclararán ciertas sospechas relacionadas con la investigación. Es todo lo que le puedo decir por ahora, señora.

A la mujer se le escapó un suspiro largo y ellos escucharon la voz susurrada de la hermana, intentando tranquilizarla.

—¡Déjenlo que sea juzgado por haber matado a ese niño y no busquen

otras respuestas, señor inspector, al menos hasta que venga a Bucarest! —le pidió llorando.

—¡Tal como le dije, no le prometo nada, pero no creo que va a intervenir ningún cambio hasta el viernes! ¡Mañana por la tarde la llamaré yo para establecer dónde y a qué hora podríamos hablar, una vez llegado allí!

—¡Está bien, señor Ionescu —aprobó, tragándose los suspiros—, esperaré su llamada!

El inspector se despidió educadamente de la mujer que se hallaba al otro lado de la línea, sobre cual, lo único que sabía era que le gustaba probablemente cocinar escuchando a Pavarotti. Dejó el teléfono en la horquilla, luego pareció recordar algo importante y le dijo a Grecu:

—Tengo que hablar con Livia. Sé que iba a participar en una exposición en la capital, pero no me acuerdo para qué fecha estaba previsto el evento. Si por casualidad sería justo este fin de semana, sería como matar dos pájaros de un tiro. ¿Qué te parece, vienes conmigo a Bucarest?

—¡Hombre, me gustaría! Nos vendría bien una salida con nuestras chicas, en caso de que Eugenia también pueda venir —le contestó el agente, ilusionado—. ¿Qué dices, le pregunto?

—Espera un poco para estar seguro de la fecha de la exposición de Livia. Después, si tenemos suerte y coincide el evento con nuestro viaje, te llamo y establecemos todo. Me gusta la idea de salir los cuatro a dar un paseo por la capital.

—Entonces quedamos en esto —decidió el agente—. En lo que se refiere a la señora Strajeru, algo me dice que ella tiene la llave de las respuestas sobre el pasado, para la resolución del caso. No sé exactamente por qué, pero esa mujer me inspira compasión, aunque ni siquiera la conozco. Es como si transmitiera algo, no sé cómo explicar el qué, un dolor escondido que le marca las inflexiones de la voz. No es que sea yo un buen conocedor del ser humano en general, pero eso es lo que percibí de ella y que sepas que a veces doy en el clavo.

—¿Te das cuenta que todas las personas que conocieron a Mocanu de cerca, son, o fueron dignas de compasión?

—Sí, es cierto. La repercusión de su comportamiento sobre los demás. Se marcó bien el territorio, el muy canalla.

—Ya que hablamos de personas cuyas vidas fueron marcadas por Mocanu, ¿tú qué crees —preguntó el inspector—, es posible que por no haberle hecho el ritual religioso del funeral, su hija no pueda descansar allí

donde sea que se encuentre en el otro mundo, tal como decía su abuela?

—¿Acaso quieres decir que tú todavía tienes dudas al respecto? —se extrañó Grecu—. ¿Aún después de haberla visto tú mismo?

—¿Pero, y si lo único que ella quería, era transmitirnos que no se quitó sola la vida, si no que la mataron? Que la mataron estando encinta y probablemente ese fue el momento cuando nació el niño. Lo que quiero decir, es que tal vez no encontraba la paz, antes de hacernos entender eso, a los que teníamos que saber la verdad, y no porque no le hicieron el rito religioso habitual del funeral, ¿entiendes?

—Esto también es posible. En este caso, significaría que de aquí en adelante ya no aparecerá y no volverá a verla nadie. O sea que podrá descansar en paz. ¿Qué dices, te atreverías ir otra vez a esa casa, una noche, sólo por comprobar si tú teoría es correcta? —le lanzó el guante, Grecu.

—Yo solo, no, pero si vienes conmigo, sí.

—¡Estás loco! Pero me atrae la idea, es más, creo que podrían venir también las chicas, si les gustara. ¡Me juego lo que quieras, que ninguna de las dos vio alguna vez un bujo de cerca! ¡En cuanto a fantasmas, ni se lo creerían! —dijo el agente, riendo—. ¿Te das cuenta? Sería como invitarlas al cine a ver a los Adams. Les contamos todo y luego vamos allí en cuanto acabe todo esto, ¿me lo prometes?

—¡Te lo prometo! Ahora vamos a Suceava a comer algo, me ruge el estomago. ¡Y no me digas que quieres invitarme a una tortilla de pimiento morrón, que no me apetece eso otra vez! ¡Hoy te invito yo a comer!

Salieron por la puerta riendo a carcajadas, recordando la tortilla y la noche de la casa del terror, como una aventura que nunca podrían olvidar.



Nada más entrar en su apartamento, Ionescu llamó a Livia, con la esperanza de coincidir en sus viajes a la capital.

—¡Me has hecho feliz, Marcel! —le contestó la artista, ilusionada—. Yo ya tengo todas las obras empaquetadas, porque tengo que ir mañana en el tren de las siete. El viernes tenemos que montar la exposición, para poder abrirla al público el sábado por la mañana. De todas formas, tendremos las noches para salir y tal vez la tarde del domingo, si no interviene ningún cambio en el



horario de la exposición. Ya sabes, depende un poco también de los demás artistas, ¿me entiendes, no?

—¡Claro que sí, Livia! ¿Sabes? Yo también me alegro por tener esta ocasión. ¿En qué hotel te alojarás?

—En casa de una prima que trabaja en El Hospital Universitario y vive en la misma zona. Queda un poco lejos del salón de la exposición, pero el transporte público es bueno. Y ya que estoy hablando del lado práctico de las cosas, la verdad es que de ese modo me ahorro el coste de una habitación de hotel. Mi prima goza de una situación muy buena, no me permite nunca gastar ni un céntimo cuando estoy en su casa y ya ves, yo como una sinvergüenza, lo aprovecho —se rio Livia—. Ya sabes, a los artistas no nos paga el estado la diurna, como a los policías.

—¿Quieres que me sienta culpable, Livia? —bromeó también Ionescu, mientras escuchaba la risa de la chica, al otro lado de la línea—. Y dime, ¿qué te parece una salida a cuatro por Bucarest, el domingo por la noche? Me acompañará el agente Grecu, un amigo con el que pasé recién por unos sucesos de lo más extraños. Ya te contaré todo en cuanto nos veamos.

—¡Me parece estupendo! ¿Está casado o viene con la novia?

—Con la novia. Yo tampoco la conozco, pero conociéndole a él, me espero a una persona agradable. Así que, ¿nos vemos en la capital?

—¡A sus órdenes, inspector, nos vemos en la capital! —replicó Livia, riendo.

—Y otra cosa, Livia, antes de cortar: ¿te dije que te echo de menos, o se me ha olvidado? —La risa de Livia se escuchó cambiada por la emoción, después se quedó callada de repente—. Quiero verte gesticulando con tus manos pequeñas y escuchar esa risa con sonido de campanilla. Echo de menos tu presencia en mi vida, Livia...

Por unos instantes reinó el silencio entre ellos, luego la chica le sorprendió con su extraordinario sentido del humor, haciéndole reír y superar de esa forma, las emociones que se habían apoderado de ellos:

—En otras palabras, echas de menos mis espaguetis con carne picada, ¿a que sí? Ya sabes lo que se dice: el camino hacia el corazón de un hombre, pasa por su estomago.

—Livia, tu ya has llegado allí —le dijo, adoptando un tono serio—. Sabes...

—Marcel, por favor, ¿qué querías decir? ¡No, a lo mejor no me lo digas así, por teléfono, estoy ya bastante emocionada! ¡No se te olvide la frase

hasta que nos veamos, ¿de acuerdo?! ¡De todas formas, te lo recordaré yo, te aseguro!

—¡Nos vemos en Bucarest, Livia! ¡Buen viaje y éxito con la expo! ¡Te vas a meter a los de la capital en el bolsillo, ya verás!

—¡Ojalá sea así! ¡Vamos allá!

## 16) María Strajeru

Tal como cabía esperar, en la primera sesión del juicio de Mocanu, fue presentado el expediente del caso y el fiscal leyó el acta de la acusación, basado en las pruebas incriminatorias que anteriormente habían constituido el motivo de la detención. Una de las pruebas era la confesión grabada, del interrogatorio al que lo habían sometido los dos policías. En el transcurso de la sesión, Mocanu apenas si levantó la mirada para contestar a las preguntas sobre su identidad. Se veía cansado, su cuerpo parecía haberse encogido y ya no le quedaba nada de la actitud desafiante o de la altivez mostrada antes de la detención.

Como abogado defensor le había sido designado un veterano en la profesión, famoso por su habilidad de encontrar los puntos débiles de la acusación, combatiéndolos con argumentos bien fundados y explotándolos a favor de su cliente. Todo un ejemplo de racionalismo y perseverancia, cualidades dignas de una causa mejor que la que le fue designada en ese caso.

Con todo eso, el inspector Ionescu —que se hallaba en la sala, junto con el agente Grecu—, estaba tranquilo. Confiaba en la integridad moral del abogado y pensaba que la declaración de culpabilidad de Mocanu, con toda la crueldad de los detalles que él mismo había revelado, con referencia al tratamiento aplicado a la víctima, pesaría bastante ante la justicia, como para determinar que el papel de la defensa se vea reducido a una función simbólica. Una presencia que la ley imponía, para ser respetados los derechos del procesado.

La sesión duró poco y después el acusado fue llevado de vuelta a la prisión. A continuación, el jurado iba a analizar las pruebas presentadas por el fiscal y ulterior a eso, decidir la fecha de la siguiente vista.

Cuando salieron a la calle delante del Juzgado, un grupo de reporteros abordó al inspector, cerrándole el paso. Defendiéndose con las manos de los micrófonos que señalaban hacia su cara como dedos acusatorios, se dirigió hacia el coche aparcado detrás del edificio, con el agente Grecu siguiéndole de cerca. Ninguno de los dos contestó a las preguntas de los reporteros.

Ionescu no entendía, o mejor dicho, no soportaba la exagerada curiosidad,

casi mórbida, de los mass-media por ese caso extraño, aunque era consciente que no hacían más que ejercer su profesión y que ese era su deber. La indiscreción, la curiosidad y la constante búsqueda de lo sensacional, eran características intrínsecas del periodismo.



El viernes por la mañana, acompañados de la joven enfermera, los dos policías se subieron al tren de alta velocidad que iba de Suceava a Bucarest. Una vez llegados a la capital, se alojaron todos en el mismo hotel de cuatro estrellas, cerca del famoso parque Cismigiu y después de comer en un restaurante de la zona, sus planes tomaron direcciones distintas: Eugenia se compró un mapa de las calles de la capital, con la intención de familiarizarse en medida de lo posible con los alrededores del hotel y del parque, mientras que los dos hombres iban a presentarse a la cita con María Strajeru.

Se sentían como tres provinciales que habían aterrizado de repente en una urbe aglomerada y desconocida. De los tres, sólo Ionescu había estado antes en Bucarest, pero no como turista, si no por algún problema relacionado con el trabajo y siempre andando con mucha prisa.

Cuando bajaron del taxi en la Calle Victoria, había empezado ya a caer una lluvia fría y un viento cambiante la hacía golpear en rachas que parecían venir de todas partes. Se cobijaron al lado de la pared del imponente edificio, que correspondía a la dirección que les había dado la sobrina de María Strajeru, luego se acercaron al portal de entrada. Eran las cinco menos diez de la tarde, habían llegado a tiempo.

—Menos mal que la señora nos invitó a su casa, con esta lluvia fría — comentó Grecu, mientras Ionescu miraba los números del portero automático, buscando al que estaba apuntado en el papel que tenía en la mano.

Se les esperaba. Nada más escucharse el sonido del timbre, la puerta se abrió hacia el interior, empujada por la mano del inspector. Ni siquiera les preguntó nadie quiénes eran y a quién buscaban. En el portal, el ascensor de puertas metálicas, brillantes, contrastaba de manera estridente con el estilo recargado y vetusto de las decoraciones de yeso de las paredes, lo que les hizo deducir que probablemente el edificio era antiguo y que el ascensor era una dotación relativamente reciente.

Al llegar a la tercera planta, salieron en un pasillo amplio del que se accedía a dos viviendas. Antes de darles tiempo a mirar cuál de ellas era la que buscaban, se abrió la puerta de la izquierda del ascensor y apareció delante de ellos una mujer de mediana estatura, de porte elegante y actitud que denotaba autoridad, por lo que se dieron cuenta de inmediato que era Ileana, la hermana mayor de María Strajeru, la que había contestado a la llamada del inspector, dos días antes. La mujer movió su mirada de uno a otro, como una profesora que acaba de sorprender a dos alumnos copiando el uno del otro.

—¡Buenas tardes! —consiguió abrir la boca el agente, intimidado por la actitud de la mujer—. Estamos buscando a la señora María Strajeru, del número... 9 —añadió mirando rápido en el papel de la mano del inspector.

—¡Entrad, por favor, mi hermana les está esperando! Yo soy Ileana —se presentó dando un paso a un lado para dejarles la entrada libre y dando la mano con ellos, por turno. Impresionados por la dignidad y la autoridad que emanaba del porte y de la voz de Ileana, como también de su modo de estrechar la mano, firme, militar, se esperaban a encontrarse a una hermana cortada por el mismo patrón, pero en eso se equivocaron.

Entraron en un recibidor que les pareció inmenso, con las paredes blancas en las que colgaban unos bordados finos, enmarcados, predominando los temas de naturaleza muerta. Del otro lado del recibidor, apareció una mujer menuda, con el cabello negro recortado al nivel de los hombros y la piel de un blanco luminoso, que parecía no haber entrado nunca en contacto con la luz solar. Sus ojos de un verde oscuro, pasaron de uno a otro con una actitud de tristeza desgarradora. En las sienes se le notaban las canas grisáceas y bajo los ojos tenía ojeras de cansancio, como si no hubiera dormido unas cuantas noches seguidas. Estiró hacia ellos una mano delicada, que en el momento de estrechársela, Ionescu sintió que no podría negarle nada a esa persona menuda, como si le hubiera comprado la voluntad con el simple gesto de estrecharle la mano. Luego, con esa voz ronca, en total desacorde con su constitución delicada, se presentó:

—Soy María Strajeru. ¡Bienvenidos, señores, pasad al salón, por favor!

Entraron uno detrás del otro y lo primero que les llamó la atención en el salón amueblado con buen gusto, fue una fotografía en marco de plata, colocada en una mesita en la que tal vez, ellas se tomaban el café o el té. Sin disimular la curiosidad, se acercaron ambos como atraídos de un imán hacia esa fotografía. Después se miraron preguntándose sin palabras y sin

necesidad de obtener respuesta.

El de la fotografía era Ion Mocanu de joven, tal como lo había visto el inspector, el día del registro domiciliario, en la foto de boda que adornaba la pared de la habitación grande de su casa. Esa foto que su mujer había llevado a enmarcar a Suceava al principio de su matrimonio, cuando quizás, todavía creía que se había casado con un buen hombre. La única diferencia era que en la foto que miraban ellos en ese momento, el hombre aparecía vestido de uniforme de oficial del Ejército.

—Es Sebastián, mi hijo —lo presentó la mujer, con timidez, como si se hubiera avergonzado por decir aquello, al percibir el sentido de las miradas cruzadas entre los dos policías—. Es teniente ingeniero de aviación militar. Trabaja en instalaciones de seguridad. Tomen asiento, por favor, hay mucho que hablar.

—¡Señores, ¿un café, un té, qué les puedo servir?! —preguntó Ileana, entrando por la puerta—. Después les dejo hablar.

—Unos cafés nos vendrían bien, si no es demasiada molestia —decidió el inspector por los dos, pensando al mismo tiempo que hubiese dicho que no, si el tono de la mujer hubiese sido menos intimidante.

—Ninguna molestia, señor Ionescu, al contrario, es un placer recibir en mi casa huéspedes de Bucovina.

—Gracias, señora, es usted muy amable —dijo Grecu en tono humilde, para sostener a su compañero.

Antes de salir por la puerta, la mujer le echó una mirada compasiva, que parecía decir: “Pobrecito de ti, no tengas miedo, que no muerdo.”

—¿No echa de menos su casa, señora María? ¿Cuándo fue la última vez que fue a Suceava? —le preguntó el inspector para romper el hielo.

En realidad, no pensaba hacerle preguntas, habían venido decididos a escuchar lo que ella estaría dispuesta a contarles.

—Hace poco más de dos semanas, señor inspector. La noche anterior a la detención de Ion Mocanu. Pero fue sólo una visita rápida, como de paso.

Los policías la miraron escépticos y sorprendidos, pensando que les estaba gastando alguna broma, pero la mujer no parecía tener el ánimo de bromear. De hecho la veían como a una persona que probablemente raras veces habría bromeado, tal vez ni siquiera hubiera sabido hacerlo. Toda ella denotaba una seriedad y un dramatismo latente, callado, al que parecía esconder cuidadosamente en su corazón, un dolor al que sólo ella conocía.

—Habló usted con él, ¿no es así? —le preguntó Ionescu, al comprender

en fin, el motivo del cambio de actitud de Mocanu.

—Permítanme empezar con el principio, señores, sería más fácil así. Terminaré primero con lo que es más doloroso para mí, después les contaré la verdad sobre el resto de la historia, tal como me la confesó él mismo, la noche que fui a visitarle, hace dos semanas: antes que nada, no sé si les dijo alguien del pueblo, pero a mí, Ion Mocanu me pidió matrimonio antes de que me lo pidiera Neculai Strajeru. Habíamos bailado juntos unas cuantas veces, en alguna boda o en las fiestas del pueblo y yo había visto como le brillaban los ojos cuando me miraba, y siempre me parecía como que me apretaba demasiado mientras bailaba conmigo.

Yo le temía. Era un joven muy irritable y muy engreído, además, había algo en sus ojos que me ponía la piel de gallina, no sé, era como un tipo de maldad mezclada con un deseo hambriento, como la mirada de un animal salvaje antes de saltar sobre su presa. No le ha caído bien mi respuesta negativa, pero yo no supe que guardaba rencor por eso, hasta el día que sucedió lo que sucedió.

—¡Los cafés, señores! —interrumpió la anfitriona, entrando con una bandeja de plata en la que humeaban dos tazas de café, al lado de un azucarero de porcelana fina, del mismo juego con las tazas—. María, a ti no te he traído, estás ya bastante nerviosa, no creo que te haría bien.

—Está bien, Ileana, bien pensado —le contestó su hermana—. ¿Pero por qué no te has traído uno para ti y que te quedes con nosotros? Tu ya conoces la historia, así que...

—No, déjame estar tranquila. Prefiero tomarme el café en la cocina, no quiero empezar a llorar aquí, delante de los señores, mientras les cuentas. —Escépticos, ambos hombres miraron a la mujer que les parecía ser la encarnación de la dureza femenina, imposible de imaginársela llorando—. ¡Sí, señores, ¿a qué viene esa desconfianza de sus miradas?! —les reprochó—. ¡No os dejéis engañar por las apariencias, así pequeña como se ve, con toda la fragilidad que aparenta, mi hermana es mucho más dura que yo!

—¡Touché! ¡Somos culpables! —reconoció el inspector, sonriendo, gratamente sorprendido por la perspicacidad de la mujer—. ¡Mis disculpas, señora Ileana! Yo pensaba que es usted militar, tal vez general del Ejército, o al menos coronel, por la prestancia y la autoridad que emana de su presencia.

—¡En realidad, no está muy lejos de la verdad, señor inspector! Fui profesora de educación física y deporte, en un instituto. ¡Y no crean ustedes que no se necesita mano dura para poner en fila una clase de adolescentes

rebeldes! En fin, les dejo hablar, que no habéis venido a Bucarest para mis tonterías.

Le dieron las gracias por los cafés, ella salió del salón y su hermana volvió al relato de su pasado.



## 17) Todas las respuestas

—Me acuerdo de eso, como si hubiera ocurrido ayer mismo, señores. Era verano, en agosto, llevaba yo tres años de matrimonio con Neculai Strajeru y Mocanu llevaba dos años viviendo cerca de nosotros. La casa no la había hecho él, se la había dejado un tío suyo que había muerto sin tener hijos. No nos hablábamos, él apenas si nos daba los “Buenos días” al pasar por la calle, si nos veía en el patio, pero mi marido había hecho una valla alta de madera y yo no veía por encima de ella, quién pasaba por el camino. El terreno en el que nos habíamos hecho la casa, estaba situado a un nivel más bajo que la calle y así se ha quedado hasta hoy.

Ese día era un calor bochornoso desde la mañana. Yo había lavado unas prendas de ropa y había salido para colgarlas en el tendido del patio. Llevaba un vestido fino, de verano y me había subido a un taburete ancho y corto, hecho por mi marido precisamente para eso. Soplaban un poco de viento y mi vestido volaba a todas partes, pero ni por un momento se me hubiera ocurrido que hubiera podido verme alguien allí, en el patio de mi casa.

Sólo sé que en un momento dado he girado la cabeza hacia la calle y me he quedado paralizada de miedo. Mocanu estaba mirándome por encima de la valla de madera, con esos ojos de lobo hambriento y con una sonrisa diabólica en la cara. Empecé a temblar y me bajé del taburete, con las prendas mojadas en el hombro.

Él me llamó por mi nombre y me dijo que no tenía por qué asustarme tanto, que no iba a comerme, pero mientras me hablaba, abrió la puerta y entraba en el patio. Le dije que mi marido no estaba y por tanto, si tenía que hablar algo con él, que volviera a la tarde, pero eso no le hizo parar sus pasos.

Aún con esa sonrisa lobuna en la cara, empezó a decirme que de hecho a mí me estaba buscando y que le parecía bien que mi marido no estaba. En ese momento me entró el pánico, al darme cuenta de sus intenciones. No sabía adónde correr, hacia la calle o en casa, pero no me dio tiempo ni de una ni de otra. Mocanu me puso las garras encima, me cogió bajo el brazo como a un saco de patatas, tratando de taparme la boca para que dejara de gritar. Le

arañé con las uñas, le mordí las manos y quise sacarle los ojos con los dedos, pero no conseguí hacerlo. No era más que un juguete en sus manos y además, parecía divertirse mi lucha por escaparme. Se reía sin parar, como un animal y olía a alcohol peor que en una taberna.

Me llevó en casa y luego no tuve ninguna posibilidad de escaparme, aunque me defendí con uñas y dientes. Traté también de hablarle con calma, rogándole como a Dios, que no me hiciera objeto de su burla, pero no me hizo caso. Empezó a reprocharme la negativa a su pedida de matrimonio, que ¿por qué lo había rechazado?, que él no era hombre al que pudiera rechazar alguna mujer, que me casé con un gilipollas incapaz de darme lo que yo necesitaba y que por eso existían los buenos vecinos...

Perdónenme, por favor —dijo después de unos momentos de silencio, con esa voz aún más profunda por la emoción de los recuerdos evocados, quitándose las lágrimas con un pañuelo que tenía en la mano—, iré a por un vaso de agua y luego continuaré.

Se levantó para salir y ellos también se levantaron por educación, quedándose con las miradas perdidas en el vacío y sin decir nada, impactados del terrible significado de los hechos relatados por la mujer. En menos de un minuto ella regresó al salón, con un vaso grande de agua, al que dejó en la bandeja de la mesa. En ese momento, los policías recordaron los cafés que ya estaban fríos y se los tomaron rápido, casi con miedo a no distraerles la atención de la historia que escuchaban.

María Strajeru bebió un poco de agua que parecía costarle tragar, por el nudo doloroso que esos recuerdos le habían plantado en la garganta, se recogió el cabello detrás de las orejas y retomó el hilo del relato:

—Así fue concebido mi hijo, señores. ¿Y cómo podía yo decir eso a nadie?

Cerré la puerta con la llave cuando el animal salió de mi casa y me eché a llorar, golpeándome la cabeza con los puños y maldiciendo a Mocanu. Hasta que me di cuenta que se acercaba la hora cuando tenía que volver mi marido a casa. No sabía qué hacer, qué decisión tomar, si decirle o no. Temía por él, que era un hombre más bueno que el pan, pero si alguien le sacaba de sus casillas y sobre todo por mí, era capaz de matar. Así que me bañé, me cambié la ropa que habían tocado las garras asquerosas de Mocanu y después ordené las cosas en casa, sin parar de llorar. Pensaba que no estaba bien esconderle eso a mi marido, pero tampoco podía decírselo, desgraciada de mí.

Escondí todo en mi corazón, ¿para qué haberle amargado a él también?

Más tarde, cuando me di cuenta que me había quedado encinta, no quise quitarle a Neculai la alegría de ser el padre del bebé, que únicamente yo sospechaba que no era suyo. Sobre todo porque hasta entonces había ido de médico en médico porque no me quedaba embarazada, y creo que él empezaba a pensar que era por su culpa y sufría por eso. Recibió la noticia como a un milagro y nunca dudó de que el niño fuera suyo. Al menos eso me hizo creer hasta el día de su muerte, cuando me confesó que desde hace años sospechaba que Sebastián no era hijo suyo.

—¿Después de eso, no le daba miedo estar sola en casa, sabiendo que él pasaba todos los días por esa calle? —le preguntó Grecu y ella se quedó pensando unos segundos, como si no hubiera recordado el miedo terrible con el que había vivido después de aquello, de no repetirse la desgracia.

—Cuando me di cuenta que estaba encinta, empecé a pedirle a mi madre que viniera a estar conmigo. Luego, un día me topé con Ion en la calle, iba del pueblo a casa. Intentó acercarse, parecía arrepentirse de lo que me había hecho, pero le grité que no se me acercara y le amenacé que iba a ir a la iglesia a contar a todo el pueblo lo ocurrido. Entonces retrocedió y se marchó.

Muchos años después, antes de liberar su alma, mi marido me contó que Mocanu presumió ante él de lo que me había hecho, una noche cuando volvía borracho de la taberna del pueblo. Y que al día siguiente por la tarde, mientras yo me encontraba en casa de mi madre, esperó a Ion en el camino, le puso el cuchillo de matar cerdos al cuello y le hizo jurar que no volvería a acercarse a mí nunca jamás. Pero yo he vivido con miedo toda mi vida desde que sucedió aquello, por eso vine a estar con mi hermana cuando me quedé viuda.

—¿Pensó usted alguna vez en decirle la verdad a su hijo, señora María? —preguntó el inspector—. Quiero decir, más tarde, cuando la amistad entre él y la hija de Mocanu le era conocida y quizás le preocupaba.

—¿Me pregunta usted si he pensado alguna vez? Decenas de veces, señor inspector, pero me daba miedo que la verdad le hubiera destrozado y probablemente me hubiera despreciado tanto él como mi marido, o ¿qué sé yo, qué le hubieran hecho los dos a Mocanu? Así que callaba y rezaba a Dios que separara de alguna manera a los niños.

Y los años pasaban y lo que al principio fue sólo una sospecha, se convirtió poco a poco en certeza, porque mi hijo es un calco de Mocanu. ¡Gracias a Dios que la semejanza no va más allá del físico! Yo veía como se acentuaba año tras año el parecido entre Sebastián y su verdadero padre, tal

como había sido de joven, por lo que vivía con una preocupación constante que no se dieran cuenta también los demás. Para mí, eso fue como un castigo de Dios. Y seguí callando hasta ese verano, cuando Sebastián se vino a Bucarest de vacaciones, en casa de mi hermana. Planeaba terminar el instituto aquí y después inscribirse en la Academia Técnica Militar.

Pero él tenía también otros planes, que yo desconocía. Cuando mi hermana me dijo que mi hijo pensaba volver a por Tatiana y traerla con él a la capital, me hice una promesa y decidí venir a decirle la verdad, antes de ser demasiado tarde. Él le decía todo a Ileana, o casi todo, por lo que nos dimos cuenta más tarde. Era como si hubiera sido su hijo, no el mío. Y mi hermana le sostenía en todo, porque ella tampoco sabía la verdad y se compadecía de ellos, que se amaban y no querían separarse el uno del otro por nada en el mundo. Después sucedió la desgracia de la muerte de la chica y ya no se imponía decirle la verdad a mi hijo.

—¿Vino el chico a casa, cuando se enteró del suicidio de Tatiana? —le preguntó Andrei Grecu, sin desprender su mirada de los ojos bañados en lágrimas de la mujer.

—No, ni entonces, ni en los siguientes dos años no volvió a casa. Dos semanas después del fallecimiento de la hija de Mocanu, vine yo aquí. Iba a empezar el curso escolar y tenía que saber cómo se presentaban las cosas, aunque estaba segura que con mi hermana no le habría faltado nada. Ileana no tiene hijos y quiere a Sebastián como si fuera suyo.

Lo encontré en un estado deplorable, estaba delgado como un galgo y según me dijo Ileana, se pasaba los días encerrado en casa, llorando a Tatiana. Traté de sacarlo de ese estado, animarlo un poco y entonces estalló el dolor de su corazón. Empezó a decir que la culpa por la muerte de la chica era suya, que ella se había quitado la vida por creer que él no volvería a llevarla con él, tal como le había prometido.

Se me partía el corazón al verle cómo sufría. Mi hermana trataba también de animarle y sacarle de su depresión, intentando librarle del peso de la culpa que asumía, que nos parecía a las dos infundada. Entonces mi hijo empezó a gritarnos, fuera de sí: “¡Dejadme en paz, no habéis entendido nada, Tatiana estaba embarazada! ¡Por mi culpa, ¿ahora lo veis?! ¡Soy un cretino por haber tardado tanto en ir a por ella, se habrá imaginado que me he olvidado de ella, que la he dejado sola! ¿Por qué tuve que retrasarlo tanto, por qué?”

¡Pobre hijo mío, pobre niño! ¡No eran más que dos niños los dos! —se lamentó la mujer, después de un rato de silencio que los policías no osaron

interrumpir.

Se mecía el cuerpo adelante y atrás, con los brazos cruzados al pecho, como si hubiera abrazado a su hijo.

Ionescu se levantó y le ofreció el vaso de agua y ella lo bebió de un tirón, luego se quitó las lágrimas con el pañuelo grande que había estrujado con las manos desde que había empezado a contarles la historia.

—Señora María —se atrevió por fin el inspector a romper el silencio, cuando la vio más tranquila—, con todo el dolor de aquellos momentos, me atrevo a suponer que tuvo que sentirse usted aliviada y libre de la promesa que se había hecho, una vez que la chica estaba muerta.

Ella lo miró a la cara unos instantes, con actitud de animal herido, como si le hubiese dolido que el policía había intuido una verdad de la que ella siempre se había avergonzado. Sacó un suspiro profundo y acto seguido, confesó lo que no había tenido el valor de confesarle hasta ese momento, ni a su hermana. Era algo que no reconoció nunca, ni siquiera ante su propia conciencia:

—Es cierto, señor inspector. Aunque me imaginaba lo que tenía que sufrir Silvia, la madre de la chica, me sentía como si se me hubiera quitado de repente un peso de encima, un peso tan grande que mis hombros ya no podían con él. ¡Que Dios me perdone! —añadió santificándose unas cuantas veces—. Y ni se me ocurrió pensar, que Tatiana hubiera podido dar a luz antes de morir. Sebastián no sabía de cuantas meses estaba embarazada y entonces supuse que todo había terminado con su fallecimiento. Tampoco dijeron nada sobre su embarazo cuando le encontraron el cuerpo en el barranco. Claro, como no quedaba casi nada de ella, pobrecita, por los lobos...

—¿Cuándo se enteró usted de la existencia del niño? —le preguntó el agente—. A pesar de todo, era su nieto.

—Era mi nieto, así es, en paz descanse, pobre creatura... Un ser inocente que llegó a manos de Ion Mocanu. No supe nada hasta que le encontraron el cadáver en esa gruta y apareció la noticia en los medios. Al principio no lo relacioné con nadie. No se me ocurría de quién podía ser, veía la noticia aterradora y me indignaba el modo en el que fue dejado morir. Después, unas noches seguidas soñé con algo de lo más extraño, y lo impactante era que el sueño se repetía noche tras noche, con todos los detalles: veía a Tatiana, de hecho era un fantasma que parecía ser ella, delante de la cocina de verano de Ion Mocanu. —En ese momento, los dos hombres se miraron rápido, sorprendidos por la similitud entre el sueño de la mujer y lo que ellos mismos

habían visto—. En el sueño, yo la miraba sin poder moverme y su cuerpo era como una nube blanquecina. Estaba de espalda a mí y su cabeza se parecía a una luna transparente, con las trenzas doradas de un lado y del otro. Y tenía una mancha negra, de la que salía algo oscuro como la sangre. Cada noche, en mi sueño, cuando me giraba aterrada para salir corriendo de allí, ella se volvía de cara y entonces se le notaba que estaba encinta y lloraba con unas lágrimas grandes, negras, que se le caían por el cuerpo, parándose en la tripa.

Yo no hacía más que tratar de huir espantada, pero no podía moverme los pies. Luego el fantasma abrió la boca, como para decirme algo y su aspecto en ese momento era espeluznante. Su boca era una mancha negra, redonda, de la que no salía ningún sonido. Entonces yo conseguía gritar aterrada y me despertaba del sueño.

El inspector y su compañero cruzaban sus miradas de vez en cuando, chocados por esa extraordinaria coincidencia. Cuando ella acabó de describir su sueño, Ionescu se levantó, dio unos pasos de un lado a otro por el salón, impresionado al recordar tan vivamente esos detalles, que parecían reflejarse en el relato de la mujer.

—¡Señora María, nosotros hemos visto eso! —le dijo, parándose de repente delante de ella y mirándola a los ojos.

—¿Qué quiere decir, señor inspector? ¿Cómo que vieron eso? —preguntó incrédula.

—Todo eso que usted dice haber soñado, lo vimos en realidad. A pesar de lo inverosímil que podría parecer, era ese espectro con la herida en la cabeza, que abrió la boca, tal vez intentando decirnos algo. Como ese cuadro de Munch que se llama «El grito», pero más aterrador. Estaba allí, delante de esa cocina de verano. De hecho, lo vimos abriendo la puerta y entrando en el cuarto.

La mujer miraba confundida de uno a otro sin saber qué creer, pensando por un instante que el inspector le estaba gastando una broma siniestra, pero vio el gesto de confirmación del agente Grecu y se quedó boquiabierta.

—Entonces, no era un cuento de niños, lo que se decía en el pueblo, como que algunos la veían vagando por el monte... ¡Pobre alma en pena! Como la enterraron sin el rito religioso y sin sacerdote, porque el animal de su padre les hizo creer a todos que ella se había suicidado, ni es de extrañar...

—¿Usted cómo se dio cuenta, que la chica no se había quitado sola la vida? —preguntó Grecu—. ¿Por lo que vio en el sueño?

—El sueño me hizo hacerme preguntas, porque era algo que nunca antes

me había pasado. Me refiero a soñar con lo mismo unas cuantas noches seguidas. Después me di cuenta que la edad del niño coincidía con los años que habían pasado de la muerte de Tatiana, y no dejaba de pensar en aquella herida de la cabeza del espectro. Poco a poco, vi que todo daba vueltas en torno a Mocanu y me entró un miedo terrible, por lo que podía salir a la luz después de tantos años. Tiraba los periódicos para que no los viera mi hijo cuando venía al fin de semana a comer con nosotras, que no se le ocurriera preguntarse él también sobre ese niño. Menos mal que Sebastián no suele ver la tele ni lee mucho la prensa, no tiene tiempo para eso, pero nunca se sabe que casualidades se pueden dar...

Luego me dije que no podía dejarlo así, sobre todo porque esa pesadilla no me dejaba ella en paz y no podía sosegarme ni dormir tranquila ni una sola noche. Sentía que trataba de determinarme tomar una decisión, hacer algo, como si le hubiese debido eso a la chica. Entonces hablé con mi hermana y juntas decidimos que se imponía ir a Suceava. Ella conduce su propio coche y la historia la conoce desde que vine yo a vivir aquí.

Cuando vi que sospechaban de Mocanu, me santifiqué y le di las gracias a Dios por abrirme los ojos, por ofrecermela solución de proteger a mi hijo de una desgracia. Ileana me explicó que debía prevenir los análisis de sangre, que hubieran demostrado que el niño no era de Mocanu y entonces la Policía hubiera buscado las respuestas en otras partes, para encontrar la verdad. Justo lo que supongo que hicieron ustedes, por eso les pedí que dejaran las cosas tal como estaban en lo que se refería a Mocanu.

—¿Cómo consiguió usted convencerle declarar que era el padre del niño? Supongo que por eso fueron a Suceava.

—No se lo van a creer, pero lo abordé directamente sin irme por las ramas, basándome en la imagen que vi en el sueño. Le dije que sabía que él había matado a su hija y le amenacé con denunciarlo a la Policía, si no me decía la verdad sobre el chico. Ni siquiera me preguntó cómo lo sabía, pero se asustó y empezó a temblar como un miserable cobarde, tal como fue toda su vida. Yo me hacía la valiente porque mi hermana me cubría la espalda, hasta le dije que era capaz de confesarle a mi hijo como fue concebido y que le vendría bien tenerle miedo a eso. Le amenacé con que Sebastián es militar y que sería capaz de pegarle un tiro en la cabeza y luego tirarlo al «Barranco del Diablo», tal como hizo él con su hija.

Ni yo misma sé de donde tuve tanto valor, pero él me tenía miedo, vi eso nada más cruzar la mirada con la suya. Ya no había en él nada de esa

altanería absurda que le había caracterizado desde siempre. Era como si se le hubiera caído una máscara, dejando a la vista su verdadera cara, esa de canalla miserable y miedoso, que se mostraba valiente sólo delante de los más débiles e indefensos.

—¿Qué dijo, por qué mató a su hija? —preguntó Andrei Grecu.

—Me dijo que vino inesperadamente de donde trabajaba en el bosque y que al entrar en casa, se encontró a Silvia ayudándole a su hija a apretarse la tripa con una franja de tela. Fue entonces cuando se dio cuenta que la chica estaba encinta y empezó a pegarles a la una y a la otra. Silvia intentó decirle que Sebastián iba a llevar a Tatiana a Bucarest, planeando casarse después de cumplir los dos la mayoría de edad. ¿Cómo iba a saber ella que eso iba a enfurecerle aún más? La mujer sólo intentaba defender a su hija y hacerle ver a su marido, que había una solución al problema.

Ion vio negro delante de los ojos, eso mismo me dijo. Sacó a la mujer fuera de casa y empezó a pegar a la chica. Me dijo... ¡Ay, Señor! Me dijo que le dio tantas patadas hasta que vio que ella estaba en un charco de sangre. Y que abrió la puerta para sacarla de allí porque se manchaba el suelo, y entonces entró Silvia aullando como una loca y se le echó encima.

Pero no forcejeó mucho con él, porque probablemente en ese momento se dio cuenta que allí en el suelo, en la alfombra de retales había algo que se movía, un ser vivo que nació antes de tiempo. Así que se lo llevó y lo escondió. Ion me dijo que él no sabía que la criatura había nacido viva y que la mujer la había escondido. Se imaginaba que había tirado todo eso del suelo, con la alfombrilla con todo.

Mientras tanto, el arrastró a la chica por las trenzas hasta detrás de casa, le puso la cabeza en el tronco de partir leñas y le dio con el hacha. Para estar seguro que no volvería a andar tras mi hijo. Cuando salió Silvia, después de haber escondido la criatura, él ya le había dado con el hacha a su hija.

—¡Santo cielo! —fue lo único que dijo Ionescu, mientras ella se santificaba y luego se quitaba las lágrimas con el pañuelo al que habría podido escurrir, de tantas lágrimas que había derramado en él.

Pasaron minutos largos sin interrumpir el silencio, ninguno de ellos. Se sentían como si hubieran velado a la chica y por sus retinas pasaba una y otra vez la imagen de ese espectro perdido entre dos mundos, con esa boca negra abierta en un grito mudo.

—¿Cuándo se enteró Mocanu que el crío vivía? —preguntó el agente, cuando sus emociones le permitieron hablar.



—Por lo que me dijo, dos o tres años más tarde se dio cuenta que en esa cocina había algo raro. Pero le daba miedo acercarse, decía que la chica estaba siempre allí, vigilando la puerta, noche tras noche. Silvia se había trasladado a ese cuarto después de la muerte de Tatiana. Él no conocía el motivo, pero yo creo que lo hizo por no enterarse su marido de que había salvado la criatura y que la tenía escondida allí. Decía que su mujer parecía haber perdido el juicio... ¡ay, Señor, pobre mujer! —se lamentó María meciéndose el cuerpo—. ¿Quién podría cargar con tanto dolor y luego quedarse cuerdo?

—Ni es de extrañar, que no volvió a hablar después de la muerte de su hija —añadió el inspector—. La vieja, su madre, decía que el dolor le había quitado el habla a Silvia.

—Ah, ¿eso cree su madre? —preguntó sorprendida, con un espasmo de dolor en la cara—. Y ustedes... ¿ustedes creen lo mismo?

—¿Qué... qué quiere decir? ¡Noo, no puede ser cierto! —exclamó Grecu, negando con la cabeza, estupefacto, notando como se le erizaba la piel por el escalofriante pensamiento que le cruzó por la cabeza—. ¡Eso superaría cualquier límite de crueldad!

La mujer no le contestó de inmediato. Empezó a llorar entre gemidos profundos, apretándose las manos una contra la otra, con los dedos entrelazados delante de los labios temblorosos, como si se hubiera apoderado de ella un frío tremendo, que le helaba el cuerpo hasta la medula.

—El maldito animal... le ha cortado... la lengua —consiguió soltar entre suspiros—. Dijo que... que andaba aullando todo el día... como una chalada, después de... de haberla encerrado en casa para subir con el cuerpo de la chica... al monte y tirarlo al barranco. Y luego... así estaba más tranquilo, de esa forma... ella no hubiera podido decir a nadie... lo que había pasado en realidad con Tatiana. ¡Ay, Diosito mío, qué cruz, qué castigo... que semejante canalla sea el padre de mi hijo! ¿Qué mal he hecho yo... en esta vida? ¿Qué pecado... he cometido, Señor?

Marcel Ionescu sintió una pena inmensa que le ahogaba, como nunca en su vida había sentido por nadie. Era un cúmulo insoportable de compasión por la mujer menuda que lloraba delante de él, por las otras dos mujeres que sufrieron un martirio, a manos del hombre que debería haberlas protegido y amado, por ese niño indefenso que murió de hambre encerrado en un establo. Se acercó a María, se dejó caer de rodillas delante de ella y la abrazó con ternura mientras sus lágrimas caían en la cabeza de la mujer, repitiendo como

un autómeta:

—Tranquilícese, señora María, tranquilícese señora María...

Greco salió por la puerta y después de unos instantes volvió acompañado de Ileana, que se sentó en el sofá al lado de su hermana y puso una mano en el hombro del inspector, para hacerle entender que ya estaba ella allí para consolar a María. Ionescu soltó el cuerpo delicado de sus brazos y se puso de pie, mientras Ileana abrazaba a su hermana inclinándose hacia ella. Poco a poco, el cuerpo delicado de la mujer dejó de temblar y su llanto se convirtió lentamente en unos suspiros apagados.

—Ahora supongo que sabéis toda la verdad, señores. Déjenla descansar, por favor, ya ven ustedes que no puede más.

—Una última pregunta, señora María: —dijo el agente Greco—, ¿no quiere verlo? A su nieto, quiero decir.

—Me da miedo que podría verme alguien, señor Greco, o que podría salir en algún periódico que luego podría llegar a manos de mi hijo. El niño debe ser enterrado como corresponde, puedo pagar para hacerlo, pero no quiero poner la tranquilidad de mi hijo en peligro, no quiero asumirme el riesgo de hacerlo. Bastante ha sufrido unos años, tras la muerte de la chica. ¿A quién beneficiaría esto ahora? Tal vez más tarde, cuando todo esto haya pasado, podría decirle la verdad sobre cómo murió la Tatiana, para liberar su alma de cualquier vestigio de culpabilidad.

Ahora ustedes pensarán y decidirán lo que deberían hacer, pero yo tenía que decirles la verdad. Sólo les pido que reflexionen bien sobre esto: ¿tiene algún sentido destruir la vida de mi hijo? ¿No es mejor dejar a Mocanu que pague por lo que hizo, quedando en eso que él mismo declaró, como que el niño era suyo?

## 18) La cruz y la promesa cumplida

Ya no llovía y estaba oscuro cuando salieron a tomar el taxi que había pedido por ellos, Ileana. Todavía conmocionados por el drama que les había contado la mujer, apenas fueron capaces de recordar el nombre del hotel donde se alojaban. Se sentían más cansados que los mineros que salen de la profundidad de la mina a la superficie de la Tierra.

El taxista, un joven de unos treinta años, hizo unos comentarios sobre el tráfico de la capital, pero al percibir la falta de interés de los pasajeros por las banalidades que hacían el objeto de su monólogo, cerró la boca y guardó silencio hasta que llegaron al hotel.

—Sois de Moldova, ¿a que sí? —preguntó después de cobrar el coste del trayecto, de la mano del inspector, cuando ellos ya habían bajado del taxi.

—¿Por qué lo dices? —se extrañó Grecu, apoyándose en la puerta del coche—. Si ni siquiera hemos dicho nada.

—Por eso mismo. Parece que venís de un entierro, con esa seriedad de aldeanos sabios, como ese tipo de la novela, ¿cómo se llamaba? Ah, Ion Moromete.

—¡Moromete era de Teleorman, listillo, otra provincia! ¡Y se llamaba Ilie Moromete, no Ion! ¡Ion era otro, de otra novela, un tipo menos sabio, pero muy mezquino! —le instruyó Grecu cabreado, cerrando después de un golpe fuerte la puerta del coche—. ¡Listos os creéis vosotros, estos de la capital! ¡Y ya que lo has preguntado, somos de Bucovina, de Suceava precisamente!

—¡Oye, tío, que yo sólo hice una comparación, no fue un insulto! —gritó el taxista, tras ellos.

—¡Claro que no fue un insulto, sabidillo, la comparación no era contigo! —contestó Grecu, cuando ya estaban al otro lado de la calle, delante del hotel.



La mañana del sábado se la pasaron paseando por las calles de Bucarest y por la tarde fueron a visitar la galería de arte en la que exponía Livia sus obras, junto a las de otros dos pintores, con obras que pertenecían a la misma temática de escenas de la naturaleza. A Eugenia y a Grecu les cayó bien la pintora, de como la vieron acercándose, con los ojos puestos en la cara de Marcel Ionescu. Este les había indicado poco antes dónde se encontraba ella, entre unos amantes de la pintura, que parecían interesados en sus cuadros. Se besaron rápido, cruzando el fulgor oscuro de sus miradas, después el inspector hizo las presentaciones.

—¿Livia Enescu? —se sorprendió Grecu—. ¿Algún lazo de parentesco con el gran compositor?

—¡Siento decepcionarte, pero no! —bromeó Livia y después se dirigió a Ionescu, siguiendo la broma—. ¿Oye, a vosotros os habían implantado el mismo tipo de chip? Es la misma pregunta que me hizo Marcel, el día que nos conocimos —explicó a la pareja y empezaron todos a reír.

Después de visitar toda la exposición, se despidieron de Livia con la promesa de volver a la hora del cierre, planeando una cena y un paseo a cuatro por el centro de la ciudad.

Como en un acuerdo tácito entre ellos, los dos hombres no abordaron el tema que les había traído a Bucarest, en todo el fin de semana. Querían relajarse, romper el ritmo estresante de las últimas semanas y sobre todo, deliberar con calma, sin dejarse coaccionar por las fuertes emociones, que se empeñaban en poner a prueba sus capacidades de tomar decisiones objetivas.

Los dos sentían que se imponía un análisis profundo, dar otro enfoque al asunto desde otra dimensión de espacio y tiempo, entre ellos y todo lo que representaba el drama de la mujer que les había proporcionado las respuestas que habían buscado. Un juicio imparcial.



—En mi opinión, deberías exponerle todo el problema en detalle, al comisario Georgescu —opinó Andrei Grecu, cuando se reunieron en la oficina del inspector, el lunes por la mañana—. Aunque sea sólo por considerar su punto de vista, porque la decisión final te pertenece y te la vas a asumir. El caso fue tuyo desde el principio.

—Fue y todavía lo es, hasta que Mocanu sea condenado. Pero volviendo a este momento, creo que lo más importante que tenemos que hacer ahora, es evitar que los resultados de las pruebas de sangre llegaran a manos del abogado de la defensa. Me refiero al ADN de la mujer del acusado, extraído de esos cabellos. Comparado con el del niño, ahora sabemos que demostraría que ella no era su madre, si no su abuela. Y entonces la defensa empezaría a buscar respuestas para exculpar a Mocanu, aunque a él le conviene más esta acusación, en vez de hurgar en su pasado y remover los trapos sucios que se esconden allí. No me voy a arriesgar, pediré audiencia al juez Rosu, el responsable del caso. Tengo que convencerle que apelara al sentido moral del abogado de la defensa para que ignorara los resultados de esos análisis, en cuanto llegaran de Bucarest. Rechazarlos como pruebas.

—¿Pero si esos resultados podrían provocar problemas, por qué no adelantarnos a los acontecimientos e impedir que llegaran al expediente? —propuso Grecu—. Mejor prevenir que curar, ¿no? Por lo tanto, en vez de esperar las consecuencias, podrías ir al laboratorio y pedirles expresamente que cualquier resultado que viniera de Bucarest, hacerle llegar a tus manos y no a otras. Esto sería lo más seguro.

—Andrei, deberías empezar a buscarte ya una vivienda en la ciudad —le dijo el inspector, después de pensárselo por unos segundos.

—¿Qué? No te entiendo. ¿Qué tiene que ver...? —se extrañó el agente, pero luego, al entender donde quería llegar su superior con ese consejo, empezó a reír—. ¿Quieres decir lo que creo yo? ¿Te das cuenta cuánto me honraría eso?

—Vamos a decir que lo mismo que a mí. Hacemos demasiado buen equipo, para permitir que se echara a perder semejante cúmulo de talentos —bromeó el inspector—. O sea, queda establecido: solicitas el traslado, luego te presentas al departamento de personal con la solicitud firmada por tu superior directo. Y creo que también te mereces un ascenso. Sin ti no habría hecho nada hasta ahora, pero hablaremos más tarde del tema, después de poner punto final a este caso, de una vez por todas.

Grecu estaba emocionado. Estiró la mano hacia su jefe y amigo, adoptando posición de firme y escondiendo sus sentimientos bajo un formalismo impuesto. Se sentía honrado y al mismo tiempo consciente, que la confianza del inspector le obligaba a exigir lo máximo de sí mismo. Hacían buen equipo, el inspector tenía razón y él había sentido eso desde el principio de la colaboración.

Después recordó que Ionescu era hijo único y sintió la necesidad de decirle que acababa de encontrarse un hermano. Se dieron la mano con firmeza y su mirada le transmitió al inspector el pensamiento que le había cruzado por la cabeza. No necesitó palabras. Se abrazaron corto, de manera brusca, después decidieron salir a tomar algo. Se imponía sellar el recién establecido acuerdo de colaboración y hermandad, aunque iba a ser sólo con un café en el bar de la esquina.



El mismo día, a las cuatro y pico de la tarde, Andrei Grecu rompió su promesa de no volver a ver al sacerdote de la parroquia de Maruntei.

Con la misma prontitud con la que lo había recibido cuando vino a enseñarle la fotografía del dibujo del niño, el clérigo salió a darle la bienvenida, esta vez sin intención de eludir una conversación. Le abrió la puerta, le invitó a entrar y una vez dentro, Grecu abordó directamente el tema por el que había venido, sin perder el tiempo:

—¡Padre, tengo que exponerle algunos hechos, pero bajo secreto de confesión!



A la suegra de Mocanu no le revelaron más que una parte de la verdad. La que consideraron justo que ella conociera, para su tranquilidad y para poder rezar por su nieta, en la tumba bendecida y con todo el rito cristiano de entierro que el sacerdote iba a efectuar. La vieja pagó a un carpintero del pueblo por una cruz de madera, que luego pintó ella misma, con una capa de pintura azul como el cielo de Bucovina.

Mezclaba la pintura con las lágrimas que le resbalaban por la cara y goteaban en el cubo de pintura, mientras lloraba en un lamento rítmico, como un canto litúrgico:

—Ay, mi nieta pobrecita... como estabas tú solita...

Suspirando de dolor... a la puerta del Señor...

Ay, mi niña sufrida... entre dos mundos perdida...  
Hoy te traeré la luz... al amparo de la cruz...



Unos días más tarde, una noche en la que el cielo ostentoso revelaba toda su abundancia de estrellas, rodeando de destellos una luna grande, de un blanco amarillento, como un queso redondo que parecía haberse caído de «El carro» en su inseguro andar hacia la «Vía Láctea», cuatro jóvenes bajaron de un coche, delante de la casa de Ion Mocanu. Era casi la medianoche.

Habían elegido a propósito la hora en la que se cree que las almas en pena aparecen entre las sombras de la noche, impulsadas de maldiciones o de deudas sin saldar para con los que viven en el mundo de las luces.

Uno de los jóvenes se había traído una cámara fotográfica, pensando en sorprender alguna imagen como la que había visto unas semanas atrás, aunque deseaba de todo corazón, que eso no sucediera. El otro hombre del grupo, un rubio y guapo de ojos azules, fue el primero en entrar por la puerta de la calle, seguido de una chica también rubia, que le apretaba con fuerza los dedos de la mano. Otra joven, morena de ojos negros que centelleaban en la luz de la luna, venía tras ellos y el de la cámara cerraba la fila.

Se acercaron a la casa y se quedaron delante de la cocina de verano, a una distancia prudencial, dispuestos a una espera tensa, como en una operación de vigilancia. De cuando en cuando, susurraban entre ellos frases cortas, rápidas.

En un momento dado, la joven rubia se desprendió de los brazos del hombre que la apretaba contra su pecho y encendió un cigarrillo. Era la única fumadora del grupo y empezó a aspirar con ansia el humo del tabaco, intentando calmar el temblor de su cuerpo y los nervios tensados al máximo.

Después de casi una hora de espera, un batir de alas les puso en alerta y se giraron a mirar hacia la huerta de detrás de la casa. Un bujo grande con el plumaje oscuro, aterrizó sobre la valla de madera, fijando en ellos los ojos amarillos como dos bombillas redondas, encendidas. Parpadeó rápido unas cuantas veces seguidas, como una advertencia por la invasión de su territorio.

El flash de la cámara atravesó el aire con su fulgor y en ese momento el pájaro emitió un chillido largo y lúgubre que les puso los pelos de punta. Luego batió el aire y se echó a volar, alejándose hacia el monte, en la luz

pálida de la luna.

Después de otras dos horas de espera inútil, cuando empezaron a notar el cansancio, llegaron a la conclusión de que esa iba a ser la única fotografía que les recordaría esa noche de estar de guardia. Respiraron aliviados y salieron del patio de Mocanu.

El joven que llevaba la cámara colgada al cuello, pensó que era la última vez que tocaba esa puerta destartada, de goznes chirriantes, detrás de la cual se había vivido el drama terrible de unas vidas truncadas.

Se subieron al coche y se fueron dejando atrás la casa deshabitada oculta en la oscuridad, a la que los dos hombres recordarán siempre como la casa del terror.



Ion Mocanu fue declarado culpable de homicidio en primer grado, llevado a cabo con alevosía y aprovechándose de la imposibilidad de la víctima para defenderse, aplicándole un tratamiento de una crueldad inhumana. A todo eso se añadieron también las circunstancias agravantes de parentesco. Fue condenado a veinticinco años de prisión.



El cuerpo sin vida del niño malformado, fue donado a un instituto de investigación en la genética humana.

Fin



## *SOBRE LA AUTORA*

Ana Vacarasu nació en Iasi – Rumania.  
Actualmente trabaja en Euskadi – España.

También ha publicado:

«LA OVEJA NEGRA» (en Amazon) y su traducción al rumano:  
«OAIA NEAGRA» (en Create Space);  
«REBECA» (en Amazon) y su traducción al rumano (en Create Space);  
«LA LIBERTAD Y LA JAULA» (microrrelatos), junto a Isabel Galeano  
(en Amazon).